AxxÍN-23

CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 23, agosto de 1991

- **Advertencia:** Sobre la versión móvil, Marcelo Huerta San Martín
- **Editorial:** Editorial 23, Eduardo J. Carletti
- **Ficciones:** El oro al final del arco estelar, Frederik Pohl
- **Ficciones:** La dama cronológica, Oscar Serrano
- **Ficciones:** Vivir de las memorias, Rosa Fasolis
- **Sección:** BITS, Axxón
- **Ficciones:** Inocencia, Joanna Russ
- **Ficciones:** El Bufón, el Gato y el Canario, Carlos Ferro
- **Correo:** Correo 23, agosto de 1991
- **Equipo:** Equipo Axxón, Axxón

Acerca de esta versión

Sobre la versión móvil

Marcelo Huerta San Martín

La presente edición de Axxón en formato e-book ha sido reconstruida de los archivos ejecutables originales aplicando técnicas de OCR a las pantallas gráficas y corrigiendo manualmente el resultado. Por lo tanto, pueden existir imperfecciones y errores en su texto. Agradeceremos tengan a bien informarnos de cualquier problema a axxonpalm@gmail.com

Gracias de antemano.

Este número no hubiera sido posible sin la colaboración de lectores desinteresados que se tomaron el trabajo de volver a tipear o capturar por otros medios parte de este número y nos la hicieron llegar en un formato que pudimos procesar para generar la versión final.

Nuestro agradecimiento para:

- Laura Nuñez
- Orontes H. Solís (“drakkodrakonis”)
- Briseida Limeso

Editorial - Axxón 23

Cuando llega el momento de sentarse frente al teclado a decir algo, a llenar este hueco al que llamamos “Mensaje Editorial” —y no “Nota” Editorial, porque esto no pretende ser una nota—, las palabras brotan o no, y cuando no lo hacen ni las aspirinas ayudan. No sé si pasa por la mente de quienes leen esta revista que, si bien hacemos esto con gusto y porque queremos, Axxón es algo difícil, muy difícil de hacer.

Sonamos, pensará alguno a esta altura. Los lectores de revistillas saben que las declaraciones de este tipo suelen ser el prólogo para un poco de llanto, una pizca de autocompasión y algún mangueo. Pero no sera así en este caso. No necesitamos que se suscriban, ni queremos justificar un aumento de precio, ni pedimos una donación voluntaria y voluntariosa para poder seguir. Axxón no es una aventura comercial. No lo fue cuando nació ni lo será en el íuturo, aunque nos hagamos famosos y nos lluevan las ofertas. Y no crean, por favor, que estamos locos.

Pero, ¿no lo estamos? Nosotros mismos no sabemos por que hacemos Axxón. Llamemosle un desafío, un capricho, una necesidad, lo que sea. Como director y cofundador puedo decirles que tengo un número en la cabeza, un número al que pretendo llegar y superar, pero eso es algo interior y puramente personal y Axxón no es una aventura personal, es un amor colectivo, y como tal funciona mucho mejor, por lo general, que lo que hemos observado en otros grupos de trabajo.

Aun así, el trabajo pesa a veces más en unos que en otros, y eso puede ser peligroso.

A veces me doy cuenta de que he atado mi vida al ritmo de Axxón, y que le he dado la prioridad mayor en el reparto de un tiempo que, como no soy —ni pretendo ser— un robot ni un super ser, nunca alcanza. Me encuentro hoy, día de cierre de este número 23 con el cual (es necesario aclararlo) cumplimos 24 números salidos sin interrupción, en un estado de agotamiento extremo. Trabajé anoche hasta las 5 de la mañana y seguí hoy —faltando al trabajo— desde las 9 y 30 hasta este momento, en que intento

dar el toque final a esta vigésimocuarta aventura que gira ahora en tu diskettera (y si lo pusiste en el rígido, bueno, ahí tambien girará). No me resulta fácil. Tengo a mi izquierda, como telon de fondo y un poco de compañía, un TV encendido pasando noticieros. Para los que lean esto dentro de un tiempo, es decir, lejos del momento de salir el número, les diré que hay una guerra interna en Rusia que ya ha causado varios muertos, en su mayor parte personas que intentaron detener los tanques con sus pechos, para defender —explican los cronistas— su libertad ganada hace tan poco.

Los tanques les pasaron por encima.

Veo hombres que se suben a las torretas, intentando entrar a los tanques e intentando tambien —para eso somos racionales— convencer a los soldados. Veo un tanque maniobrando írente a un trolebús de transporte urbano. Veo gente con paraguas. Gente con palos. Gente con las manos limpias.

Y la otra cara. Lo que me dolió. Lo que me hizo mal. Veo soldados golpeando a personas que caen y veo soldados que siguen golpeando a personas caídas. Veo soldados que se giran hacia las cámaras que los están tomando, que gritan con un odio excesivo, incomprensible, y que finamlente se lanzan sobre los periodistas y los agreden con las culatas de sus armas. Veo a los periodistas sosteniendo sus cámaras, manteniéndose en pie a duras penas, ganándole imágenes al caos, mientras gritan pidiendo que los dejen trabajar. Las cámaras caen. Las voces de los periodistas expresan dolor, la de los uniformados odio.

No crean que conozco el ruso. Porque eso no es Moscú. No es Rusia. Es Argentina. Jujuy. Y lo que se reprime no es ni la milésima parte de importante que lo que pasa en aquel país donde los hombres ponen el pecho a los tanques. No se si hace falta decir más. Si no sirve de excusa para este desastroso mensaje editorial no sirve de excusa para nada.

Digamos que dentro de este mundo fluorescente de bits las noticias son buenas. Dentro de un mes, el 21 de setiembre, cumplimos dos años. Lo festejamos con una loca fiesta que intentará ser mejor que la del año pasado. Inauguramos chiches nuevos, tales como la función ‘D’ para avanzar viendo las ilustraciones (la D es de Dibujo), un menu impresionante de edición de colores para los afortunados poseedores de plaquetas VGA que aprieten ‘F’ y una nueva sección, llamada BITS, donde

ofreceremos a nuestros queridos lectores algunos mordisquitos de informática. Ya ven que aquí dentro, por lo menos, la cosa va bien.

Axxón es GRATIS

Regale **Axxón** a sus amigos

El oro al final del arco estelar

Frederik Pohl

CONSTITUTION UNO

Diario de a bordo del Teniente Coronel Sheffield N. Jackman, USAF, comandante de la Nave Espacial **Constitution**, Día 40.

Todo marcha bien, amigos. Gracias a Control Misión por el lote de mensajes personales. Disfrutamos mucho con el concierto que nos irradiasteis; de hecho, grabamos la mayor parte de él para reproducirlo cuando perdamos la comunicación.

Ahora estamos acercándonos al punto seis semanas en nuestra expedición a Alfa Centauro, Planeta Aleph, y al haber superado la mayor distancia que el hombre había recorrido desde la Tierra empezamos a sentirnos realmente en nuestro verdadero camino. Nuestros últimos datos de navegación confirman el plan de Control de Misión, y calculamos que cruzaremos la órbita de Plutón aproximadamente a las 1631 horas, tiempo de la nave, del Oía 40, es decir, hoy. Letski ha estado controlando el efecto de la dilatación del tiempo, el cual empieza a ser significativo ahora que viajamos al seis por ciento de la velocidad de la luz, y dice que eso equivale aproximadamente a la una y cuarto de la mañana de vuestro tiempo, Control Misión. Pronto dejaremos atrás el Sistema Solar y seremos los primeros seres humanos que penetren en las profundidades del espacio interestelar. Planeamos celebrarlo con una pequeña fiesta. Letski y Ann Becklund han confeccionado una bandera para lanzarla en aquel punto, lo cual haremos a través de la compuerta de observación Número Tres, junto con la placa de acero inoxidable que contiene el saludo del Presidente. También lanzaremos algunos objetos personales por cada uno de nosotros. Yo contribuiré con mi faja de graduado de la Academia del Aire.

Pocos cambios desde los anteriores informes. Nos estamos adaptando perfectamente a nuestra rutina. Hace semanas que terminamos todas nuestras comprobaciones postlanzamiento, y tal como predijo el doctor Knefhausen, empezamos a disponer de tiempo libre. No tenemos

mucho en que ocuparnos entre este momento y el de nuestra llegada al planeta Alfa-Aleph que sea realmente esencial para el funcionamiento de la nave espacial. De modo que hemos puesto en marcha el programa recreativo propuesto por Kneffie, utilizando los esquemas preparados por el Departamento de Personal de la NASA. Al principio —creo que los muchachos de Indianápolis son lo bastante mayores como para saber esto—, recibieron lo que podría llamarse una fría acogida. La opinión general fue la de que este asunto de aprender teoría aritmética, que es lo que nos sirvieron de entrada, era cosa de chicos. Pensamos que no estábamos aún suficientemente desesperados para aquello, de modo que dedicamos nuestro tiempo a otras cosas. Ann y Will Becklund jugaban mucho al ajedrez. Dot Leski empezó a escribir una adaptación en verso de “Guerra y Paz”. El resto de nosotros nos dedicamos a revisar el equipo, a efectuar observaciones astronómicas y a contar chistes. Pero no tardamos en cansarnos, tal como Kneffie había predicho.

Se nos ocurrió que el mejor modo de matar el tiempo en una nave espacial era aprender a interesarnos en los problemas matemáticos. La idea prosperó. Hasta el punto de que Letski lleva diez días tratando de encontrar una fórmula para los números primos, y mi querida Flo está tratando de demostrar la Conjetura de Goldbach por medio de la teoría de las congruencias (se trata de la misma chica que hace dos meses era incapaz de sumar la lista de la lavandería). Desde luego, resulta entretenido.

Módicamente, nos encontramos todos en excelentes condiciones. Adjunto datos detallados sobre nuestra presión sanguínea, pulso, etc., así como la cinta con las lecturas del cohete del sistema de navegación. Volveré a informar de acuerdo con lo previsto. Cuiden a la Tierra para nosotros: esperamos volver a verla dentro de unos años…

WASHINGTON UNO

Aquella semana, la guerra de guerrillas urbanas en Washington pareció remitir. El helicóptero pudo flotar encima mismo del Césped Meridional de la Casa Blanca: no hubo disparos de tiradores parapetados, ni bombas incendiarias, ni siquiera lanzamiento de piedras. El Dr. Dieter von Knefhausen contempló suspicazmente los piquetes de aspecto cansado

en sus “legales” cincuenta yardas a lo largo del perímetro. No parecían militantes: tal vez **Gay Lib**, o quién sabe qué, tal vez naturistas o anti—impuestos. En cualquier caso, no lanzaron piedras y sólo se permitieron un desorganizado abucheo cuando el helicóptero aterrizó. Knefhausen se inclinó ante **Herr Omnes** sardónicamente, se apeó del aparato y se apartó con rapidez sabiendo que iba a remontar el vuelo inmediatamente. Y así ocurrió. Knefhausen no se molestó en correr hacia la Casa Blanca. Su paso era normal, como si estuviese dando un paseo. No temía a aquella gente sencilla, aunque al piloto del helicóptero le inspirara verdadero terror. Además, no tenía ninguna prisa en acudir a su cita con el Presidente.

El ADC que le cacheó no sonrió. El ordenanza que le condujo a la Terraza Oeste no le saludó. Nadie le alivió del peso de su maletín, lleno de papeles y documentos. No resultaba difícil saber cuándo uno había caído en desgracia, pensó, encogiendo la cabeza entre los hombros ante el estrépito del rotor mientras el piloto daba una vuelta sobre la Casa Blanca para ganar altura antes de aventurarse a regresar a través de la vasta ciudad.

Todo había sido mu distinto en otros tiempos, pensó con cierta nostalgia. Podía recordar cada minuto de aquellos viejos días. Allí mismo, en aquel umbral, había posado ante los fotógrafos de toda la prensa mundial y había hablado a los periodistas de aquella misma prensa del Proyecto Alfa-Aleph. Había visto su fotografía junto a la del Presidente en todas las primeras planas, se había contemplado a sí mismo en los noticiarios de la TV, hablando de la Nueva Tierra que daría a América todo un planeta colonizable situado a una distancia de cuatro años—luz. Recordaba el lanzamiento en El Cabo, con un millón y medio de invitados de todo el mundo, estadistas extranjeros y científicos comiéndose las uñas de envidia, políticos norteamericanos reventando de orgullo. Entonces, los ordenanzas le saludaban, desde luego. Una conferencia representaba para él un cheque en blanco. Incluso se habló de nombrarle candidato para la Vicepresidencia en la siguiente elección… y probablemente hubiese ocurrido así de haberse celebrado la elección en aquellos momentos de euforia… y si no hubiese existido el problema de su nacimiento en un país extranjero.

Ahora, todo era distinto. Tenía que subir en el ascensor de servicio. Más que por sí mismo, el hecho le preocupaba como reflejo de una delicada situación interna. ¿Se trataba simplemente de las habituales historias de los periódicos, o existía realmente una fuga?

El **marine** de guardia llamó con los nudillos a la puerta de la sala del Gabinete, y abrieron desde dentro.

Knefhausen entró.

Ningún Vicepresidente salió a su encuentro para agarrarle del brazo y palmear su espalda. Le acogieron treinta rostros silenciosos vueltos hacia él, algunos reservados, algunos francamente hostiles. Todo el Gabinete estaba allí, junto con media docena de jefes de departamento, y los ayudantes del Presidente, y el rostro más hostil alrededor de la gran mesa ovalada era del propio Presidente.

Knefhausen se inclinó. Una atávica tendencia a las bromas estudiantiles le hizo pensar en entrechocar sus tacones y ajustarse un monóculo, pero no tenía monóculo y no se dejaba llevar por impulsos como aquel. Se limitó a ocupar su puesto, de pie en un extremo de la mesa, y cuando el Presidente asintió con un gesto, dijo:

—Buenos días, damas y caballeros. Supongo que deseaban verme a propósito de las absurdas mentiras que los rusos están propalando acerca del programa Alfa-Aleph.

—**Roobarooba** —se murmuraron el uno al otro.

El Presidente dijo, con su voz atenorada:

—De modo que usted cree que son simples mentiras…

—Mentiras o errores, señor Presidente, no importa la diferencia. Nosotros estamos en lo cierto y ellos están equivocados, eso es todo.

—**Roobaroobarooba**.

El Secretario de Estado dirigió una interrogadora mirada al Presidente, obtuvo un gesto de asentimiento y dijo:

—Dr. Knefhausen, sabe usted que he pertenecido a su equipo durante mucho tiempo y que no deseo mostrarme en desacuerdo con cualquier afirmación que usted tenga a bien hacer, pero, en el caso que nos ocupa, ¿está usted completamente seguro? Los rusos han publicado unas cifras muy convincentes.

—Son falsas, señor Secretario.

—¡Ah! Bien, Dr. Knefhausen, por mi parte no tendría inconveniente en aceptar su palabra, pero hay otros que no opinan como yo. No se trata de chiflados ni de descontentos, sino de personas excelentes y reconocidamente honradas. ¿Tiene usted alguna evidencia para ellos?

—¿Con su permiso, señor Presidente?

El Presidente asintió de nuevo. Knefhausen abrió su maletín y sacó de él un pequeño fajo de diapositivas. Se las entregó a un comandante de **marines**, el cual miró al Presidente en demanda de aprobación y luego hizo lo que Knefhausen le indicó. Las luces se apagaron y, tras unos ajustes del foco, fue proyectada la primera diapositiva por encima de la cabeza de Knefhausen. Mostró una enorme formación de postes metálicos en forma de Y, extendiéndose a lo largo de un paisaje árido y polvoriento.

—Esta fotografía es de nuestro radio—telescopio de Farside, la Luna —dijo Knefhausen—. Nunca es visible desde la Tierra, debido a que esa parte de la superficie lunar se encuentra permanentemente oculta a nuestros ojos, motivo por el cual la escogimos para instalar el telescopio. No existen interferencias eléctricas de ninguna clase. El instrumento está compuesto por treinta y tres millones de elementos dipolares independientes, montados con una exactitud de millonésimas. Su tamaño real es aproximadamente el de un círculo de dieciocho millas, pero en virtud de su favorable posición su alcance equivale al de un telescopio de veintiséis millas de diámetro. La siguiente diapositiva, por favor.

Click. La fotografía del enorme RT desapareció y fue reemplazada por otra construcción similar, aunque visiblemente más rústica y de menor tamaño.

—Este es el instrumento ruso, caballeros. Su diámetro es aproximadamente la cuarta parte del nuestro. Tiene una décima parte de elementos, y nuestros informes —lo sé de buena fuente— indican que el montaje es muy deficiente.

“La diferencia entre los dos instrumentos en capacidad de reunir información es de cien a uno a favor nuestro. Luces, por favor.

“Lo cual significa —continuó, sonriendo a cada una de las personas sentadas en torno a la mesa— que si los rusos dicen “no” y nosotros decimos “sí “, puede apostarse por el “sí “. En nuestro telescopio puede confiarse. En el de ellos, no.

Los reunidos se removieron nerviosamente en sus asientos. Estaban tan ansiosos por creer a Knefhausen como éste lo estaba por convencerles, pero no estaban seguros.

El Representante Belden, Presidente del Comité de Medios y Arbitrios del Congreso, habló por todos ellos:

—Nadie duda de la calidad de su equipo. Especialmente —añadió— teniendo en cuenta que aún lo estamos pagando. Pero los rusos han hecho una afirmación categórica. Dicen que Alfa Centauro no puede tener un planeta de más de mil millas de diámetro, ni a una distancia inferior a quinientos millones de millas de la estrella. Tengo aquí una copia de la gacetilla de la Tass. Admite que su equipo es inferior al nuestro, pero tienen una declaración firmada por veintidós académicos que dicen que su equipo no podría pasar por alto un objeto más próximo o de mayor tamaño de lo que acabo de citar, ni cualquier cuerpo de cualquier tipo lo bastante grande para permitir que nuestros astronautas se posaran en él. ¿Conoce usted esa declaración?

—Sí, desde luego, la he leído…

—Entonces sabe usted que ellos afirman categóricamente que el planeta al que usted llama “Alfa— Aleph” no existe.

—Sí, eso es lo que ellos afirman.

—Además, unas declaraciones de las autoridades del Observatorio de París, del Centro Astronómico de la UNESCO en Trieste y del Astrónomo Real de Inglaterra, dicen que ellos han revisado y confirmado sus cifras.

Knefhausen asintió jovialmente.

—Eso es cierto, Representante Belden. Ellos confirman que, si las observaciones corresponden a la realidad, las conclusiones a las que ha llegado la instalación soviética de Novy Brezhnevgrad en Farside son correctas. No discuto la aritmética. Sólo digo que las observaciones se han realizado con un equipo inadecuado, y en consecuencia los astrónomos soviéticos han llegado a una falsa conclusión. Pero no deseo abusar de su paciencia con una afirmación sin pruebas —se apresuró a añadir, mientras el congresista abría la boca para hablar de nuevo—. Lo que los rusos dicen es teoría. Yo ofrezco, no sólo una teoría mejor, sino también un hecho objetivo. ¡Sé que Alfa-Aleph existe porque lo he visto! ¡Las luces, comandante! Y la diapositiva siguiente, por favor…

La pantalla se iluminó y mostró un espacio blanco brillante con una serie de puntitos negros, como polvo. Uno de mayor tamaño aparecía en el centro de la pantalla, rodeado de una docena de puntos visiblemente menores.

Knefhausen cogió un puntero con la punta fluorescente y señaló con la pequeña flecha de luz el punto central.

—Esto es un negativo fotográfico —dijo—, o sea, que es negro donde la escena real es blanca y viceversa. Esos objetos son astronómicos. Fue tomado por nuestro satélite **Briareus XII** cerca de la órbita de Júpiter, en su camino hacia Neptuno, hace catorce meses. El objeto central es la estrella Alfa Centauro. Fue fotografiada con un instrumento especial que filtra la mayor parte de la luz de la propia estrella, de naturaleza electrónica y parecido al coronascopio que se utiliza para fotografiar protuberancias en nuestro Sol. Confiábamos en que por ese medio lograríamos fotografiar el planeta Alfa-Aleph. Tuvimos éxito, como pueden ver. —El puntero apoyó su pequeña flecha junto al punto más próximo a la estrella central—. Eso, damas y caballeros, es Alfa— Aleph. Se encuentra exactamente en el lugar que habíamos predicho de acuerdo con los datos del radio—telescopio.

Se produjo un nuevo estallido de rumores en torno a la mesa. En la oscuridad, resultaron más ruidosos que antes. El Secretario de Estado gritó en tono agudo:

—¡Señor Presidente! ¿Podemos hacer pública esta fotografía?

—La haremos pública inmediatamente después de esta reunión —dijo el Presidente.

—**Roobarooba**.

Luego, el Representante Belden:

—Señor Presidente, estoy convencido de que si usted dice que ése es el planeta que queremos, el planeta es ése. Pero fuera de nuestro país pueden ponerlo en duda, ya que en realidad yo veo iguales todos esos puntos. Sólo para satisfacer la curiosidad de un profano, ¿cómo sabe usted que es Alfa-Aleph?

—Diapositiva número cuatro, por favor… sin quitar la número tres. —Era la misma escena, sutilmente distinta—. Observen cómo en esta fotografía, caballeros, uno de los objetos, este, ha cambiado de posición. Se ha movido. Saben ustedes que las estrellas no muestran ningún movimiento discernible. Se ha movido porque esta fotografía fue tomada ocho meses más tarde, cuando el **Briareus XII** regresaba de Neptuno y el planeta Alfa-Aleph había girado en su órbita. Esto no es teoría, es evidencia, y debo añadir que la película original se conserva en Goldstone, de modo que no existe posibilidad de error.

—**Roobarooba**.

Pero ahora en tono más alto y excitado.

Satisfecho, Knefhausen inclinó su puntero.

—Ahora, comandante, haga el favor de colocar las diapositivas tres y cuatro una al lado de la otra… así… y páselas hacia adelante y hacia atrás con la mayor rapidez posible… gracias. —El puntito negro llamado Alfa-Aleph rebotó hacia adelante y hacia atrás como una pelota de tenis, en tanto que todos los otros puntos permanecían inmóviles—. Esto es lo que se llama un proceso comparativo. Y debo señalar que, si lo que están mirando no es un planeta, es la estrella más rápida que nunca han visto. Y también que se encuentra a la distancia exacta y con el período orbital exacto que habíamos especificado basándonos en los datos del radiotelescopio. Ahora, ¿alguna pregunta más?

—¡No, señor!

—¡Estupendo, Kneffie!

—Creo que el asunto ha quedado aclarado.

—Será una lección para los comunistas.

La voz del Presidente dominó el barullo.

—Comandante Merton, puede usted encender las luces —dijo—. Dr. Knefhausen, gracias. Le agradecería que se quedara unos minutos para revisar con Murray y conmigo el texto de nuestro comunicado antes de hacer públicas esas fotografías.

Hizo un gesto de despedida a su principal asesor científico y luego, advertido por los felices rostros de su gabinete, se acordó de sonreír con placer.

CONSTITUTION DOS

Diario de a bordo de Sheffield Jackman. Nave espacial **Constitution**. Día 95.

Según Lestski, ahora viajamos al quince por ciento de la velocidad de la luz, es decir, a casi 45.000 kilómetros por segundo. Los impulsores a fusión funcionan estupendamente: tal como estaba previsto, el ritmo de las explosiones es tan rápido que sólo las notamos como vibración. Las curvas

del combustible, de la energía y del mantenimiento vital se encuentran en su punto óptimo. Ningún problema de ningún tipo con la nave, ni, realmente, con ninguna otra cosa.

Los efectos relativistas han comenzado a manifestarse, tal como estaba previsto. Los estudios espectrales de Jim Barstou muestran a las estrellas situadas enfrente de nosotros variando al azul, y al Sol y otras estrellas detrás de nosotros variando al rojo. Aunque en el espectroscopio apenas puede apreciarse. **Beta Circini** parece un poco rara, tal vez. En cuanto al Sol, es aún muy brillante —la última observación de Jim, hace unas horas, ha fijado su magnitud en menos seis—, y como nunca lo había visto en las actuales condiciones no puedo decir si el color parece brillante o no. No es ciertamente el amarillo dorado que yo asocio con el tipo GO, pero tampoco lo es Alfa Centauro, delante de nosotros, y no veo realmente ninguna diferencia entre ellos. Creo que el motivo estriba simplemente en que son tan brillantes que las impresiones cromáticas son secundarias a las impresiones de brillo, aunque el espectroscopio, como ya he dicho, hace ver las diferencias. Hemos establecido turnos para mirar hacia atrás. Todavía podemos ver la Tierra e incluso la Luna en el telescopio, pero las posibilidades son menores cada día, y pronto dejarán de existir.

Vamos a ver… ¿qué más?

Hemos pasado muy buenos ratos con el programa recreativo de matemáticas. Ann se ha lanzado a la aritmética binaria como un pato al agua. Creo que está trabajando en algo relacionado con la experimentación estadística —no acostumbramos a fijarnos demasiado en lo que hacen los demás hasta que ellos nos hablan del asunto—, y se le ocurrió pedirnos nada menos que unas monedas para no sé qué. Naturalmente, ninguno de nosotros pensó en traer dinero. Bueno, dos de nosotros teníamos una moneda: Ski tenía un rublo de plata que el tío de su madre le había regalado para que le diera suerte, y yo encontró en uno de mis bolsillos un dólar antiguo acuñado en Filadelfia. Ann rechazó mi dólar diciendo que pesaba muy poco, pero se pasa el día lanzando el rublo al aire para ver si cae cara o cruz, y anotando los resultados como una serie de números binarios, 1 para las caras y 0 para las cruces. Al cabo de una semana mi curiosidad era tan intensa que empecé a fisgar para descubrir lo que estaba haciendo. Sin embargo, a todas mis preguntas contesta cosas como: “Por medio de lo fácil y lo sencillo, captamos las leyes del mundo entero”. Y cuando le digo que eso es muy bonito, pero que no me aclara lo que espera conseguir

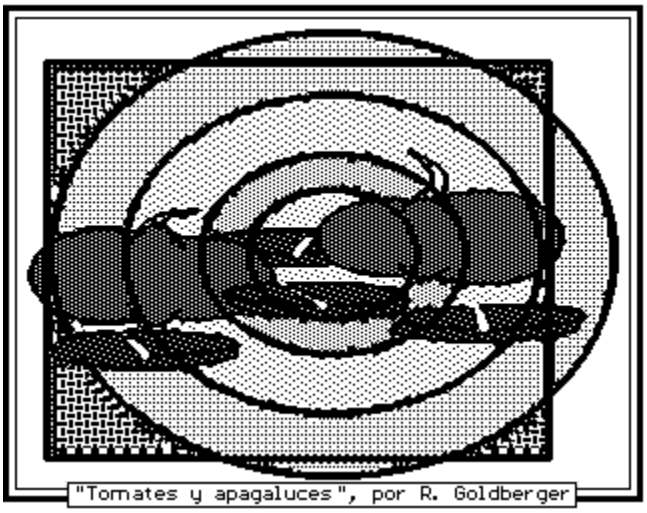
lanzando al aire la moneda, dice: “Cuando las leyes del mundo sean captadas, tendremos la perfección”. Como ya he dicho, no nos atosigamos unos a otros, y dejó la cosa así. Todo esto ayuda a pasar el tiempo.

Kneffie estaría orgulloso de sí mismo si pudiera ver cómo nos mantiene ocupados nuestro recreo. Ninguno de nosotros ha conseguido demostrar el Último Teorema de Fermat ni nada por el estilo, pero de ello se trata, precisamente. Si pudiésemos resolver los problemas, los dejaríamos de lado y, ¿qué haríamos entonces para entretenernos? Sirven exactamente para el fin previsto: mantenernos mentalmente despiertos durante este largo e intrínsecamente aburrido viaje.

¿Relaciones personales? No pueden ser mejores. Mucho mejores de lo que cualquiera de nosotros esperaba durante los cursillos preparatorios en Control Misión. Las chicas toman las píldoras blancas cada día hasta tres días antes de sus períodos, luego toman las píldoras verdes durante cuatro días, luego pasan otros cuatro días sin tomar nada, y luego vuelven a las blancas. Al principio, la cosa daba motivo a toda clase de bromas, pero ahora es pura rutina, como lavarse los dientes. Los hombres tomamos nuestras píldoras rojas todos los días —Ski las bautizó con el nombre de “apagaluces”—, hasta que las chicas nos dicen que están “en condiciones” —ya me entiende, cada una se lo dice a su marido—. Entonces nosotros tomamos el Diablo Azul —es decir, el “antídoto”—, y lo pasamos de lo mejor hasta que las chicas empiezan de nuevo con las píldoras blancas. Ninguno de nosotros creía que esto diera resultado. Pero funciona. Yo no pienso siquiera en el sexo hasta que Flo besa mi oreja y me dice, disculpen la expresión, que está dispuesta a entrar en calor. Tenemos un hermoso camarote con dos lechos individuales, y lo llamamos el Hotel Luna de Miel. Lo ocupa la pareja que lo necesita, y ni una sola vez han sido utilizadas las dos camas. El resto del tiempo dormimos normalmente, y nadie ha tenido problemas en ese aspecto.

Disculpen que me refiera a cosas tan “personales”, pero ustedes me dijeron que querían saberlo todo, y no hay mucho más que contar. Todos los sistemas funcionan estupendamente. Los revisamos de cuando en cuando, pero no se nos ha planteado ningún problema, y no parece que se nos vaya a plantear más tarde. Y en el exterior no hay absolutamente nada digno de verse, aparte de las estrellas. Y todos nosotros las hemos contemplado hasta la saciedad.

Nos hemos acostumbrado al sistema de recuperación. Ninguno de nosotros pensaba realmente habituarse al retrete de succión, y mucho menos a lo que ocurre con su contenido, pero sólo resultó molesto los primeros días. Ahora no hay problema. El producto pasa a los tanques de algas. El residuo de las algas pasa a los lechos de residuos hidropónicos, aunque para entonces no es más que materia vegetal verde—pardusca. Todo es manipulado automáticamente, desde luego, de modo que nuestro primer contacto real con el sistema se produce en la cocina.


"Tomates y apagaluces", por R. Goldberger

Ingerimos los alimentos en forma de hermosos tomates rojos, arroz pilaf y cosas por el estilo. Echamos un poco de menos las proteínas animales: los alimentos congelados tienen que durar mucho tiempo, de modo que cada hamburguesa es un festín especial que sólo nos permitimos una vez a la semana. El agua que bebemos procede realmente del aire, condensado por los deshumidificadores en el tanque de reserva, del cual la sacamos para beber. Está muy fresca y tiene un sabor muy agradable. Desde luego, pasa al aire tras haber sido exudada por nuestros poros o transpirada por las plantas —las cuales son regadas directamente con el producto tratado de los tanques de cultivo—, y todos nosotros sabemos, cuando nos paramos a pensar en ello, que cada una de sus moléculas ha pasado a través de nuestros riñones un mínimo de cuarenta veces. Aunque no directamente. Y esto es lo que importa. Lo que bebemos es rocío claro y dulce. Y si alguna vez fue otra cosa, ¿no podría decirse lo mismo del Lago Erie?

Bueno, creo que me he extendido demasiado. Ustedes, probablemente, ya habrán captado la idea: somos felices en el servicio y les damos las gracias por este crucero de placer.

WASHINGTON DOS

Mientras esperaba entrevistarse con el Presidente, el Dr. Knefhausen leyó de nuevo el comunicado de la nave espacial, con aire satisfecho. “Felices en el servicio”. “Kneffie estaría orgulloso de sí mismo”. Realmente, Kneffie lo estaba. Y orgulloso de ellos, tan valientes, tan fuertes.

Estaba tan orgulloso de ellos como si hubiesen sido hijos suyos, los ocho. Todo el mundo sabía que el proyecto Alfa-Aleph había sido engendrado por Knefhausen, pero éste trataba de ocultar al mundo que en su propia mente extendía su paternidad a la tripulación. Eran la avanzadilla del mundo asequible, y él les había situado allí. Irguió la cabeza, escuchando los lejanos cánticos que llegaban desde la verja del perímetro, donde no cesaba la exhibición de violencia de las multitudes para fastidiar a las personas que hacían marchar el mundo. Allí estaban, con los cabellos largos y la moral sucia. Los cielos sólo pertenecían a los ángeles, y Dieter von Knefhausen había escogido los ángeles. Él había establecido los procedimientos de selección… y si había hecho algunas cosas que era preferible no mencionar para asegurarse de que los procedimientos daban el resultado apetecido, ¿qué importaba? Él era el que había concebido y adaptado el importantísimo programa recreativo, y por encima de todo era él el que había concebido todo el proyecto y persuadido al Presidente para que lo pusiera en ejecución. La quincalla no era nada, sólo dinero. Los conceptos científicos básicos eran conocidos; la mayoría de los componentes estaban en las carpetas; sólo se necesitaba voluntad para reunirlos. La voluntad no hubiese existido de no haber sido por Knefhausen, que anunció el descubrimiento de Alfa-Aleph desde su radiotelescopio de Farside —le dio aquel nombre, aunque pudo haberle dado otro cualquiera escogido por él, incluso el suyo— y entabló la lucha por el proyecto con todos los medios a su alcance, hasta que el Presidente lo aceptó.

Había sido una lucha dura y amarga. Knefhausen se recordó a sí mismo que lo peor estaba aún por llegar. No importaba. Costara lo que costara, ya estaba hecho, y valía la pena. Aquellos informes del **Constitution** lo demostraban. Todo se desarrollaba de acuerdo con las previsiones establecidas, y…

—Disculpe, Dr. Knefhausen.

Levantó la mirada, catapultado casi desde medio año—luz de distancia.

—He dicho que el Presidente le verá ahora —repitió el ujier.

—¡Ah! —exclamó Knefhausen—. ¡Oh, sí, desde luego! Estaba sumido en mis pensamientos.

—Sí, señor. Por aquí, señor.

Pasaron por delante de una ventana y vieron fugazmente la agitación al otro lado de las verjas, las pancartas utilizadas como picas, una nubecilla azul de gas lacrimógeno…

—Parece que la gente está excitada —dijo Knefhausen con aire ausente.

—No hay ningún peligro, señor. Por aquí, por favor.

El Presidente estaba en su despacho particular, pero, ante la sorpresa de Knefhausen, no estaba solo. Le acompañaba Murray Amos, su secretario personal, lo cual era comprensible: pero había otros tres hombres en la estancia. Knefhausen les reconoció como el Secretario de Estado, el Presidente de la Cámara y el Vicepresidente. Muy raro, pensó Knefhausen, puesto que le habían hablado de una entrevista confidencial con el Presidente… Pero reaccionó enseguida.

—Disculpe, señor Presidente —dijo, en tono jovial—. Debí entenderlo mal. Pensó que íbamos a hablar a solas, usted y yo.

—No importa —dijo el Presidente. Los años de preocupaciones en la Casa Blanca empezaban a pesar sobre sus hombros. Parecía muy viejo y muy cansado—. Les dirá a esos caballeros lo que me habría dicho a mí.

—Sí, comprendo —dijo Knefhausen, tratando de disimular el hecho de que no comprendía absoluta— mente nada. Seguramente que el Presidente quería dar a entender otra cosa con sus palabras, de modo que era preciso averiguarlo—. Sí, desde luego. Aquí hay algo, señor Presidente. ¡Un nuevo informe de la **Constitution**! Se recibió en Goldstone hace una hora, y acaba de salir de la sala de descifrado. Permítame que se lo lea. Nuestros bravos astronautas se están comportando espléndidamente, tal como estaba previsto. Dicen…

—Deje eso ahora —le interrumpió el Presidente—. Lo oiremos más tarde. Antes quiero que le cuente a este grupo toda la historia del proyecto A1fa—Aleph.

—¿Toda la historia, señor Presidente? —inquirió Knefhausen, ligeramente desconcertado—. Comprendo. Quiere que empiece por el principio, o sea, a partir del momento en que nos dimos cuenta en el observatorio que habíamos descubierto un nuevo planeta…

—No, Knefhausen. No me refiero a la historia ficticia, sino a la verdadera.

—¡Señor Presidente! —exclamó Knefhausen, súbitamente alarmado—. Debo informarle que protesto por este prematuro…

—¡La verdad, Knefhausen! —gritó el Presidente. Era la primera vez que Knefhausen le oía levantar la voz—. No saldrá de esta habitación, pero debe usted contarlo todo. Dígales por qué los rusos están en lo cierto. Dígales por qué hemos enviado los astronautas a una misión suicida, ordenándoles aterrizar en un planeta que desde el primer momento sabíamos que no existe.

CONSTITUTION TRES

Diario de Shef Jackman, Día 130.

Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? Lamento ser un corresponsal tan perezoso. Estaba jugando una partida de ajedrez con Eve Barstou —ella copiando el estilo de Bobby Fischer y yo el de Reshevsky—, cuando Eve dijo algo que me hizo pensar en el viejo Kneffie, y que, desde luego, me recordó que les debía una transmisión. De modo que aquí está.

Sin embargo, debo alegar en mi defensa que no se trata únicamente de que haya estado ocupado en otras cosas. El transmitir estos comunicados significa un gran consumo de energía. Y algunos de nosotros no estamos tan seguros de que merezca la pena. Cuanto más avanzamos, más energía necesitamos acumular para una transmisión.

Ahora mismo no está tan mal la cosa, pero… Bueno, debo decirles la verdad, ¿no? Kneffie nos hizo prometer que diríamos siempre la verdad, puesto que formamos parte del experimento y ustedes necesitan saber en todo momento lo que estamos haciendo, absolutamente todo. Bien, la verdad en este caso es que durante una temporada hemos andado algo escasos de energía, debido a que Jim Barstou necesitaba mucha para sus investigaciones. Ustedes se preguntarán probablemente de qué

investigaciones se trata, pero aquí tenemos por norma no meter las narices en lo que cualquier otro está haciendo hasta que la cosa está a punto, y lo de Jim todavía no está a punto. Asumo toda la responsabilidad, no sólo por el gasto de energía, sino también por los posibles daños a la nave. Le dije que podía seguir adelante con ello.

Ahora estamos viajando muy aprisa, y a simple vista podemos observar las variaciones en azul y en rojo de las estrellas, según se encuentren delante o detrás de nosotros, respectivamente. Resulta raro, pero aún no hemos podido ver el planeta Alfa-Aleph, ni siquiera con el disco oscureciendo la estrella. Ahora, con la variación al azul, probablemente no lo veremos hasta que se reduzca nuestra velocidad. todavía podemos ver el Sol, aunque supongo que lo que estamos viendo es ultravioleta en su origen. Desde luego, las variaciones de la frecuencia relativista significan que necesitamos energía compensadora extra en nuestras transmisiones, lo cual es otro motivo para que no me dedique a escribir a casa cada domingo, entre el almuerzo y el partido de baseball…

Pero la misión marcha muy bien. Las “relaciones personales” continúan siendo excelentes. También en este aspecto hemos llevado a cabo algunos experimentos que no figuraban en el programa, con estupendos resultados. Sin entrar en detalles, me limitaré a darles una pista: Dot Letski me encarga que les diga a los muchachos de Control Misión que cojan dos píldoras blancas y una de Diablos Azules, que las mezclen con un cuarto de cucharadita de pimienta negra y unos 2 centímetros cúbicos del líquido acondicionador del sistema de recuperación. Hay que tomarlo con un sorbete de naranja. Es algo asombroso. La primera vez que lo tomó, Flo se convirtió en un verdadero ciclón… y ustedes ya me entienden. La propia Dot inventó la fórmula hace unas semanas. Nos maravilla comprobar lo rápidamente que avanza su “Guerra y Paz” en verso, hasta que nos dio a conocer el secreto. Entonces descubrimos lo que podía hacer por uno, emotiva e intelectualmente.

Ann y Jerry Letski renunciaron muy pronto a sus propios programas recreativos: demasiado pronto. ¡Se suponía que iban a durar todo el viaje! Intercambiaban microfichas, dando por sentado que cada uno de ellos estaba interesado en un aspecto de la causalidad, y querían comprobar lo que el otro bando podía ofrecer. Ahora, Ann se interesa por individuos tales como Kant y Carnap, y Ski está que trina porque en los cultivos hidropónicos no hay **Achillea millefolium**. Dice que necesita los tallos

para sus investigaciones. Pero su estado es completamente normal, de veras. No hubiese estado de más pensar en nuestras otras necesidades, aparte del sexo y de la teoría de los números. Ni siquiera podemos utilizar los huesos de las sobras de la cocina, porque en la cocina no hay sobras de ninguna clase. Sé perfectamente que no podían pensar ustedes en todo, pero… Sin embargo, improvisamos lo mejor que podemos, y repito que las cosas marchan bien.

Vamos a ver… ¿qué más? ¿Les envió la demostración de la conjetura de Goldbach de Jim Barstou? Resultó muy sencilla, en cuanto Jim hubo desarrollado su idea de los análisis de paridades múltiples. Sin embargo, la mayor parte de nosotros no perdemos ya el tiempo con esas tonterías. Nos hemos cansado de la teoría de los números, tras haber resuelto todos sus aspectos divertidos, y ahora —aparte de lo que nos interesa particularmente—, si hay algo que nos atrae de un modo colectivo es probablemente el cálculo de la expresión. No lo hacemos sistemáticamente, ya que sólo le dedicamos el tiempo que nos permiten nuestras otras actividades, pero todos estamos convencidos de la factibilidad de una gramática universal, con todas sus implicaciones.

Flo ha trabajado en ello más que todos nosotros. Opina que Boole, Venn y todos aquellos personajes de la antigüedad siguieron un camino equivocado, pero piensa que podría haber algo aprovechable en la idea del “calculus ratiocinator” de Leibniz. Sobre todo, le gusta una sugerencia de J. W.. Swanson para los lenguajes multíplices. (Jim la aprovechó para trabajar en sus análisis de las paridades.) La idea consiste en desarrollar un lenguaje de vocabulario doble. Una serie de significados es transportada, digamos por medio de fonemas, es decir, la forma de las propias palabras. Otra serie es transportada por el tono. Es como cantar un mensaje cuya mitad lo compusieran las palabras y la otra mitad la música. Emitidas en tercera, en cuarta o en otras dimensiones, las dos series de significados deberían transportar muchos tipos de significados a la vez, aunque hasta ahora no hemos podido llegar tan lejos… excepto si utilizamos el sexo como uno de los medios de comunicación. La mayoría de los sentidos asequibles son demasiado limitados para abarcar tanto.

A propósito, hemos revisado todos los “lenguajes artificiales” existentes, en la medida de lo posible (por ejemplo, hemos situado a Will Becklund bajo regresión hipnótica para “recapturar” el esperanto que había

aprendido siendo un niño). Pero todos son callejones sin salida. Ni siquiera transportan tanto como el inglés o el francés normales.

Sigue el parte médico. Nuestro estado de salud es excelente. Eve Barstou nos sometió a una revisión para más seguridad. Ann y Ski tenían un par de muelas picadas, de modo que Eve aprovechó la ocasión para practicar un poco. No me refiero a practicar en el empaste de muelas, sino en la aplicación de la acupuntura en vez de la procaína. Dio un resultado excelente.

A todos nos gustaría enviarles algunas muestras de nuestros trabajos caseros. Lo malo es su abundancia. Todo el mundo tiene algo de lo que está personalmente orgulloso, como la demostración de Barstou de la mayoría de los problemas matemáticos clásicos, y mi adaptación múltiple de “Sur le pont d’Fivignon”. Pesultaba difícil decidir lo que íbamos a enviarles con la escasa energía disponible, de modo que lo hicimos por votación y decidimos que lo mejor era la adaptación en verso de “Guerra y Paz” de Ann. Es bastante larga.

Espero disponer de suficiente energía. La transmitiré mientras pueda…

WASHINGTON TRES

La primavera estaba muy avanzada en Washington. A lo largo del Potomac, los cerezos habían empezado a florecer, el Rock Creek Park era una sinfonía en verde pálido con las hojas nuevas. Incluso a través del **uhap**, **uhap** del rotor del helicóptero, Knefhausen podía oír un ocasional crepitar de disparos de arma corta en torno a Georgetown, y los cocteles Molotov y los gases lacrimógenos desprendían estelas de humo que rizaban en el aire. Los alborotadores no cesaban de armar jaleos, pensó Knefhausen, enojado. ¿Valía la pena tratar de salvar a una gente como aquella?

Estaba distraído. Se encontró a sí mismo dividiendo su atención en tres partes: el agreste y verde paisaje sobre el cual volaban, los aparatos de escolta que orbitaban alrededor de su propio helicóptero, y los documentos que sostenía en su regazo. Las tres le fastidiaban.

"Disturbios", por R. Goldberger

No podía concentrar su mente en ninguna de ellas. Lo menos que le gustaba era el informe de la **Constitution**. Había tenido que pedir ayuda de un experto para traducir el informe, y no le gustó la necesidad de hacerlo, y todavía le gustaron menos los resultados. ¿Qué había pasado? Eran sus chicos, escogidos uno a uno. Ninguno de ellos, por ejemplo, había mostrado el menor síntoma de tendencias hippies, excepto en los casos de Ann Becklund y Florence Jackman, antes empero de que cumplieran los veinte años. ¿Cómo se les había ocurrido lo de aquel repugnante brebaje y aquella estupidez de la Achillea millefolium, más conocida como hierba de carpintero o milenrama? ¿Qué “experimentos” se traían entre manos? ¿A quién se le había ocurrido lo de la anti—científica acupuntura? ¿Cómo se atrevían a apartarse de su programa de consumo de energía, para dedicarla a “investigaciones”? ¿Qué clase de investigaciones? Y, por encima de todo, ¿qué significaba lo de “posibles daños a la nave”?

Garabateó en un bloc:

Dejen de hacer tonterías de inmediato, rengo la impresión de que están actuando como chiquillos irresponsables. Están olvidando los ideales de nuestro programa.

Knefhausen

Tras recorrer la corta distancia entre el helicóptero y el vigilado porche de la entrada a la Casa Blanca, entregó la hoja de papel a un asistente del Centro de Mensajes para que lo pasaran en clave y lo transmitieran inmediatamente al ++Constitution** vía Goldstone, Satélite Lunar y Base Farside. Lo único que necesitaban era un recordatorio, se dijo a sí mismo, y su comportamiento volvería a ser normal. Pero seguía estando preocupado mientras contemplaba su imagen en un espejo, alisándose los cabellos y atusándose el bigote con la punta de un dedo, y se presentaba al secretario del Presidente.

Esta vez bajaron, en vez de subir. Knefhausen fue conducido a la cámara del sótano que había sido sucesivamente piscina de Franklin

Roosevelt, sala de prensa de la Casa Blanca, estudio de TV para grabar escenas del Presidente con los congresistas y senadores para el gran público y, ahora, un bunker acorazado en el cual podían encontrar refugio durante varias semanas los miembros de la Casa Blanca en caso de un ataque desde el exterior, en espera de que las fuerzas armadas restablecieran la situación. No era una estancia cómoda, pero sí segura. Además de estar fuertemente acorazada, había sido construida a prueba de sonidos y a prueba de espías como ninguna otra cámara en el mundo, sin exceptuar los sótanos del Kremlin ni la base **NOROM** en Colorado.

Knefhausen fue admitido y se sentó, mientras el Presidente y otras dos personas conversaban en voz baja en un extremo de la estancia, y otras varias docenas de personas presentes estiraban sus cuellos para mirar a Knefhausen.

Al cabo de un instante el Presidente levantó la cabeza.

—De acuerdo —dijo. Bebió un sorbo de agua de un cubilete de cristal; parecía contrariado, como un chiquillo que acaba de ver cómo se desvanece uno de sus mejores sueños—. Todos sabemos el motivo de que nos encontremos reunidos aquí. El gobierno de los Estados Unidos ha hecho pública una información que era falsa. Lo hizo con pleno conocimiento de causa, y la mentira ha sido descubierta. Ahora queremos que conozcan ustedes lo que hay en el fondo de este asunto, y a tal fin el Dr. Knefhausen va a explicarles el proyecto Alfa-Aleph. Adelante, Knefhausen.

Knefhausen se puso en pie y echó a andar lentamente hacia el pequeño atril instalado para él, a uno de los lados del Presidente. Colocó sus documentos en el atril, los estudió unos instantes pensativamente con los labios fruncidos, y dijo: —Tal como ha dicho el señor Presidente, el proyecto Alfa-Aleph es lo que podríamos llamar un enmascaramiento. Unos cuantos de ustedes se enteraron de ello hace unos meses, entonces se refirieron a él con otras palabras. “Fraude”. “Engaño”. Palabras por el estilo. Pero, si se me permite decirlo en francés, no es ninguna de esas cosas, sino una legítima **ruse de guerre**. No la guerra contra nuestros enemigos políticos, ni siquiera contra los estúpidos muchachos de las calles, con sus cocteles Molotov y sus ladrillos. No me refiero a esas guerras, me refiero a la guerra contra la ignorancia. Ya que había ciertas cosas que teníamos que conocer en beneficio de la ciencia y del progreso,

Alfa-Aleph se planeó con la finalidad de descubrir todas esas cosas para nosotros.

“Primero les hablará de los aspectos peores. En primer lugar, no existe ningún planeta llamado AIfa—Aleph. En segundo lugar, lo hemos sabido desde el primer momento. Incluso las fotografías eran falsas, y tarde o temprano el resto del mundo se enterará de nuestra **ruse de guerre**. Confío en que no se enteren demasiado pronto, ya que si tenemos suerte y conservamos el secreto durante una temporada, espero que obtendremos buenos resultados para justificar lo que hemos hecho.

“En tercer lugar, cuando la **Constitution** llegue a Alfa Centauro no encontrará ningún lugar para posarse, y sus tripulantes no podrán abandonar la nave ni tendrán combustible para regresar: sólo tendrán las estrellas y el espacio vacío. Este hecho acarrea ciertas consecuencias.

“La **Constitution** fue diseñada con una capacidad de carburante para un vuelo de ida, más una reserva de maniobra. Repito que no tendrán combustible para el regreso, y la fuente que esperaban encontrar, o sea, el planeta Alfa-Aleph, no existe. En consecuencia, morirán allí. Estos son los aspectos desagradables que debo admitir.

De entre el auditorio se alzó un susurrante murmullo. El Presidente permanecía como absorto en sus pensamientos. Knefhausen esperó pacientemente que la medicina fuese tragada, y luego continuó:

—Se preguntarán ustedes por qué hemos hecho esto… Por qué hemos condenado a morir a ocho personas jóvenes. La respuesta es simple: conocimiento. En otras palabras, debemos poseer el conocimiento científico básico para proteger al mundo libre, todos ustedes están familiarizados, supongo, con el hecho de que los progresos científicos básicos han sido muy escasos en los últimos diez años. Mucha tecnología. Muchas aplicaciones. Pero, a partir de Einstein, o mejor dicho, de Weizscker, poca ciencia básica.

“Pero, sin el nuevo conocimiento básico, la nueva tecnología no tardará en ver interrumpido su desarrollo. Cae por su peso.

“Ahora voy a contarles una historia. Es una historia científica real, no un chiste; sé que este no es el momento más apropiado para los chistes. Había un hombre llamado de Bono, un maltés, que deseaba investigar los procesos del pensamiento creador. No existe mucho conocimiento acerca de esos procesos, pero a él se le ocurrió una idea que podía dar resultado.

De modo que preparó para un experimento una habitación desprovista de muebles, con dos puertas, una en frente de la otra. Se entraba por una puerta, se cruzaba la habitación y se salía por la otra. En la puerta que era la entrada colocó algunos materiales: dos tablas lisas y algunas cuerdas. Y escogió como sujetos a unos niños. Les dijo: “Esto es un juego. Se trata de cruzar esta habitación y salir por la otra puerta, sencillamente. Si lo hacéis, habréis ganado. Pero hay una regla. No debéis tocar el suelo con los pies, ni con la rodillas, ni con cualquier parte de vuestro cuerpo o de vuestras ropas. Estuvo aquí un muchacho que era muy atlético, y cruzó la habitación andando cabeza abajo sobre sus manos: naturalmente, quedó descalificado. No debéis hacer eso. Ahora, en marcha, y el que llegue antes ganará unos chocolates”.

“Había una docena de chiquillos, aproximadamente, y todos hicieron lo mismo. Algunos tardaron más en descubrirlo, otros lo descubrieron en seguida, pero siempre era el mismo truco se sentaban en el suelo, se ataban una tabla a cada pie y se deslizaban a lo largo de la habitación como si esquiaran. El más rápido descubrió en seguida la solución y cruzó la habitación en pocos segundos. El más lento tardó varios minutos. Pero todos utilizaron el mismo método, y aquello fue la primera parte del experimento.

“A continuación, aquel maltés, de Bono, realizó la segunda parte su experimento. Era exactamente como el primero, con una diferencia. No les dio dos tablas. Les dio una sola tabla.

“Y en la segunda parte todos los chiquillos utilizaron el mismo truco, aunque era un truco distinto, desde luego. Ataron la cuerda al extremo de la tabla y se encaramaron a ella, saltando y tirando al mismo tiempo de la cuerda para empujar la tabla hacia adelante, saltando y tirando, avanzando con lentitud, pero al final todos ellos lograron cruzar. Sin embargo, en el primer experimento el promedio de tiempo utilizado para cruzar había sido de cuarenta y cinco segundos. Y en el segundo experimento fue de veinte segundos. Con una sola tabla se las apañaban mejor que con dos.

“Tal vez algunos de ustedes hayan captado la idea. ¿Por qué ninguno de los chiquillos del primer grupo pensó en el sistema más rápido de cruzar la habitación? Sencillamente, porque quisieron utilizar todos los materiales que tenían a su alcance. Y se demostró que no los necesitaban

todos. Podían obtener un resultado mejor con menos materiales, utilizados de distinto modo.

Knefhausen hizo una pausa y miró a su alrededor, saboreando el momento. Sabía que se había ganado al auditorio. Del mismo modo que se había ganado al Presidente, tres años antes. Estaban empezando a comprender la necesidad de lo que se había hecho, y los rostros vueltos hacia él no tenían ya una expresión de hostilidad; ahora aparecían perplejos y un poco asustados.

Continuó:

—Eso es el proyecto Alfa-Aleph, damas y caballeros. Hemos escogido ocho de los seres humanos más inteligentes que pudimos encontrar, saludables, jóvenes, enamorados de la aventura. Muy creativos. Les hemos hecho víctimas de una sucia jugada, de acuerdo. Pero les hemos dado una oportunidad que nadie ha tenido nunca. La oportunidad de pensar. De pensar en cuestiones básicas. Allí no tienen la segunda tabla para distraerles. Si quieren saber algo no pueden correr a la biblioteca a enterarse de que alguien había dicho que lo que ellos pensaban no podía dar resultado. Deben descubrirlo por sí mismos.

“Para hacer posible eso les hemos engañado y el engaño les costará la vida. De acuerdo, es trágico, sí. Pero a cambio de sus vidas les damos la inmortalidad.

¿Cómo lo lograremos? Se trata de otro truco, damas y caballeros. No les he dicho: “Tenéis que descubrir nuevos fundamentos básicos para la ciencia e informarnos de ellos”. He ocultado el objetivo, de manera que no se vean distraídos ni siquiera por él. Les hemos dicho que se trata de un simple pasatiempo. Otra **ruse de guerre**. El “pasatiempo” no es una ayuda para hacerles más agradable el viaje, es el verdadero objetivo del viaje.

“De modo que empezamos con las herramientas básicas de la ciencia. Con los números, es decir, con magnitudes y cuantificación, con la gramática. Esta no es la que aprendieron ustedes cuando tenían trece años. Es un término técnico; significa el cálculo de la expresión y las reglas básicas de la comunicación: queremos que puedan aprender a pensar claramente mediante una comunicación plena y sin ambigüedades. Les hemos dado poca cosa más, sólo la oportunidad de mezclar esos dos ingredientes básicos y extraer de ellos nuevas formas de conocimiento.

“¿Qué saldrá de todo eso? Una pregunta muy lógica. Por desgracia, no existe ninguna respuesta… todavía. Si conociéramos la respuesta por anticipado, no habríamos tenido que realizar el experimento. De modo que ignoramos cuál será el resultado final de esto, aunque ya hemos conseguido mucho. Antiguos problemas que habían intrigado a los científicos más sabios durante centenares de años ya han sido resueltos. Les citaré un ejemplo. Ustedes dirán: “Sí, pero, ¿qué significa?”. Y yo contestará que no lo sé, lo único que sé es que se trata de un problema tan difícil que hasta ahora nadie había sido capaz de resolverlo. Es la demostración de una cosa llamada Conjetura de Goldbach. Sólo una Conjetura: pueden llamarlo ustedes una suposición. Una suposición de un eminente matemático, hace muchísimos años, en el sentido de que todo número par puede ser escrito como la suma de dos números primos. Este es uno de esos problemas de matemáticas que todo el mundo puede comprender, por su sencillez, y nadie puede resolver. Puede decirse: “Desde luego, dieciséis es la suma de once y cinco, ambos números son primos, y treinta es la suma de veintitrés y siete, que también son primos, y existen dos números primos aplicables a cada número par”. Sí, puede decirse; pero ¿se puede demostrar que siempre es posible hacer esto con todos los números pares? No, nadie ha sido capaz de hacerlo, pero nuestros amigos de la **Constitution** lo han conseguido, en el curso de los primeros meses. Les quedan aún casi diez años. No puedo decir lo que conseguirán en ese espacio de tiempo, pero sería absurdo imaginar que será inferior a lo que ya han logrado. Una nueva relatividad, una nueva gravitación universal… No lo sé, lo que digo son simples palabras. Pero algo grande”.

Hizo una nueva pausa. El silencio era absoluto. Incluso el Presidente parecía haber despertado de su abstracción y miraba fijamente a Knefhausen.

—Todavía no es demasiado tarde para estropear el experimento, de modo que es necesario que guardemos el secreto durante una temporada. Esto, damas y caballeros, es toda la verdad acerca del proyecto Alfa-Aleph. —Temió lo que iba a seguir, lo demoró unos instantes consultando sus documentos, se encogió de hombros y finalmente dijo—: ¿Alguien desea formular alguna pregunta?

¡Oh, sí, desde luego! **Herr Omnes** estaba un poco aturdido, tardó un poco en liberarse del embrujo de las sencillas y hermosas verdades que

acababa de oír, pero primero habló uno, luego otro, luego dos o tres gritaron al mismo tiempo. Había preguntas, naturalmente. Preguntas que no tenían respuesta. Preguntas que Knefhausen no tenía tiempo de oír, y mucho menos de contestar, antes de que le llegara la pregunta siguiente. Preguntas cuyas respuestas desconocía. Y, lo que era peor, preguntas cuyas respuestas eran como pimienta en los ojos, cegando el sentido común de la gente. Pero tenía que enfrentarse con ellas, y trató de contestarlas. incluso cuando los gritos hacían que los centinelas apostados detrás de las puertas dobles se mirasen unos a otros con intranquilidad, preguntándose qué estaría pasando en el interior de la cámara para que llegara hasta ellos sistema de insonorización de la estancia.

—Me gustaría saber quién le metió a usted en este feo asunto.

—Nadie, señor Secretario; me atengo a lo dicho.

—Pero, vamos a ver, Knefhausen: ¿trata usted de decirnos que estamos asesinando a esos muchachos para demostrar las teorías de un tal Goldbach?

—No, Senador, no para demostrar la Conjetura de Goldbach, sino para hacer posibles los progresos científicos que permitan sobrevivir al mundo libre.

—¿Está confesando usted que ha arrastrado a los Estados Unidos a un evidente fraude?

—No se trata de un fraude, señor Presidente de la Cámara, sino de una legítima astucia de guerra, porque no existía otro medio.

—¿Y las fotografías, Knefhausen?

—Falsas, General, como ya he dicho. Acepto toda la responsabilidad.

Y así por el estilo, repitiéndose una y otra vez las palabras “fraude”, “asesinato” e incluso “traición”.

Hasta que por fin el Presidente se puso de pie y levantó la mano.

El orden tardó un poco en restablecerse, pero al final todo el mundo guardó silencio.

—Nos guste o no, estamos metidos en ello —se limitó a decir—. Han acudido a mí, muchos de ustedes, haciéndose eco de rumores y exigiéndome la verdad. Ahora tienen la verdad, clasificada como Secreto de Estado que no debe ser divulgada. Todos ustedes saben lo que eso

significa. Sólo añadirá que me ocupará personalmente de que cualquier indiscreción que afecte a la seguridad de la nación sea investigada con todos los recursos del gobierno y castigada con todo el rigor de la ley.

El Presidente parecía haber envejecido unos cuantos años en el curso de aquella reunión, y movió los labios como si tuviera algo amargo en la boca. No permitió ninguna otra discusión y dio por terminada la conferencia.

Media hora más tarde, en su despacho particular, el Presidente se entrevistó a solas con Knefhausen.

—De acuerdo —dijo el Presidente—, hemos parado el golpe. Pero el mundo acabará por enterarse. Puedo retrasarlo unas semanas, quizá unos meses, pero no puedo impedirlo.

—Le estoy muy agradecido, señor Presidente, por…

—Déjese de discursos, Knefhausen. Lo único que quiero de usted es una explicación: ¿qué diablos significa eso de mezclar narcóticos, amor libre, etcétera?

—¡Ah! —dijo Knefhausen—. ¿Se refiere usted al último comunicado de la **Constitution**? Sí. Ya he enviado una orden en ese sentido, señor Presidente. Tardará unos meses en llegar, como usted sabe, pero le aseguro que el asunto será corregido.

El Presidente replicó, en tono seco:

—No quiero seguridades de ese tipo, Knefhausen. ¿No ve usted la televisión? No me refiero al Show de Lucille Ball ni a los partidos de baseball. Me refiero a los noticiarios. ¿Sabe usted cuál es la situación de nuestro país? La catástrofe financiera de 1922 y los disturbios raciales de 1967 no fueron nada. Hubo una época en la que podíamos recurrir a la Guardia Nacional para sofocar los desórdenes. La semana pasada tuve que llamar al Ejército para utilizarlo contra tres compañías de la Guardia. Un escándalo más y estaremos perdidos, Knefhausen, y éste es mayúsculo.

—El objetivo no puede ser más digno.

—No voy a discutir eso ahora. El objetivo de usted, que he hecho mío, puede ser muy digno. Pero, ¿cuáles son los objetivos de sus amigos de la **Constitution**? Estuve de acuerdo en sacrificar a ocho mártires. No estoy de acuerdo en sacrificar cuarenta mil millones de dólares que salen del

bolsillo de los contribuyentes para que sus ocho amiguitos se pasen diez años drogándose y entregándose a toda clase de excesos.

—Señor Presidente, le aseguro que esta es sólo una fase temporal. Le repito que ya he enviado órdenes estrictas en ese sentido.

—Y si no las obedecen, ¿qué va usted a hacer? —El Presidente, que nunca fumaba, tomó un cigarro, mordió la punta y lo encendió—. Es demasiado tarde para que diga que no debí dejar que me metiera usted en esto. De modo que me limitaré a decir que, si no puede usted ofrecer resultados concretos antes de que el asunto trascienda, yo dejaré de ser Presidente y dudo de que usted continúe con vida.

CONSTITUTION CUATRO

Shef de nuevo, y estamos… vamos a ver… alrededor del Día 250. ¿0 es el 300? No, creo que no. Miren, siento lo de la fecha, pero he de confesar sinceramente que ya no pienso mucho en esos términos. He estado pensando en otras cosas. Estoy también algo trastornado. No resulta agradable comunicar con ustedes. No somos vengativos, pero el hecho es que algunos de nosotros quedamos muy dolidos al descubrir lo que ustedes nos han hecho.

Empecemos por lo bueno. Nuestra velocidad está llegando ahora a punto—cuatro—cero c. El escenario empieza a resultar interesante.

Durante varias semanas las estrellas a babor y a estribor han ido desviándose del campo visual, en tanto que las situadas delante pasaban al ultravioleta y las situadas detrás al infrarrojo. Ustedes creían que, al ser desviadas por el espectro, las otras partes de las banda electromagnética se harían visibles. Es posible que sea así, pero las estrellas aparecen a determinadas frecuencias, y la mayoría de ellas lo hacen a frecuencias visibles, de modo que el efecto resultante es su aparente desaparición. En primer lugar surgió delante de nosotros una mancha negra y redonda en la que no podíamos ver absolutamente nada, ni Alfa Centauro, ni Beta Centauro, ni siquiera las brillantes estrellas de Circe. Luego perdimos el Sol detrás de nosotros, y un poco más tarde vimos que el oscurecimiento se extendía a un creciente círculo de estrellas. Luego, los círculos empezaron a ensancharse.

Desde luego, sabemos que las estrellas están realmente allí. Podemos detectarlas con nuestros instrumentos, del mismo modo que podemos transmitir y recibir mensajes variando las frecuencias. Pero ya no podemos verlas. Las que se encuentran en la línea directa de vuelo, en la que nuestra velocidad vectorial es de .31c o .37c —según se encuentren delante o detrás de nosotros—, no irradian ya en la banda visible, sencillamente. Las más alejadas han sido desplazadas visualmente a causa de los efectos relativistas de nuestra velocidad. Pero el efecto que nos produce es el de que viajamos procedentes de la Nada y en dirección a la Nada y, francamente, resulta intimidante.

Incluso las estrellas situadas a uno de los lados muestran variaciones de color relativistas. Es casi como un arco iris, uno de aquellos arco iris completamente circulares que se ven en las nubes a veces cuando se viaja en avión. Sólo que este círculo nos rodea por completo. Más cerca del negro agujero que tenemos delante, las estrellas adquieren con frecuencia un opaco color rojizo. Jim Barstou las ha estado observando y puede encajarlas en el mapa del cielo real. Pero a mí me resulta imposible. Jim ve algo en el negro agujero que yo no puedo ver. Dice que en su opinión se trata de un brillante fuente de radio, probablemente Centauro A, y pretende que ahora está irradiando intensamente sobre toda la banda visible. Pero yo no puedo apreciarlo. Es posible que haya una especie de resplandor leve y difuso allí, como el Gegenschein, pero no estoy seguro. Ni lo está ninguno de nosotros.

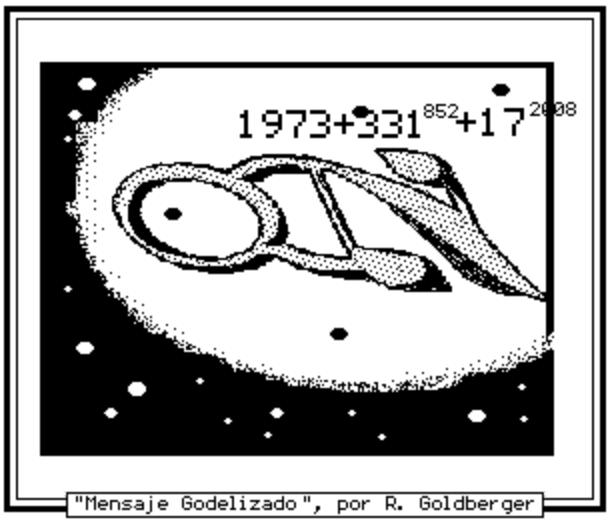
Pero el arco estelar en sí es muy hermoso. Sólo por verlo, merece la pena haber llegado hasta aquí. Flo ha estado aprendiendo a pintar al óleo con el fin de poder pintar un cuadro y enviárselo para que lo cuelgue en una de las paredes de su casa, aunque cuando descubrió lo que nos habían hecho se puso tan furiosa que pensó en destruirlo con una bomba de fisión o algo por el estilo. (Ahora se ha tranquilizado, supongo.)

De modo que ya no estamos enfurecidos con ustedes, aunque hubo un tiempo en que, de haber podido comunicar directamente, mi lenguaje no hubiese sido demasiado educado.

Acabo de reproducir todo lo anterior, y suena embarullado y confuso. Lo siento mucho. Resulta difícil para mí hacer esto. No me refiero a la dificultad intelectual —como la derivada de un problema de ajedrez o de un análisis extensor— sino a la sensación de que estoy acarreando arena

con una cucharilla. Ocurre que no estoy acostumbrado a constreñir mis pensamientos en esta camisa de fuerza. He intentado que esta vez se hiciera cargo de la comunicación alguno de los otros, pero todos rehusaron. En cambio, me han dado una gran cantidad de consejos. Dot dice que no debo perder el tiempo recordando cómo hablábamos. Ella quería escribir un relato en numeración simplificada para ustedes, calculando que serían capaces de traducirlo en un espacio de tiempo razonable —de diez a veinte años—, y que les proporcionaría una narración fidedigna de todo. Objetó que su propuesta ofrecería dificultades prácticas. No en la preparación del relato: eso es pan comido para nosotros ahora. Pero la longitud de transmisión sería excesiva. No disponemos de la energía suficiente para trasmitir el número necesario de grupos, en particular desde el accidente. Dot dice que podríamos Godelizarlo. Yo opiné que ustedes eran demasiado obtusos para des—Godelizarlo. Ella dijo que sería una práctica excelente para ustedes.

Bueno, Dot tiene razón en este último aspecto, y ya es hora de que todos ustedes aprendan a comunicarse de un modo sensible, de modo que si la carga de energía lo permite, incluiré el relato de Dot al final… en forma Godelizada. Mucha suerte. No me extrañaría que omitieran ustedes un dígito o algo por el estilo y que el relato se convirtiera en “**Rebecca of Sunnybrook Farm**”, o en algo parecido. Ski dice que en cualquiera de los casos no les haría a ustedes ningún bien, ya que Henle estaba en lo cierto. Por mi parte, ningún comentario.



"Mensaje Godelizado", por R. Goldberger

Sexo. Ustedes siempre quieren oír hablar de sexo. Es estupendo. Ahora que ya no necesitamos tomar las píldoras, estamos disfrutando de unos momentos maravillosos. Flo y Jim Barstou lo iniciaron como parte de un sistema de comunicaciones multíplice que hay que verlo para creerlo. El otro día, cuando tuvimos que someternos a una intervención quirúrgica menor —ahora tenemos los huesos “aclimatados”—, Ann y Ski decidieron utilizar la expectación sexual en vez de la anestesia, y dicen que resultó mejor que la

acupuntura. No bloquea la sensación. Se daban cuenta de que les extirpaban los dedos meñiques de los pies, pero no lo percibían como dolor. De modo que cuando le tocó el turno a Jim quiso someterse a la operación sin otra anestesia que la expectativa de acostarse con Flo un poco más tarde, y dio resultado. Jim quedó muy trastornado por ello; pretendió que demostraba una causalidad inversa a la que sus teorías habían predicho, pero que no habían sido demostradas hasta entonces. Algo así como la suspensión de la—causa—precediendo—al— efecto (no estoy seguro de haberlo captado del todo). Supongamos que Jim no se hubiese acostado con Flo. ¿Le habrían dolido los dedos retroactivamente? Confieso que no acabo de verlo claro. Dot dice que es debido a que no comprendo la fenomenología en general, y creo que tendré que seguir el consejo de Ann y dedicarme a Carnap, aunque las lingüísticas son tan pobres que resulta difícil progresar. Bueno, todo va incluido en el relato eidético Godelizado. De modo que voy a transmitírselo a ustedes, y mientras lo hago llevaré a cabo una especie de revisión y tal vez consiga aclarar de un modo suficiente lo de la causalidad.

Miren, voy a darles una pista. El relato contiene también el plasma ideado por Ski para más de 500K milisegundos, de modo que cuando lo descifren sabrán cómo construir aquellos reactores a fusión de que se hablaba cuando nos marchamos. Es como la zanahoria delante de su nariz, de modo que adelante con la des-Godelización.

Bien, tengo que interrumpir este comunicado, ya que la energía ha perdido intensidad y quiero transmitir el relato eidético, tal como les he anunciado. Es como sigue:

$1973 + 331^{852} + 17^{2008} + 5^{47} + 3^{9606} + 2^{88}$, réstese 78.

¡Mucha suerte, camaradas!

*W*ASHINGTON CUATRO

Knefhausen levantó la cabeza del montón de papeles de su escritorio. Se frotó los ojos, suspirando. Había dejado de fumar al mismo tiempo que el Presidente, pero, al igual que el Presidente, estaba pensando en volver a hacerlo. Podía matarle a uno, sí. Pero era un reductor de la

tensión y él lo necesitaba. Había cosas peores que el que le mataran a uno, pensó con desaliento.

Desde todos los puntos de vista, los últimos dos o tres años habían sido muy difíciles para él. Habían empezado muy bien y estaban adquiriendo muy mal cariz. No tan malo como aquellos lejanos recuerdos de su infancia, cuando todo el mundo era tan pobre y Berlín era tan frío y las únicas ropas de abrigo que tenía procedían del Winterhilfe. Menos duro que al final de la guerra, desde luego. No tan malo como aquellos primeros años en América del Sur y después en el Middle West, cuando incluso los afortunados y los famosos, los Von Braun y los Ehrick, se encontraban con dificultades para conseguir lo que merecían y un joven como Knefhausen tenía que pelar papas y manejar ascensores para vivir. Pero más difícil y peor de lo que un hombre en la cumbre de su carrera tenía motivo para esperar.

¡El proyecto Alfa-Aleph, fundamentalmente, era bueno! Apretó los dientes, pensando en ello. Daría resultado… No, por Dios, estaba dando resultado, y convertiría al mundo en un lugar distinto. Las generaciones futuras tendrían ocasión de verlo.

Pero las generaciones futuras no estaban aún aquí, y en el presente las cosas marchaban mal.

Recordó algo súbitamente, tomó el teléfono y llamó a su secretaria.

—¿Ha logrado establecer contacto con el Presidente? —inquirió.

—Lo siento, Dr. Knefhausen. He estado llamando cada diez minutos, como usted me dijo.

—iAh! —gruñó Knefhausen—. No, espere. Déjeme ver. ¿Qué llamadas hay ahí?

Crujir de papeles.

—Los nuevos servicios, desde luego, preguntando otra vez acerca de los rumores. La oficina de Jack Anderson. El hombre de la CBS.

—No, no hablaré con la prensa. ¿Alguien más?

—Ha llamado el senador Copley, preguntando cuándo iba usted a contestar a la lista de preguntas que le envió su Comité.

—Le daré una respuesta. Le daré la respuesta que Götz von Berlichingen le dio al obispo de Bamberg.

—Lo siento, Dr. Knefhausen, no comprendo…

—No importa. ¿Algo más?

—Sólo una llamada de larga distancia de un tal Mr. Hauptmann. Tengo su número.

—¿Hauptmann?

El nombre le resultaba vagamente familiar. Al cabo de unos instantes, Knefhausen lo localizó en su memoria: el técnico que había colaborado en la falsificación de las fotografías tomadas desde el Briareus XII. Bueno, tenía órdenes de mantenerse fuera de circulación y con la boca cerrada.

—No, eso no es importante. Ninguna de las llamadas lo es, y no quiero ser molestado con tales tonterías. Siga como hasta ahora. Si consigue línea con el Presidente, póngame en seguida con él, pero no atenderé a ninguna otra llamada.

Colgó el receptor y volvió a sus papeles. Los contempló triste y cariñosamente al mismo tiempo. Todo estaba allí: los informes de la **Constitution**, sus propias interpretaciones y comentarios, y más de un centenar de notas compiladas por sus ayudantes, con el fin de desentrañar los significados y las implicaciones de aquellos informes del espacio, a veces tan… ocultos:

“Henle. Al parecer se refiere a Paul Henle; probablemente se quiere aludir a su afirmación: “Existen ciertos simbolismos en los cuales ciertas cosas no pueden ser dichas”. Conjetura: el idioma inglés es uno de esos simbolismos”.

“Sorbete de naranja. Se ha realizado un estudio experimental del material del Documento Ref. Nro. CON-130, Párrafo 4. Los análisis químicos y los experimentos realizados demuestran que la mezcla recomendada de sustancias farmacéuticas y otros ingredientes producen una droga para-alucinógena de considerable fuerza y cualidades no del todo conocidas. Un centenar de sujetos ingirieron el producto, y el informe de los efectos incluye sensaciones de enorme competencia y de agudizada comprensión. Sin embargo, los datos son puramente subjetivos. Se intentó ampliar el experimento, pero los sujetos no colaboraron bien algunos de ellos se ausentaron sin permiso del laboratorio de pruebas”.

“Lenguaje Godelizado. Un sistema para cifrar cualquier mensaje como un solo número muy grande. Se empieza por escribir el mensaje en lenguaje normal y luego se cifra como bases y exponentes. Cada una de las

letras del mensaje es representada en orden por el orden natural de los números primos: es decir, la primera letra se representa por la base 2, la segunda por la base 3, la tercera por la base 5, llego 7, 11, 13, 17, etcétera. La identidad de la letra que ocupa aquella posición en el mensaje viene dada por el exponente: sencillamente, el exponente 1 significa que la letra que ocupa aquella posición es una A, el exponente 2 significa que es una B, 3 una C, etcétera. El mensaje, como conjunto, es elaborado como el producto de todas las bases y exponentes. Ejemplo: la palabra “cab” puede ser representada como $2^3 \times 3^1 \times 5^2$, o 6OO (= 8 × 3 × 25). El nombre “Abe” sería representado por el número 56250, o $2^1 \times 3^2 \times 5^5$ (=2 × 9 × 3125). Una frase como “John lives”, sería representada por el producto de los siguientes factores: $2^{10} \times 3^{15} \times 5^8 \times 11^0 \times 13^{12} \times 17^9 \times 19^{22} \times 23^5 \times 29^{19} \times 31^{27}$, en el cual el exponente “0” ha sido reservado para un espacio y el exponente “27” ha sido designado arbitrariamente para indicar el final de la frase. Como puede apreciarse, la forma Godelizada para un mensaje muy breve implica un número muy grande, aunque tales números pueden ser transmitidos de un modo del todo compacto en forma de una suma de bases exponentes. El ejemplo transmitido por la **Constitution** se calcula que equivale al contenido de un diccionario corriente sin abreviar.

“Observaciones de Jim Barstou. El sujeto James Madison Barstou sufrió algo de miopía en sus primeros años escolares, al parecer debido a un exceso de lectura, y trató de remediarla con unos ejercicios oculares similares al “Método Bates” (véase nota adjunta). En la época de las revisiones para el proyecto Alfa-Aleph su visión era óptima. Personas que le conocen desde hace muchos años han asegurado que siempre se mostró muy interesado en aumentar su capacidad visual. Explicación alternativa. Existen indicios de que también estaba interesado en fenómenos paranormales tales como clarividencia o pre—visión, y es posible, sin que pueda asegurarse nada, desde luego, que el término “observación” se refiera a “ver por anticipado” en el tiempo”.

Y así interminablemente.

Knefhausen contempló los papeles con una expresión entre cariñosa y desesperanzada, y se pasó la mano por la frente. ¡Los muchachos! Eran tan maravillosos… pero tan ingobernables… y tan difíciles de comprender. Era muy propio de ellos el haber ocultado sus propias realizaciones. ¡El secreto de la fusión del hidrógeno! Esto justificaría con creces, por sí solo, todo el proyecto. Pero, ¿dónde estaba? Encerrado en aquel jeroglífico

numérico. Knefhausen no dejaba de apreciar la elegancia del método. También él era capaz de tomarse en serio una idea de tan luminosa sencillez. Una vez escrito el número sólo había que dividirlo por dos tantas veces como fuera posible, y el número de veces nos daría la primera letra.

A continuación, dividir por el segundo primo, tres, y ese número de veces nos daría la segunda letra. Pero, ¿y las dificultades prácticas? No podía llegarse a la primera letra hasta tener todo el número, y la IBM se había negado a comprometerse a construir un banco de computadoras para escribir aquel número, a menos que el plazo de desarrollo del programa se extendiera a veinticinco años. Veinticinco años. Y entretanto, en aquel número se ocultaba probablemente el secreto de la fusión del hidrógeno, posiblemente muchos secretos más importantes, y con toda seguridad la clave del bienestar de Knefhausen durante las próximas semanas…

Sonó el teléfono.

Knefhausen lo agarró y gritó inmediatamente:

—¡Sí, señor Presidente!

Se había precipitado. Era su secretaria. Habló con voz temblorosa, pero decidida:

—No es el Presidente, Dr. Knefhausen, sino el senador Copley. Asegura que se trata de algo muy urgente. Dice…

—iNo! —gritó Knefhausen, y colgó el teléfono.

Inmediatamente lamentó haberlo hecho. Copley era un personaje importante, presidente del Comité de las Fuerzas Armadas; no era un hombre al que Knefhausen deseara tomar como enemigo, y había procurado ganarse su amistad a lo largo de varios años de paciente contemporización. Pero no podía hablar con él, ni con nadie, mientras el Presidente no contestara a sus llamadas. La categoría de Copley era elevada, pero no estaba en la línea jerárquica directa por encima de Knefhausen. Cuando la cumbre de aquella línea se negaba a hablar con él, Knefhausen quedaba desconectado del mundo.

Trató de tranquilizarse examinando la situación objetivamente. En primer lugar, las presiones sobre el Presidente eran enormes. Los continuos disturbios en las ciudades, en todas las ciudades. Las convenciones políticas en preparación. La necesidad de ser elegido para un tercer mandato, y la necesidad de modificar la ley para hacer posible la reelección. Y, desde luego, tal como Knefhausen reconocía, la peor de las

presiones eran los rumores que circulaban acerca de la **Constitution**. Había advertido al Presidente. Fue una lástima que el Presidente no le escuchara. Había dicho que un secreto conocido por dos personas está comprometido, y que un secreto conocido por más de dos personas no es un secreto. Pero el Presidente había insistido en informar de la verdadera situación a todo aquel amplio círculo de altos funcionarios, los cuales habían jurado, naturalmente, que guardarían el secreto. Pero, a pesar de todo, era indudable que se habían producido filtraciones.

Knefhausen acarició amorosamente los informes de la **Constitution**. Aquellos estupendos muchachos podían lograr aún que todo acabara bien…

Era lo menos que podían hacer por él. Ya que él era quien los había hecho tan estupendos. Él había inventado la idea. Él les había escogido. Él había hecho cosas por las cuales no se había reconciliado aún del todo consigo mismo, para asegurarse de que serían ellos, no otros, los que formarían la tripulación. Por encima de todo, se había asegurado de su lealtad por todos los medios posibles. Adiestramiento. Disciplina. Lazos de afecto y de amistad. Lazos más fiables; cargando su provisión de víveres, sus cintas magnetofónicas, sus actividades programadas, con toda clase de inducciones publicitarias, de compulsiones M/R, de refuerzos psicológicos que fue capaz de descubrir o de inventar, de modo que no dejaran de informar fielmente a la Tierra de cualquier cosa que hicieran. A pesar de todo lo que pudiese haber ocurrido, los informes no habían fallado. Los datos podían resultar difíciles de desentrañar, pero estaban allí. No podían evitarlo; sus mandamientos eran más estrictos que los de Dios; al igual que Martin Lutero, debían decir **Ich kann nicht anders**. Aprenderían, y dirían lo que habían aprendido, y así quedaría justificada la inversión…

¡El teléfono!

Empezó a hablar antes de acercarlo a su boca:

—¡Sí, sí! ¡Habla el Dr. Knefhausen, sí!

Con toda seguridad era el Presidente…

No era él.

—¡Knefhausen! —gritó el hombre al otro extremo del hilo. Le diré lo que le he dicho a esa asquerosa secretaria suya: si cuelga usted el teléfono, daré ordenes a cuatro miembros de las Fuerzas Armadas para que

le detengan y le traigan a mi presencia antes de veinte minutos. ¿Entendido?

Knefhausen reconoció la voz y el estilo. Suspiró profundamente y se obligó a sí mismo a conservar la calma.

—Entendido, senador Copley —dijo—. ¿De qué se trata?

—La cosa ha reventado, ni más ni menos. Ese amigo suyo de Huntsville… ¿cómo se llama?… el técnico en fotografía…

—¿Hauptmann?

—¡Ese! ¿Le gustaría saber dónde está ese bastardo? —Supongo… supongo que en Huntsville…

—¡Supone mal! El muy bastardo fingió que estaba enfermo y que tenía que ser visitado por un especialista. El servicio de información no le perdió de vista, aunque sin detenerle, para poder enterarse de lo que pretendía hacer. Bueno, ya se han enterado. Hace una hora le vieron salir del aeropuerto de Orly en un avión de la Aeroflot. ¡Ha desertado! Ahora, Knefhausen, empiece a devanarse los sesos pensando en cómo va a hacer frente a la situación, y procure que la solución sea buena…

Knefhausen dijo algo, no sabía qué, y colgó el teléfono, no recordaba cuándo. Se quedó mirando fijamente un punto indeterminado del espacio durante un par de minutos.

Luego llamó a su secretaria y dijo, sin escuchar las tartamudeantes disculpas de Mrs. Ambrose:

—Antes me habló usted de una llamada de larga distancia de un tal Hauptmann. No me dijo de dónde procedía.

—Era una llamada de ultramar, Dr. Knefhausen. De París. No me dio usted ocasión…

—Sí, sí, comprendo. Gracias. No importa.

Volvió a colgar el teléfono y se hundió en su asiento. Se sentía casi aliviado. Si Hauptmann se había marchado a Rusia, sólo podía haberlo hecho para contarles a los soviéticos que la fotografía era un fraude, que no existía ningún planeta en el que pudieran aterrizar los astronautas, y que no se trataba de un error, sino de un engaño cuidadosamente planeado. De modo que ahora el asunto ya no estaba en sus manos. La Historia le juzgaría. La suerte estaba echada. Se había cruzado el Rubicón.

Demasiadas alusiones literarias, pensó Knefhausen. En realidad lo inmediatamente importante no era el juicio de la historia sino el juicio de determinadas personas que estaban vivas y que posiblemente reaccionarían de un modo desagradable. Estremeciéndose, tomó el teléfono para llamar una vez más al Presidente. Pero estaba completamente seguro de que el Presidente no volvería a contestar a su llamada, nunca más.

*C*ONSTITUTION CINCO

Habla de nuevo el viejo Shef. Hemos recibido su mensaje. No pretendemos discutirlo. Se ha puesto usted nervioso. Está de un humor agrio, ¿no es cierto? Si no puede decir algo agradable, no diga nada. Nosotros hacemos las cosas lo mejor que podemos, y si no coinciden exactamente con lo que usted esperaba de nosotros, es posible que se deba a que nosotros sabíamos mucho más que usted cuando nos contrató con el espejismo del supuesto Alfa-Aleph. En este aspecto, no tenemos nada que agradecerle.

En cambio, hemos de agradecerle lo que hizo desde otro punto de vista, es decir, por habernos permitido llegar al punto que hemos llegado, y no me refiero a lo espacial. De modo que no voy a reprocharle nada. Pero no quiero hablar con usted, sencillamente. Dejaré que los otros hablen por sí mismos.

Habla Dot Letski. Esto es importante. Anótelo. rengo que decirle tres cosas que no quiero que olvide. Uno: La mayoría de los problemas tienen soluciones gramaticales. El problema de transportar personas desde la tierra a otro planeta no se ha resuelto encajando piezas de acero al azar, con el resultado de haber construido la **Constitution** por accidente. Se ha resuelto construyendo un modelo — = ecuación (= gramática)—, el cual describe las circunstancias necesarias en que se produce el transporte. Una vez que se tiene el modelo gramatical, no hay más que colocar el metal a su alrededor.

Cuando haga comprendido esto, se encontrará preparado para:

Dos: No existe lo que se llama causalidad. Se ha perdido mucho tiempo tratando de asignar “causas” a los “acontecimientos”. Se dicen cosas tales como “Rascar un fósforo es la causa de que se encienda”.

¿Afirmación verdadera? No, afirmación falsa. Se hace un lío al examinar si el “acto” de “rascar” es “necesario” y/o “suficiente”, y se pierde en palabras. Las gramáticas pragmáticamente útiles carecen de tiempos. En una gramática decente —desde luego, este no es el caso del idioma inglés, pero hago todo lo que puedo— puede hacerse una afirmación como “Existe una conjunción de formas de materia —especificada— que combina con el desprendimiento de energía a determinada temperatura… la cual puede ser la temperatura asociada con el calor de la fricción”. ¿Donde está la causalidad? “Causa” y “efecto” se encuentran en la misma afirmación intemporal. De modo que, Tres: No existen las llamadas leyes empíricas. Ski llegó a comprender que era capaz de conservar el plasma de nuestro cohete indefinidamente, no empujando las partículas de un lado a otro mediante impulsos magnéticos de fuerza bruta, sino estimulándolas a permanecer juntas. Hay otra manera de expresar lo que él hace —por ejemplo, “crea un entorno en el cual la fuerza centrípeta supera a la fuerza centrífuga”—, pero prefiero expresarlo a mi modo. La moraleja es que debemos ser amables con las cosas, si queremos que las cosas sean amables con nosotros. No se olvide de informar de esto a T’in Fa en Tietsin, al profesor Morris en Áll Soul’s y a quienquiera que ocupe la cátedra de Carnap en la UCLA.

Habla Flo. A mi madre le hubiese gustado mi jardín. tengo cañafístulas y narcisos creciendo unos junto a otros en la lodosa arena. Ellos nos agradan a nosotros, y nosotros a ellos! Probablemente transmitiré todo un manual de floricultura en una fecha futura, pero entretanto resulta vergonzoso comerse un rábano. En cambio, las zanahorias disfrutan con ello.

Observaciones de Letski. A la hora t, un número Dirac inconmensurable con GMf, puede observarse el siguiente fenómeno: La fuente de radio Centauro A es identificada como un solo objeto colectivo posicionalmente estable, más bien que como dos nubes de gas que se entrecruzan, y se observa que se contraen radicalmente hacia un centro. Los análisis y las observaciones revelan que es un Agujero Negro cuyos detalles no son aún detectables. Se infiere que todas las galaxias desarrollan tales vórtices centrales, con implicaciones de interés para los astrónomos y escatologistas. Yo, Seymour Letski, propongo echar una mirada más de cerca, pero los otros prefieren seguir con el vuelo programado. Notifíquenlo, por favor, al servicio Smithsoniano de Harvard.

“Arco estelar”, un estudio preliminar para una versión en inglés de un poema de James Barstou:

Chatarra de ánades, pero cumbre de nuestra raza
Viajamos a través del espacio relativístico.
Dilatados, menospreciados, desalentados, exploramos:
Pero está vacante el Signo del Caballo y el Hombre.
Vacante el Signo del Caballo y el Hombre.
Y ahora conjeturamos la meta de nuestro viaje.
Engañados y defraudados, corremos tristemente
Detrás del hijo del soltero sol.
La trampa es descubierta y confesada
Y nosotros somos objeto de las peores chanzas.
El Ganso que nos engendró, la Oca de cuyo huevo salimos,
Nos traicionó astuta y arteramente.
Está en deuda con nosotros. No lo olvidamos.
Con fortuna y firmeza nos cobraremos la factura.
Sólo pedimos un poco de suerte y a su debido tiempo
nos cobraremos el oro al final del arco estelar.

Ann Becklund:

Creo que fue Stanley Weinbaum el que dijo que una mente de veras superior podía deducir todo el universo partiendo de tres hechos. Ski opina que es posible con un número finito, aunque considerablemente mayor que ése. Nosotros estamos muy lejos de ser mentes superiores de acuerdo con esos niveles, e incluso por nuestros niveles propios. Pero disponemos de un número de hechos superior a tres, e incluso a tres mil, de modo que hemos podido deducir bastante. Esto no es tan valioso para ustedes como seguramente suponían, querido viejo bastardo Kneffie y todos ustedes, los otros bastardos, debido a que una de las cosas que hemos deducido es que no podíamos contárselo todo, porque ustedes no lo comprenderían. Podríamos ayudar a alguno de ustedes si estuviera aquí y con el tiempo sería capaz de hacer fácilmente lo que nosotros hacemos, pero no por control remoto.

¡Pero no todo está perdido, muchachos! ¡Alegraos! No deduciréis como deducimos nosotros, pero en cambio tenéis mucho más en que trabajar. Intentadlo. Aguzad el ingenio. Podéis hacerlo si de veras lo deseáis. Olvidaos de vuestra personalidad, componed vuestras mentes antes de hablar, afirmad vuestras relaciones antes de pedir algo. **Eve Barstou**:

Cuando yo era niña solía jugar al ajedrez, muy mal, con jugadores muy buenos, y ésta es la historia de mi vida. Soy una super—perfeccionista crónica. No soporto a las personas que no son más listas y mejores que yo, pero el resultado es que siempre soy la última. Aquí todos son muy amables conmigo, incluso, Jim, pero ellos saben lo mismo que yo cuál es la situación.

De modo que me mantengo ocupada y aplaudo lo que yo no puedo hacer. No es una mala vida, tengo todo lo que necesito, excepto orgullo.

Permítanme contarles lo que es un día típico aquí, entre el Sol y Centauro. Nos despertamos —si hemos estado durmiendo, cosa que algunos de nosotros todavía hacemos— comemos —si aún seguimos comiendo, que es el caso de todos menos de Ski—. La comida es deliciosa y Florence la ha inducido a crecer guisada y sazonada cuando ello resulta deseable, de modo que no tenemos ninguna dificultad en comer un sabroso huevo escalfado o un puñado de frituras a la francesa (en realidad, yo preferiría brioches para el desayuno, pero, por motivos sentimentales, Florence no puede arreglarlo). A veces bailamos un poco o entonamos antiguas canciones folklóricas. En tales ocasiones Ski se reúne con nosotros, pero no por mucho tiempo, ya que vuelve inmediatamente a su contemplación del universo. El arco estelar es magnífico y apabullante. Ahora es una franja de unos 40 grados de una parte a otra, que nos rodea por completo de luz coloreada. Siempre se puede mirar en las otras frecuencias y ver estrellas fantasmas delante y detrás de nosotros, pero la única luz procede de aquella hermosa franja de estrellas.

A veces escribimos comedias o hacemos un poco de música. Shef ha deducido cuatro conciertos para piano de Bach perdidos, que recuerdan mucho a Corelli y a Vivaldi, y todos nosotros nos hemos adaptado a ellos para la interpretación. Ann y Shef han sintetizado orquestas enteras. La hija mayor de Flo canta una especie de nana adaptada a unos corales de Buxtehude. ¡Oh! No he hablado aún de los niños… Ahora son once. Ann, Dot y yo tenemos uno por cabeza, y Florence tiene ocho (aunque me han

dicho que la semana próxima voy a tener cuatrillizos). Me dejan que los cuide durante las primeras semanas, mientras son pequeños y **tan** encantadores.

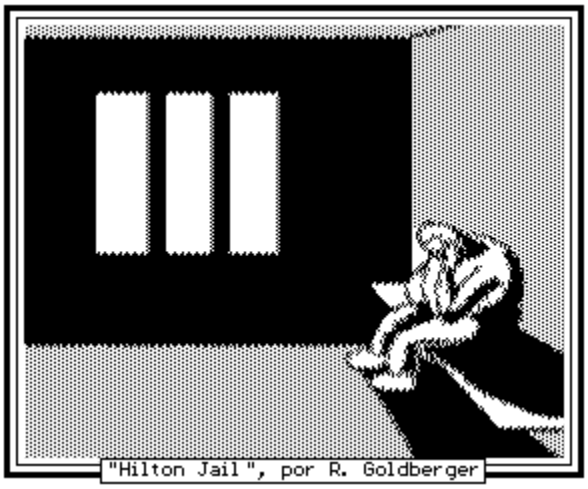
De modo que me paso la mayor parte del tiempo cuidando a los niños y trabajando en algunas ecuaciones que Ski tiene la amabilidad de reservarme, y, debo confesarlo, sintiéndome un poco sola. ¡Me gustaría contemplar un buen **show** de la televisión tomando una taza de café con un amigo! De cuando en cuando me dejan cambiar el interior de nuestro hogar móvil. El otro día, en broma, lo rehice al estilo suburbano de Pittsburg. ¿Qué opinan de unas ventanas de hojas en el espacio interestelar? Nunca las abrimos, desde luego, pero tienen un aspecto muy real con sus visillos de quimón y sus lazadas de encaje. Y hemos añadido varias habitaciones nuevas para los niños y sus animalitos (Flo cultiva para ellos unos simpáticos conejitos en el complejo hidropónico.)

Bueno, lo he pasado muy bien con esta pequeña charla, pero ahora tengo que cortar. Quiero mencionar una cosa. Los otros han decidido que no desean recibir más mensajes de usted. No les gustan las maniobras que ha realizado para alienar nuestros subconscientes y todo eso… No es que hayan tenido éxito, desde luego, pero a pesar de todo resultan fastidiosas. De modo que en el futuro nuestro receptor estará cerrado. No fue idea mía, pero me alegro de que se les ocurriera hacerlo. A mí me gustaría disfrutar de un rato de compañía de cuando en cuando, aunque no de la suya, desde luego.

WASHINGTON CINCO

En otros tiempos, el edificio conocido ahora como **DoD Temp Restraíning Quarters 7** —aunque Knefhausen opinaba que debería dársele su verdadero nombre: “cárcel”— había sido un hotel de lujo de la cadena Hilton. Las celdas de máxima seguridad se encontraban en los pisos subterráneos, en lo que habían sido salas de juntas. No había puertas ni ventanas al exterior. Si uno salía de su propia celda tenía que subir un tramo de escaleras para llegar al nivel de la calle, y enfrentarse con los centinelas antes de llegar al aire libre. Y entonces, suponiendo que en aquel momento no existiera ningún asedio activo, se exponía uno a tropezarse

con los adictos y los activistas del exterior.


"Hilton Jail", por R. Goldberger

A Knefhausen no le preocupaban aquellas cosas. No pensaba en escapar, o al menos no había vuelto a pensarlo después de los primeros momentos de pánico, cuando se dio cuenta de que se encontraba detenido. Al cabo de unos días dejó de reclamar la presencia del Presidente. Era una tontería llamar en su aguda a la Casa Blanca, cuando la Casa Blanca le había metido allí. Seguía estando convencido de que si pudiera hablar con el Presidente unos momentos en privado, todo se aclararía. Pero Knefhausen era realista y se había enfrentado con el hecho de que el Presidente no volvería a hablar nunca más con él en privado.

De modo que tomaba en cuenta sus ventajas.

En primer lugar, los chicos seguían en el espacio y seguían haciendo algunas cosas, grandes cosas, a pesar de que no informaran de ello. Su venganza era todavía una perspectiva.

En tercer lugar, los carceleros le permitían recibir periódicos y materiales para escribir, aunque no le entregaran sus libros ni le facilitaran un aparato de televisión.

Echaba de menos sus libros, y nada más. No necesitaba que la TV le contara lo que estaba pasando en el exterior. Ni siquiera necesitaba los periódicos, sometidos a una estricta censura. Podía oírlo por sí mismo. Todos los días se escuchaba el crepitar de armas automáticas, casi siempre lejano y esporádico, pero un par de veces sostenido y muy próximo. Brownings contra AK47s, al parecer, y de cuando en cuando el taponazo y el estallido de los lanzagranadas. A veces oía sirenas aullando a través de las calles, y se preguntaba si seguía existiendo un departamento civil de bomberos. A veces se oía el chirrido de pesados motores que tenían que ser tanques. Los periódicos no entraban en detalles, pero Knefhausen sabía leer entre líneas. La Administración estaba amadriguerada en alguna parte: Cayo Vizcaíno, o Camp David, o la California Meridional, nadie decía dónde. Las ciudades se hallaban en plena revuelta roja.

Knefhausen se sentía injustamente acusado de aquellos desastres. Escribía interminables cartas al Presidente, puntualizando que los graves problemas con que se enfrentaba la Administración no tenían nada que ver con el proyecto Alfa-Aleph: las ciudades llevaban muchos años en rebeldía constante, el dólar había perdido altura desde las guerras indochinas. Algunas las rompía, otras no conseguía enviarlas, unas cuantas lograba cursarlas… sin obtener ninguna respuesta.

Un par de veces por semana venía un funcionario del Departamento de Justicia a formularle las mismas absurdas preguntas, una y otra vez. Knefhausen sospechaba que trataban de montar un sumario que demostrase que todo era culpa de él. Bueno, allá ellos. Se defendería cuando llegara el momento. O le defendería la historia. La cosa estaba clara. No tan clara, tal vez, en lo que respecta a las consecuencias morales. No importa. No podía hablarse de cuestiones morales en una zona tan vital para la búsqueda del conocimiento como esta. Los informes de la **Constitution** habían sido ya muy fructíferos… aunque era evidente que algunas de sus partes más significativas resultaban difíciles de comprender. El mensaje Godelizado no había sido traducido, las alusiones a su contenido seguían siendo alusiones.

A veces soñaba en proyectarse a sí mismo a la **Constitution**. Había pasado un año desde que se recibió el último mensaje. Knefhausen trataba de imaginar lo que estaban haciendo. Ahora estarían más allá del punto medio, desacelerando. El arco estelar estaría ensanchándose y difundiéndose cada día más. Los círculos de negrura delante y detrás de ellos se estarían encogiendo. Pronto verían Alfa Centauro como ningún hombre la había visto. Desde luego, comprobarían que no existía ningún planeta llamado Aleph en torno al primario, aunque ya habían sospechado eso hacía mucho tiempo. ¡Bravos y estupendos muchachos! Incluso así, habían seguido adelante. Lo de las drogas y el sexo no tenía importancia. No encajaba con las normas de la humanidad vulgar, pero, como había ocurrido siempre, los que sobresalían del rebaño tenían derecho a dictar sus propias normas. Cuando era niño se había enterado de que el obeso y orgulloso caudillo del aire tomaba cocaína, y de que los grandes guerreros buscaban a veces su placer sexual unos con otros. Un hombre inteligente no se preocupaba por aquellas minucias, lo cual era una prueba más de que el funcionario del Departamento de Justicia, con sus continuas alusiones al pasado del propio Knefhausen, no era un hombre inteligente.

Lo bueno de las visitas del funcionario del Departamento de Justicia era que a veces podían deducirse cosas de sus preguntas, y raramente, muy raramente, incluso contestaba alguna pregunta.

"¿Se ha recibido algún mensaje de la **Constitution**?"

"No, desde luego que no, Dr. Knefhausen. Ahora dígame, ¿quién fue la primera persona que le sugirió este plan fraudulento?"

Aquellos eran los puntos brillantes en sus días, pero la mayoría de ellos transcurrían monótonamente.

Ni siquiera los marcaba en la pared de su celda, como el prisionero del castillo de If. Hubiese sido una lástima estropear el revestimiento de madera noble. Además, Knefhausen disponía de otros relojes y calendarios. El ritmo de sus comidas, el de las visitas del funcionario del Departamento de Justicia… Cada una de ellas era como una fiesta: mejor dicho, como un día festivo, no alegre pero sí solemne. En primer lugar se producía una visita del capitán de la guardia con dos soldados armados en pie junto a la puerta. Registro minucioso de su persona y de su celda buscando… ¿qué? Una bomba nuclear, quizás. O un puñado de pimienta destinado a los ojos del funcionario visitante… No encontraban nada, porque no había nada que encontrar. Luego se marchaban y durante un largo espacio de tiempo todo quedaba tranquilo. Ni siquiera le servían una comida, aunque coincidiera con la hora de la comida. No ocurría absolutamente nada, hasta que una o tres horas más tarde llegaba el funcionario con su propia guardia en la puerta, igualmente vigilante hacia adentro que hacia fuera, y su técnico manipulando los aparatos de grabación, y sus preguntas.

Y llegó el día en que se presentó el funcionario del Departamento de Justicia y no iba solo: le acompañaba el secretario del Presidente, Amos Murray.

¡Cuán voluble es el corazón humano! Cuando ha renunciado a toda esperanza, necesita muy poco para que la esperanza renazca en él…

—iMurray! —exclamó Knefhausen, casi sollozando—. ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Y el Presidente, está bien? ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Se ha producido alguna novedad?

Amos Murray se detuvo en el umbral de la puerta. Miró a Dieter von Knefhausen y dijo amargamente:

—¡Oh, sí, se han producido novedades! Muchas. Las Fuerzas Armadas han cambiado de bando, de modo que estamos evacuando Washington. Y el Presidente quiere que salga usted de aquí de inmediato.

—iNo, no! Quiero decir… Oh, sí, me alegro de que el Presidente se preocupe por mi bienestar, aunque lamento lo de las Fuerzas Armadas. Lo que quiero decir, Murray, es esto: ¿se ha recibido algún mensaje de la **Constitution**?

Amos y el funcionario del Departamento de Justicia intercambiaron una mirada.

—Dígame Dr. Knefhausen —inquirió Amos con suspicacia—: ¿Cómo ha logrado enterarse de eso?

—¿Enterarme? ¿Cómo he logrado enterarme? No sabía nada. Lo he preguntado con la esperanza de recibir una respuesta afirmativa. Entonces, ¿ha llegado un mensaje? ¿A pesar de lo que habían dicho? ¿Han vuelto a hablar?

—Efectivamente, ha llegado un mensaje —dijo Amos pensativamente. El funcionario del Departamento de Justicia le susurró al oído, pero Amos sacudió la cabeza—. No se preocupe, terminaremos en seguida. El convoy no saldrá sin nosotros. Sí, Dr. Knefhausen, el mensaje llegó a través de Goldstone hace dos horas. Ahora está en la sala de descifrado.

—¡Bien, muy bien! —exclamó Knefhausen—. Ya verá como ellos lo justifican todo. Pero, ¿qué dicen? ¿Tienen ustedes buenos científicos para interpretarlo? ¿Pueden entender el contenido?

—No exactamente —dijo Amos—, ya que se ha planteado un pequeño problema que la sala de descifrado no había previsto y para el cuál no estaba preparada. El mensaje no estaba cifrado. La escritura era normal, pero en idioma chino.

CONSTITUTION SEIS

Ref : CONSEIS T51/11055/7
CLASIFICADO MUY SECRETO
Tema: Transmisión de la nave espacial U.S **Constitution**.

El siguiente mensaje fue recibido y manipulado por la sección de descifrado de acuerdo con las directrices recibidas. Debido a su naturaleza especial, se llevó a cabo una investigación para determinar su procedencia. Los datos radiodireccionales recibidos de la Base Farside señalan su origen a lo largo de una línea que coincidía con la prevista situación actual de la **Constitution**. La fuerza de la señal era elevada, aunque dentro de los límites correctos, y la degradación de la separación de frecuencia coincidía con las variaciones relativistas debidas al impacto con partículas y nubes gaseosas.

Aunque los datos asequibles no demuestran incuestionablemente que la transmisión proceda de la nave espacial, no se ha encontrado ninguna contraindicación.

Examinado, el texto resulta ser una transcripción fonética de lo que aparece como un dialecto del Imperio Medio Mandarín. Sólo se ha completado una traducción parcial (véase nota adjunta al texto). La traducción presenta dificultades poco corrientes por dos motivos principales: en primer lugar, la dificultad de encontrar un traductor suficientemente capacitado y que al mismo tiempo ofrezca garantías desde el punto de vista de la seguridad; en segundo lugar, cabe la posibilidad de que el lenguaje utilizado no corresponda exactamente a ningún dialecto, y que se trate de un amaño del personal de la **Constitution** (véase PÁRRAFO OCHO).

Este texto es PROVISIONAL Y NO AUTENTIFICAOO, y se facilita únicamente como una primera tentativa de traducir al inglés el contenido del mensaje. La sección de descifrado continúa trabajando en la traducción del mensaje completo y en la obtención de un texto más fidedigno.

Las posteriores versiones y enmiendas serán facilitadas a medida que sean obtenidas.

SIGUE EL TEXTO:

PÁRRAFO UNO. El que habla por todos —teniente coronel Sheffield H. Jackman— descansa. La obra bien hecha permite relajar la vigilancia. Yo —identidad no comprobada, pero probablemente alguna de las otras tres mujeres que se encuentran a bordo, o una de sus descendientes— ocupo su puesto, impulsada por la caridad y por el amor.

PÁRRAFO DOS. No basta con estudiar y con realizar hazañas que impulsen a la gente a asombrarse y a inclinar sus cabezas. No basta con comprender la naturaleza del cielo o del mar. Sólo a través de la comprensión de todo nos acercamos a la sabiduría, y sólo a través de la sabiduría podemos actuar correctamente.

PÁRRAFO TRES. Estos son los preceptos tal como nos han sido dados para comprenderlos:

PÁRRAFO CUATRO. El que impone su voluntad por medio de la fuerza carece de justicia. Dejad que le arrojen por un acantilado.

PÁRRAFO CINCO. El que provoca la codicia ajena por un trazo de madera labrada o una confitura carece de bondad. Dejad que se le impida continuar ejerciendo sus prácticas erróneas.

PÁRRAFO SEIS. El que ata un nudo y dice: “No me importa quién lo ha de desatar”, carece de perspicacia. Dejad que lave las úlceras de los pobres y acarree el contenido de las letrinas hasta que aprenda a considerar el día por venir como hermano del día que es.

PÁRRAFO SIETE. Los que estamos aquí no debemos imponer nuestra voluntad por la fuerza a ustedes que están ahí. La comprensión llega tarde. Lamentamos el incidente de la semana próxima, ya que fue hecho apresuradamente y por error. El que habla por todos obró sin pensar. Los que estamos aquí lo lamentamos más tarde.

PÁRRAFO OCHO. Es posible que se pregunten por qué estamos comunicando en este lenguaje. El motivo es en parte recreativo, en parte inductor: la naturaleza del proceso es tal que deben ustedes pasar por él antes de que pueda serles dicho de qué se trata. Nuestros pasos han hollado este sendero. Para reconstruir el chino del **I Ching**, fue necesario reconstruir primeramente el alemán de cuya traducción procedía el texto inglés. Los errores acechan a cada paso. Numerosos defectos marcan nuestra tarea. Obsérvenlos en silencio durante horas y días hasta que los defectos se conviertan en parte del trabajo.

PÁRRAFO NUEVE. Se dice que tienen ustedes ocho días de plazo antes de que lleguen las partículas más pesadas. Las muertes y los destrozos serán escasos. Será mejor que todos los reactores nucleares volantes permanezcan en el suelo hasta que el incidente quede superado.

PÁRRAFO DIEZ. Cuando hayan completado la reconstrucción envíennos un mensaje, dirigido al planeta Alfa-Aleph. Para entonces,

nuestro hogar estará a punto. Cuando estemos listos, enviaremos un ferry para ayudar a los colonos a cruzar la corriente.

El texto anterior incluye los primeros 852 grupos de la transmisión. El resto del texto, incluyendo aproximadamente 7.500 grupos, no han sido traducido satisfactoriamente. En opinión de un asesor del Departamento de Lenguas Orientales de la Johns Hopkins, puede ser un poema.

/fdo./
Durward S. RICHTER

Durward S. RICHTER
Comandante General, USMC
Jefe Criptógrafo
Mando

Distribución: x x x
Solamente EN MANO

WASHINGTON SEIS

El Presidente de los Estados Unidos —Washington— abrió la ventana de su estudio y se inclinó hacia fuera para aullarle a su Asesor Científico:

—¡Harry, suba de una vez! ¡Estamos esperándole!

Harry miró hacia arriba y agitó una mano, y luego continuó chapoteando a través de la chorreante selva en que se había convertido el Césped Septentrional. Entre la crecida maleza, la lluvia y el barro resultaba difícil avanzar, pero el Presidente estaba de un humor de perros. Cerró la ventana de golpe y dijo:

—Ese hombre se mete por los lugares más difíciles para fastidiarme. ¿Cuánto tiempo se supone que tendré que esperarle para poder decidir si tenemos que trasladar o no la capital?

La primera dama levantó los ojos de su labor de punto.

—Jimbo, cariño, ¿por qué armas tanto lío? ¿Por qué no nos trasladamos de una vez y acabamos con todo?

—Bueno, no resulta tan fácil tomar una decisión tan importante. —El Presidente se dejó caer en un sillón—. En realidad, estaba esperando el desfile del Décimo Aniversario —se lamentó—. ¡Diez años valen la pena de conmemorarse! No deseo nada excepcional, sólo bajar por la Avenida de la Constitución, como en los viejos tiempos, con la gente manifestando su alegría, los reporteros, las cámaras y todo eso. Entonces, ese hijo de perra de Omaha no podría decir que no soy el verdadero Presidente…

Su esposa dijo, en tono tranquilo:

—No te preocupes por él, cariño. ¿Sabes lo que he estado pensando? Que el desfile resultaría muy poco brillante en la Avenida de la Constitución. Sería mucho más agradable en una calle más pequeña.

> —¡Oh! ¿Qué sabes tú de eso? De todos modos, ¿a dónde podríamos ir? Si Washington está bajo el agua, qué te hace pensar que Bethseda sería mejor?

Su secretario de estado soltó las cartas de su solitario y alzó la mirada. Las últimas palabras del Presidente, al parecer, le habían interesado.

—No tendría que ser Bethseda, necesariamente —dijo—. Tengo unos hermosos terrenos cerca de Dulles que podríamos utilizar. Allí la altitud es mayor.

—Naturalmente. En Virginia hay unos terrenos muy hermosos —confirmó la primera dama—. ¿Recuerdas aquel picnic al que asistimos después de tu Segundo Aniversario? Fue en Fairfax Station. Todo rodeado de colinas. Era muy bonito.

El Presidente descargó su puño sobre la mesita auxiliar y aulló:

—iYo no soy el Presidente de Fairfax Station, soy el Presidente de los Estados Unidos de América! ¿Cuál es la capital de los Estados Unidos de América? ¡Washington! ¡Dios mío! ¿No os dais cuenta de que todos esos cretinos de Houston, de Omaha y de Salt Lake se matarían de risa si se enterasen de que he tenido que mudarme de mi propia capital?

Se interrumpió, debido a que su Asesor Científico acababa de aparecer en el umbral de la puerta, sacudiéndose el barro que llevaba pegado a todas sus ropas.

—¿Y bien? —inquirió el Presidente—. ¿Qué es lo que dicen?

Harry se sentó.

—Las cosas están muy mal. ¿Alguien tiene un cigarrillo seco?

El Presidente le lanzó un paquete. Harry se secó los dedos en la camisa antes de sacar un cigarrillo.

—Bueno —dijo—, he hablado con todos los capitanes de barco que pude encontrar. Todos dicen lo mismo. Las mareas suben y bajan a lo largo de todo el litoral.

Miró a su alrededor en busca de una cerilla. La esposa del Presidente le entregó un mechero de oro con el gran sello de los Estados Unidos grabado en él; después de varias tentativas, Harry logró que se encendiera.

—Las cosas no presentan un buen aspecto, Jimmy. En este momento la marea está baja, pero no podemos confiar en eso. Mañana estará un poco más alta. Y se producirán temporales, no una simple lluvia como aquí. Se acerca una depresión tropical procedente de las Bahamas.

—No estamos en el trópico —dijo el secretario de estado en tono suspicaz.

—No he querido decir eso —replicó el asesor científico, que en otros tiempos había facilitado informes meteorológicos para la estación local de Televisión ABC, cuando existían cosas tales como una red de televisión—. Me refiero a que se producirán tormentas. Huracanes. Pero lo peor no es eso, sino la marea. Si los hielos se derriten, alcanzarán unas alturas insospechadas.

El Presidente hizo repiquetear sus dedos sobre la mesita. Súbitamente, gritó:

—¡No quiero trasladar mi capital!

Nadie contestó. Sus estallidos de malhumor eran famosos. La primera dama se concentró en su labor de punto, el secretario de estado recogió sus cartas y empezó a barajarlas, el asesor científico se quitó la chaqueta y la colgó cuidadosamente detrás de una puerta.

El Presidente dijo:

—Tienen que ver las cosas así: suponiendo que nos trasladáramos, todos esos paletos provincianos que pretenden ser el Presidente de los Estados Unidos verían fortalecida su posición, y la eventual reunificación de nuestro país sufriría un gran retraso. —Movió sus labios unos instantes,

y luego estalló—: ¡No pido nada para mí! Nunca lo he hecho. Sólo deseo representar el papel que me corresponde en lo que es bueno para todos nosotros, y eso significa que he de conservar mi posición como verdadero Presidente, de acuerdo con la enmienda introducida en la Constitución de los Estados Unidos de América. Y eso significa que voy a permanecer aquí, en la verdadera Casa Blanca, pase lo que pase.

Su esposa dijo, en tono vacilante:

—Cariño, no te excites. El otro Presidente tiene una Casa Blanca de verano… Camp David. Y nadie se ha llevado las manos a la cabeza. ¿Por qué no haces tú lo mismo? Cerca de Fairfax Station hay una antigua casa de labor hermosísima, y podríamos arreglarla a nuestro gusto.

El Presidente la miró con aire de sorpresa.

—No es mala idea —declaró—. Lo malo es que no podemos trasladarnos permanentemente, y tenemos que conservar este lugar tal como está para que nadie pueda echarnos de él, y regresar de cuando en cuando a echar un vistazo. ¿Qué opina usted, Harry?

El Asesor Científico dijo, pensativamente:

—Supongo que podríamos alquilar algunas embarcaciones. Depende. No sé qué altura alcanzará el agua.

—¡Nada de “supongo”! ¡Nada de “depende”! Se trata de una prioridad nacional. Tenemos que hacerlo para que ese bastardo de Omaha siga prestando atención al verdadero Presidente.

—Bueno, Jimbo, cariño —dijo la primera dama al cabo de unos instantes, estimulada por el éxito de su sugerencia—, tienes que admitir que ahora mismo no nos prestan demasiada atención. ¿Cuándo fue la última vez que pagaron sus impuestos?

El Presidente la miró taimadamente por encima de sus gafas.

—Hablando de eso —dijo—, les reservo una pequeña sorpresa. Una especie de arma secreta.

—Espero que nos dé mejor resultado que en la última guerra —dijo su esposa, suspirando.

El Presidente se puso en pie, indicando que la reunión del gabinete había terminado.

—Harry —dijo—, acérquese a la biblioteca del Congreso y trate de encontrar algunos mapas buenos en las salas que se salvaron del incendio.

Busquemos un buen lugar, situado a una altura conveniente, a unas veinte millas de aquí, más o menos. Luego haremos que el Ejército nos condene a la Casa Blanca de Verano, como dice Mae, y tal vez pueda dormir en una cama que no está enmohecida, para cambiar.

Su esposa le miró con aire preocupado.

—¿Qué vas a hacer, Jimmy?

El Presidente dejó oír una risita.

—Voy a revisar mi arma secreta.

Cuando le dejaron solo en el estudio, el Presidente se dirigió a la cocina y tomó una botella de **Fresca** del refrigerador abierto. La compañía de guardia de la Marina seguía intentando poner de nuevo en marcha el generador de gas, sin el menor éxito. Al Presidente no le importaba. Eran sus pretorianos personales y, aunque eran una nulidad como plomeros, habían demostrado lo que valían en los momentos de apuro. El Presidente no olvidaba que durante los disturbios no había sido más que un simple congresista, su rápido ascenso a la presidencia del Congreso y posteriormente de la Nación se debía, no sólo a su habilidad política y reconocida capacidad de maniobra, sino también al hecho de que su cuñado estaba al mando de la guarnición de infantes de Marina en Washington.

El Presidente, en realidad, estaba muy satisfecho de la marcha del mundo. Si bien envidiaba a los presidentes del pasado —misiles, flotas de bombarderos nucleares, miles de millones de dolares a su disposición—, cuando miraba al mundo que le rodeaba no veía nada comparable con su propia estatura.

Se bebió la soda, abrió un par de centímetros la puerta de su estudio y atisbó por la rendija. No había nadie a la vista. Se deslizó fuera y bajó por la escalera de la parte de atrás. En lo que en otro tiempo habían sido las partes públicas de la Casa Blanca podía apreciarse más claramente la extensión de los daños. Después de las algaradas y de los incendios, la voluntad de reparar y de reconstruir se había ido debilitado paulatinamente. Al presidente no le importaba. Ni siquiera se fijó en las chamuscadas paredes y en los trozos de yeso caídos del techo. Estaba escuchando el sonido de las explosiones de un motor de gasolina cada vez más lejanas, y una sonrisa distendió sus labios mientras se acercaba al piso subterráneo donde estaba encerrada su arma secreta.

*E*l arma secreta, cuyo nombre era Dieter von Knefhausen, estaba tratando de completar la defensa total de cada uno de los actos de su vida que él llamaba sus memorias.

Estaba menos satisfecho del mundo que el Presidente. Podría haber deseado muchos cambios. Su estado de salud, por ejemplo: se daba cuenta de que su hipertensión básica, su bronquitis y su gota estaban librando los últimos asaltos de una guerra total para ver cuál de ellos tenía el honor de destruir su mutuo campo de batalla, que era él mismo. No le importaba su falta de libertad, pero sí la absurda destrucción de muchos de sus documentos.

El manuscrito original de su autobiografía se había perdido hacía mucho tiempo, pero él había convencido al Presidente —al que se llamaba a sí mismo Presidente—, para que enviara a alguien en busca de lo que pudiera recuperarse. Sólo habían aparecido algunos fragmentos de la copia. Los suficientes, sin embargo, para que Knefhausen reemprendiera la tarea de contar cómo había planeado el Proyecto Alfa-Aleph, detallando meticulosamente cómo había mentido, engañado falsificado para sacarlo adelante.

Era tan sincero como podía serlo. No omitía nada. Admitía su complicidad en la muerte “accidental” del primer marido de Ann Barstou en una colisión de automóviles, para dejarla en libertad de casarse con el hombre que él había escogido para que formara parte de la tripulación de la **Constitution**. Había confesado que sabía que el secreto no podría mantenerse por toda la duración del viaje, traicionando así la confianza del Presidente que lo había hecho posible. Lo contaba todo, todo lo que podía recordar, y alardeaba de su éxito.

Ya que para él era evidente que su éxito estaba más que demostrado. ¿Qué mejor prueba que lo que había ocurrido hacía diez años? El “incidente de la próxima semana” fue tan dramático y completo como pudiera desear el más exigente. Si sus detalles eran todavía indescifrables, en gran parte debido a la destrucción de la estructura tecnológica existente que había acarreado, sus principales características eran obvias. La lluvia de partículas pesadas —¿bario? ¿cuarzo, quizás?— había empapado la Tierra. La fuente había sido localizada en un punto del cielo que coincidía con la prevista situación de la **Constitution**.

Estaban también los mensajes recibidos: considerados en conjunto, no cabía duda de que los astronautas habían desarrollado unos conocimientos tan superiores a todos los de la Tierra que, desde una distancia de dos años—luz, podían imponer su voluntad a la raza humana. Lo habían hecho. Con un chaparrón de partículas, habían inutilizado todo el complejo militar—industrial del planeta.

¿Como? ¿Como? Ah, pensó Knefhausen con envidia y orgullo, esa era que todos los ingenios nucleares —bombas, plantas de energía, fuentes de radiación para hospitales, pilas atómicas— se habían empapado simultáneamente con la corriente de partículas y en aquel mismo instante habían dejado de existir como fuente de energía nuclear. No fue rápido y catastrófico, como una bomba. Fue lento y persistente. El uranio y el plutonio habían acabado de fundirse en la prolongada y continua reacción que todavía burbujeaba en los lagos de lava hirviente en que se habían convertido los antiguos depósitos y plantas nucleares. Se desprendió muy poca radiación, pero sí abundante calor.

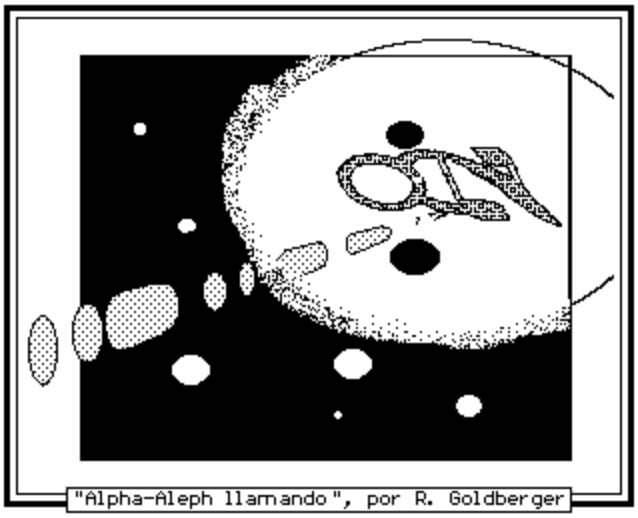
Hacía mucho tiempo que Knefhausen había dejado de lamentar lo que no podía ser evitado, pero seguía pensando en lo mucho que le hubiera gustado tener la oportunidad de medir adecuadamente la cantidad total de calor desprendido. No menos de lO^l6 vatios—año, estaba seguro, a juzgar por los efectos sobre la atmósfera de la tierra, las tormentas, el aumento gradual de la temperatura en todo el mundo y, por encima de todo, por los rumores acerca del aumento general del nivel del mar, que presuponía la fusión de los casquetes polares. No existía ya una red de información meteorológica, pero las fragmentarias informaciones que había logrado reunir sugerían un mundo con niveles más altos de temperatura —de seis a siete grados centígrados—, que seguían aumentando en Checoslovaquia, el Congo, Colorado y un centenar de infiernos menores.

¿Rumores acerca del nivel del mar?

No se trataba de rumores, se corrigió a sí mismo, puesto que a juzgar por lo que podía ver a través de los barrotes de la ventana de su celda, las aguas lamían ya las mismas puertas de la Casa Blanca.

Se abrió la puerta. El Presidente de los Estados Unidos (Washington) entró, palmeando el hombro del flaco, asustado y macilento muchacho que montaba guardia junto a la puerta.

—¿Cómo van esos ánimos, Knefhausen? —inquirió el Presidente en tono jovial—. ¿Está usted dispuesto a entrar en razón?


"Alpha-Aleph llamando", por R. Goldberger

—Haré lo que usted diga, señor Presidente, pero tal como ya le he dicho, existen límites. Además, no soy ningún jovenzuelo y mi estado de salud…

—¡Al diablo con su salud y sus límites! —gritó el Presidente—. ¡No empiece con la cantinela de siempre, Knefhausen!

—Lo siento, señor Presidente —murmuró Knefhausen, en tono casi inaudible.

—¡No lo sienta! Yo juzgo por los resultados. ¿Sabe lo que cuesta mantener en marcha esa bomba extractora de agua para que usted no se ahogue? ¡La gasolina está racionada, Knefhausen! Para obtenerla, hay que alegar motivos de alto interés nacional. Y sí usted insiste en no colaborar, no podrá continuar justificando esa sangría en nuestros recursos.

Triste, pero obstinadamente, Knefhausen dijo:

—En lo que de mí depende, señor Presidente, no he dejado de colaborar.

—Sí, desde luego. —Pero el Presidente se encontraba hoy en un humor anormalmente optimista, observó Knefhausen, con la enfermiza atención del recluso por los detalles, y al cabo de unos instantes añadió—: Escuche, no quiero que discutamos por esas minucias. He venido a hacerle una oferta. Dígame que acepta, y despediré a ese hijo de perra de Harry Stokes y le nombrará a usted mi asesor científico. ¿Qué le parece? De nuevo en la cumbre. Un apartamento de su propiedad. ¡Luces eléctricas! Criados… podrá escogerlos usted mismo, y hay algunas chicas muy monas disponibles. La mejor comida que pueda haber soñado. La posibilidad de prestar un verdadero servicio a los Estados Unidos de América, ayudando a reunificar este gran país para que vuelva a convertirse en la gran potencia que todos deseamos…

—Señor Presidente —dijo Knefhausen—, mi mayor deseo es el de prestar toda la ayuda posible, pero no es la primera vez que hablamos de este asunto. Haré lo que usted me pida, pero no puedo hacer que las bombas vuelvan a funcionar. Sabe usted perfectamente lo que ha ocurrido. Han desaparecido.

—¿Quién ha hablado de bombas? Mire, Kneffie, yo soy un hombre razonable. Lo único que tiene que prometerme es que utilizará sus conocimientos científicos **en la medida en que le sea posible**. Dice usted que no puede fabricar bombas: de acuerdo. Pero habrá otras cosas.

—¿Qué otras cosas, señor Presidente?

—No me apremie, Knefhausen. Cualquier otra cosa que signifique un servicio para la patria. Prométame eso, y hoy mismo saldrá de aquí. ¿O prefiere que interrumpa el funcionamiento de la bomba extractora de agua?

Knefhausen sacudió la cabeza, no para negar, sino en un gesto de desesperación.

—No sabe lo que me está pidiendo. ¿Qué puede hacer hoy un científico por usted? Hace diez años, sí… incluso hace cinco años. Es posible que entonces hubiese podido hacer algo. Pero ahora las condiciones previas no existen. Cuando todas las plantas nucleares han desaparecido… cuando las fábricas de abonos no disponen de nitrógeno y las fábricas de insecticidas han dejado de producir… cuando la gente empieza a morir de hambre y empiezan las epidemias…

—Sé todo eso, Knefhausen. ¿Sí o no?

El científico vaciló, mientras contemplaba pensativamente a su adversario. De pronto, un destello de la antigua sagacidad apareció en sus ojos.

—Señor Presidente —dijo lentamente—. Usted sabe algo. Algo ha ocurrido.

—Exacto —asintió el Presidente—. Ahora, dígame, ¿qué es lo que sé?

Knefhausen sacudió la cabeza. Después de siete décadas de vida vigorosa, y de otra década de lenta consumición, resultaba difícil recobrar la esperanza. Pero aquel hombrecillo, aquel advenedizo, no carecía de cierta astucia animal, y parecía estar muy seguro de sí mismo.

—Por favor, señor Presidente. Dígamelo.

El Presidente se llevó un dedo a los labios, y luego pegó un oído a la puerta. Cuando se hubo convencido de que nadie podía estar escuchando, se acercó más a Knefhausen y dijo en voz baja:

—Usted sabe que tengo representantes comerciales en todas partes, Knefhausen. Algunos en Houston, algunos en Salt Lake, algunos incluso en Montreal. No están allí únicamente para comerciar. A veces se enteran de cosas, y me las cuentan. ¿Le gustaría saber lo que acaba de contarme mi representante en Anaheim?

Knefhausen no contestó, pero sus cansados ojos tenían una expresión implorante.

—Se trata de un mensaje —susurró el Presidente.

—¿De la **Constitution**? —exclamó Knefhausen—. ¡No, no es posible! Farside ha desaparecido, Goldstone está destruido, los satélites han dejado de orbitar…

—No se trata de un mensaje por radio —dijo el Presidente—. Llegó desde Monte Palomar. No el gran telescopio, que también desapareció, sino lo que ellos llaman un Schmidt. Ignoro lo que es, pero funciona. Y hay algunos viejos que siguen atisbando por él, de cuando en cuando, en recuerdo de los antiguos tiempos. Y captaron un mensaje, transmitido en morse con destellos de láser. Procedía de Alfa Centauro. De sus jóvenes amigos, Knefhausen.

Sacó una hoja de papel de su bolsillo y lo hizo oscilar ante los ojos de Knefhausen.

Knefhausen se vio acometido por un súbito acceso de tos, pero logró graznar

—¡Démelo!

El Presidente retrocedió un par de pasos.

—¿Trato hecho, Knefhausen?

—iSí, sí! ¡Lo que usted diga, pero deme el mensaje!

—No faltaría más —sonrió el Presidente, entregándole la arrugada hoja de papel.

Decía:

ROGAMOS TOMEN NOTA DE QUE HEMOS CREADO EL PLANETA ALFA-ALEPH. ES HERMOSO Y GRANDE. ENVIAREMOS NUESTROS FERRIES PARA TRAER PERSONAL ADECUADO.

NUESTROS SALUDOS ESPECIALES AL DR. DIETER VON KNEFHAUSEN, CON EL CUAL TENEMOS MUCHOS DESEOS DE HABLAR. LLEGAREMOS TRES SEMANAS DESPUÉS QUE ESTE MENSAJE.

Knefhausen lo leyó por segunda vez, miró al Presidente, y volvió a leerlo.

—Me… me alegro mucho —dijo, absurdamente.

El Presidente arrancó el mensaje de sus manos, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo, como si aquel trozo de papel fuera la llave del poder.

—¿Se da cuenta? —dijo—. La cosa es sencilla. Usted me ayuda a mí, y yo le ayudo a usted.

—Sí, sí, desde luego —dijo Knefhausen, con aire distraído.

—Ellos son sus amigos. Harán lo que usted diga. Todas esas cosas que usted me dijo que podían hacer…

—Sí, las partículas, la capacidad de reproducir, la capacidad, Dios nos asista, de construir un planeta…

Knefhausen podía haber continuado catalogando las habilidades de los astronautas indefinidamente, pero el Presidente estaba impaciente.

—De modo que ahora sólo es cuestión de días… ¡Imagine lo que traerán! Armas, herramientas, de todo… Y lo único que tiene usted que hacer es lograr que me ayuden a volver a situar a los Estados Unidos de América en el lugar que le corresponde. ¡Sabré recompensarles, Knefhausen! Y también a usted. Ellos…

El Presidente de interrumpió, observando cuidadosamente al científico. Luego gritó: “¡Knefhausen!”, y se inclinó hacia adelante para agarrarlo.

Era demasiado tarde. El científico había caído al suelo, en redondo. El centinela, obedeciendo la orden del Presidente, corrió hacia la Casa Blanca en busca del médico, que se presentó con toda la rapidez que le permitieron sus vacilantes piernas y su cerebro empapado de cerveza, pero era demasiado tarde, también. Todo llegaba demasiado tarde para Knefhausen, cuyo viejo corazón le había fallado… muy a tiempo. Como se demostró pocos días después, cuando las grandes naves doradas

procedentes de Alfa-Aleph aterrizaron y descargaron sus brillantes y terribles tripulaciones para limpiar la Tierra.

Retranscripto para la versión móvil por Orontes H. Solís (“drakkodrakkonis”)

La dama cronológica

Oscar Serrano

"…porque a menos que el relojero, solo y sin instrucciones escritas, sea capaz de construir las partes que son mucho más fáciles que las que siguen, es mejor que no se aventure a fabricar este modelo."

(Giovanni Dondi de Padua. Relación del Reloj Planetario llamado Astrario. Biblioteca Capitular de Padua. Códice D.39)

Severino Taglioretti se asoma, como tantas veces, por el balcón de su departamento *fin de siécle*. Observa así, con tolerancia, la calle lejana por donde se desplazan automóviles del tamaño de las cochinillas de humedad. Al alzar la vista a las oscuras ringleras de oficinas, que se oponen de manera frontal a su aspiración de una perspectiva más trascendente, descubre, con no poco placer, asomada a uno de los tantos balcones, a cierta mujer joven y bonita que al parecer le sonríe significativamente.

Nuestro sujeto es persona ya madura, preocupado por el creciente diámetro de su vientre, y de alguna manera vive una segunda etapa sentimental, sin meta precisa claro, o mejor, con una meta más amplia: *la mujer*, pero de forma tan conflictiva que no deja de hacerle vivir momentos muy contrapuestos.

El hombre arroja el palillo con el que se escarba las encías al rumoroso abismo de la Avenida de Mayo, eructa con discreción, y no puede menos que hacer una seña amistosa con su mano regordeta, ante lo cual, según parece, la joven responde con un breve movimiento de sus párpados. Severino Taglioretti alza ahora la diestra para reiterar de forma más ostensible su saludo, pero la mujer ya ha desaparecido en el interior del edificio.

Un momento después, todavía aferrado a la barandilla del balcón, mientras el señor Taglioretti pasea la vista por los pesados ornamentos de una construcción neoclásica que remata la esquina de enfrente, un

fugacísimo movimiento —apenas advertido con el rabillo del ojo, pero que es suficiente para él— le da a entender que la mujer ha retornado a su puesto.

Gira el rostro y, en efecto, la dama se halla en el lugar donde la viera en un primer momento. Empero, algo ha cambiado. La ropa no es la misma, parece diseñada por Poiret. Este detalle acrecienta sus fantasías e insiste en lanzar la mano osadamente, con veleidades astronáuticas, y entretanto, a sus pies, sin entender a nada ni a nadie, y menos aún a las aspiraciones sentimentales de Severino Taglioretti, la Avenida de Mayo apelmaza los heteróclitos ruidos del tránsito.

Parpadea de improviso y, sí, en efecto, lo de allá abajo le sugiere la imagen de una amodorrada serpiente de mar.

¿Serpiente de mar?, se asombra Taglioretti. ¿De dónde ha sacado una comparación así? Algo anda mal en él. ¡Serpiente de mar! Y entonces, casi en el acto, se le ocurre que la calle de abajo es una faja de arena, una ancha y quebrada lista de arena por la que corre un viento abrasivo que lleva y trae, incesante, una arena que es el producto del desgaste y que ha sido desgastada para desgastar.)

Su mano está todavía en el aire y, sin duda alguna, el menos advertido entenderá que se trata de un saludo: pero en esta oportunidad, si es que antes llegó a haber otra, la joven de enfrente parece desconocer las reglas más elementales de cortesía.

Entonces recuerda, de improviso, las líneas de ese poema tan familiar:

> La vorágine de las gaviotas
> En los cuadernos donde los pies escriben,
> Y un rey del inconsciente, atiborrado como el mar,
> En el acecho y la plenitud de ciertas eternidades.
> Treinta ofrendas y un par de manos encendidas
> En pos de la espada que se mella en la piedra;
> Donde los terribles huevos permanecen cerrados
> Y la ceniza se espolvorea sobre una sierpe vetusta.

Pero, ¡maldición!, él jamás podría recordar algo parecido, porque nunca pudo haber llegado a leer una invención tan oscura y peregrina.

Y la mujer desaparece en el interior difuso de la oficina: lo hace con un giro tan rotundo que Taglioretti decide que es improbable que alguna vez haya existido para ella. Humillado, se reprocha su generosidad para con un extraño, y guarda bajo las axilas la mano que ha saludado y la que no. Empero, lleno de perplejidad a causa del rápido cambio de ropas de la dama de enfrente, y como para encontrar alguna explicación a ese pequeño misterio, lee el cartel fijo en la parte inferior del barandal: *Art & Antiques* (que se reserva el diez por ciento de comisión y el veinte de seña): informa además la dirección y un largo número telefónico. El letrero ha de ser prácticamente invisible para los peatones que se desplazan por allá abajo, y su colocación en un lugar tan elevado, en vez de aportar algún dato de valor, torna más oscura la magra información.

En ese momento la dama vuelve a aparecer. Luce, para su asombro, un nuevo traje que parece tomado de un figurín del *Harper's Bazar* o adquirido en la *Maison Zimmermann*; y hasta un peinado diferente, con rulos postizos y una flor de tul bordado. Además, algo, que por el momento no puede precisar, ha cambiado en ella. Pero ¿cómo puede ser?… ¿De qué manera lo hace? Además… ¿para quién? Sólo está él, no hay otro espectador.

El aire caliginoso y rancio de la calle le bate el rostro contraído por el estupor. Hasta él llega el rumor de abejar de la *avenue* y ésta se le antoja ahora una hendidura inquietante, una quebradura que determina órdenes contrapuestos, enfrentados desde antiguo. Una involuntaria contracción de sus pensamientos lo restituge por un momento a un cuartucho de la *rue Godot de Maurois* junto a una prostituta vieja y el rumor de campanas de la Madelaine. Pero es un instante, y en fracciones de segundo lo borra.

El semblante lampiño y romo del señor Taglioretti, tan abotagado y sudoroso como un globo brillante, con una boca diminuta y sensual que de ninguna manera puede estar en un globo y sí en la cara de un hombre trivial, para mejor viudo, con pretensiones sencillas y apetitos aún más sencillos; con un par de ojos algo pequeños, engañosamente miopes… El rostro del señor Taglioretti, decíamos… Pero es en ese preciso instante cuando nuevos versos del dichoso poema vuelven a su memoria de forma intempestiva:

> Todas las sangres se vigilan
> Y se fatigan en contiendas interminables.

¿En dónde el fiel de la balanza marca navegaciones?
¿Qué libros de odas a esfinges inquisitivas
Tienen recuerdos de caídas y malentendidos?
La náusea a ciertas noches llenas de núbil astucia,
Me hace mirar la puerta donde el orín es llave;
Navego ríos profundos de encendidas urgencias
Entre playas de espejos donde se reflejan joviales aunque vetustos fuegos.

Es que él nunca puede haber recitado para sus adentros un disparate semejante, por lo demás de un valor literario tan problemático. Sus pensamientos se hallan ciertamente desordenados y se esfuerza por afirmarse a su indubitable existencia; él no tendría razón de ser sin la causa de su privativa confusión.

Se pasea la lengua veloz por los labios entreabiertos y esta vez aguarda brevísimos instantes. La dama vuelve a mostrarse, y nuevamente, no sin causar cierto estremecimiento en su público unipersonal, lo hace con un nuevo vestuario que ahora parece diseñado por Vogue: tul bordado con banda Pompadour. Pero ¿por qué? Y también su peinado y el sombrero de fieltro con dos plumas amazonas, y también con algo singular que Taglioretti no atina a descifrar. Y, como ya es norma, la dama rehuye su saludo a un auditorio esta vez sin pretensión de respuesta, y enseguida reingresa a la oficina de interior vago y desconfiable, en donde ve convulsionarse las cortinas de un tejido muy ralo, como si muy junto a ellas hubiese un ventilador, presunción de por sí muy creíble, ya que el mismo señor Taglioretti tiene encendido el suyo.

Es una mañana calurosa y el día promete ser agobiante. Y la dama inflexible vuelve a su lugar, en esta ocasión con una blusa de sedalina bordada, cuello de *guipure* blanco, una pollera plegada y en las manos, enfundadas en un par de *Mousquetaire* largo, sostiene una sombrilla de *broderie* con volados de encaje y cabo de nácar. Y esta vez sí logra desentrañar en qué consiste el cambio indefinible que advierte sumado, sin descifrar, a las otras mudanzas ostensibles. ¡La dama parece mayor! “¿Y si se tratara de dos mujeres?”, alienta. “¿Madre e hija? ¿Hermanas, acaso?”, vuelve a tentar sin poder convencerse. Pero la mujer deja su puesto y se desliza entre las cortinas de movimientos envolventes, convulsos, casi como si dentro de aquel lugar no hubiese un ventilador sino un viento

huracanado j aquellas abruptas ondas fueran cientos y cientos de frágiles pabellones de tul alzados en un paisaje yermo.

Y una vez más ella está frente a él, ahora vestida por un Erté inconfundible, siempre separados por el ancho de la avenida. Y él le grita algo, hasta extiende los brazos como para advertirle del peligro. Y las nuevas ropas lo asombran: Chanel, Saint—Laurent, Vasarely y otros diseños que un *chroniqueur* mundano como él no alcanza a reconocer. ¡Qué atrevimiento juvenil en una dama ya madura! Y entonces se da cuenta de que la persona envejece. ¡Con qué rapidez! Y ella, ajena a sus gritos —por otra parte perdidos en el estrépito del tránsito—, sigue apareciendo y desapareciendo por la puerta—ventana que da al balcón, y las cortinas espasmódicas la envuelven una y otra vez, como algo venenoso, como esparadrapos y vendajes sólo apropiados para una úlcera llena de humores perniciosos. Y así la dama sale y sale y sale, asombrándolo con el vestuario cambiante y rutilante. Es un cuerpo que engorda hasta la deformidad y luego enflaquece hasta la sequedad, y así la ve salir arqueada y moviéndose con más dificultad. Aferrado al pretil de hierro forjado, sin importarle la transpiración que lo moja por entero, el señor Severino Taglioretti mira, sintiendo un nudo en la garganta, el cuerpo entero temblándole, la rápida decadencia de la hermosa mujer que un breve tiempo atrás descubriera asomada en ese mismo lugar. Al fin no puede menos que horripilarse al ver la figura carcomida por el tiempo y estragada por alguna dolencia. Una figura que, en un giro en el que se encierra todo el dolor del mundo, alza los ojos enramados por la senectud y lo mira *por primera vez* en forma desembozada, y por primera vez la vieja mujer alza la mano seca a guisa de despedida, apenas controlándola, y responde así —él sabe que de eso se trata— al saludo que el hombre le hiciera la otra primera vez, apenas media o una hora antes, o hace y todo el tiempo del mundo. Y esta vez la dama se desliza postreramente en la oficina y los cortinajes movibles que la reciben dejan por fin de agitarse.

Pero Taglioretti, lejos de convencerse, sigue volcado sobre el antepecho del balcón, como una saliente gárgola de arenisca, hasta que al fin, cierta convicción hecha carne en él —colmado además de una comprensible desesperación— le hace gritar algunas cosas al sitio vacío, y hasta mira los balcones próximos para buscar a otro alguien que haya asistido a esa extraordinaria decadencia. ¡Pero está solo, como tantas veces! Pero como él siempre ha sido un hombre decidido —aunque muchos, a lo

largo de su vida, puedan haberlo acusado de irresoluto— apunta mentalmente el número del letrero y corre al interior de su departamento. Toma el teléfono y disca sin vacilación. Y lo hace con la mayor premura de que es capaz.

El teléfono llama, llama, y él se da cuenta de que esa tardanza en responderle es de alguna manera irrecusable. Tiene conciencia, plena certidumbre, de que alguien está facultado para levantar el tubo en la estancia donde suena la campanilla, y casi imperativamente decide que, sea quien sea su interlocutor, éste debe atenderle.

> Configuraciones de cangrejos,
> Pedernales y diamantes sobre las tumbas.
> Hay vírgenes acosadas entre clavos,
> Y el carro de Antimonio conduce fatuos
> Monos que juegan a enjoyar las sombras.

¡Oh, ese poema! ¡Santo Dios! ¿Es que su memoria de grillo no advierte que ese conocimiento le es imposible? Además, ¡vaya momento elegido para importunarlo!

Alguien, el o la recepcionista, del otro lado, levanta el tubo sin decir palabra, y él, en un primer momento, con la garganta reseca, no atina a expresar ninguna cosa. Pero el asunto es que en el instante mismo de la decisión llega hasta él un rechinamiento helado y terco, ¡y tan siniestro!… ¿O se trata de una risa?

Y entonces la voz, esa maldita voz —descomedidamente sucia y conclusiva—, le toca el oído. Como la picadura de un venenoso ofidio dentro de su cerebro:

“Es un cortocircuito en el panel del tiempo”, le informa en un susurro el electricista ominoso. Y Taglioretti, trémulo y aterrado, antes de soltar el teléfono como si le quemara, cree escuchar tras las palabras de su interlocutor, en el silencio que deja la voz seca y amarilla como el hueso, un clamor, los últimos alaridos de una mujer que está siendo aniquilada sin piedad.

***R*etranscripto para la versión móvil por Orontes H. Solís (“drakkodrakkonis”)**

Vivir de las memorias

Rosa Fasolis

*E*sta mañana Mamy le dijo a mi hermana Nin:

—Vamos a preparar las cosas. Tal vez podamos hacer ese paseo.

Y Mamy peinó las trenzas de Nin, una a cada lado de la espalda, y les anudó en las puntas un gracioso moño de hilo color cereza y las cerezas vinieron rápido a mi mente y se instalaron en mi boca haciendo que la saliva rezumara de mi lengua y se escapara por entre mis dientes, porque ya hace mucho tiempo que por aquí no hay cerezas.

Después me asome, como todos los días, a la ventana que da al porsche, que antes tenía cuatro vidrios pero sólo le queda uno, el de arriba a la izquierda. Por eso debo subir a un banco para asomarme y mirar, aunque no es mucho lo que puedo ver. Pero a mí me basta, me basta con llenar mis ojos con esos resplandores de la lámina que aun está allí, prendida a la pared de madera con cuatro tachuelas obstinadas, tan obstinadas como nosotros mismos, cuatro vigías de metal que antes brillaban como el sol pero que ahora sufren —tal como nosotros— la enfermedad del tiempo u del olvido, hecha sustancia en un desagradable polvo de herrumbre, oscuro u rugoso. La ventana está clausurada —como todo lo demás— y los cristales que faltan fueron reemplazados por rectángulos de madera y la madera, como sabemos, no deja pasar la luz. Pero, como he dicho, ese espacio transparente me basta para mirar la lámina, aún cuando el vidrio esté cubierto por fuera con una pátina de niebla que el tiempo va acentuando más y más, a tal punto que llego a preguntarme que haré cuando la niebla se haga tan espesa que ya no pueda mirar esos colores de la lámina, esos matices que estallan a uno o dos metros de mis ojos, los más bellos que haya visto o pueda ver por aquí. Porque a pesar de todo brillan, brillan sin parpadeos y son los colores de la memoria de otras cosas lejanas que alguna vez todos conocimos, pero que ahora que ha pasado tanto tiempo apenas podemos recordar, aunque tratamos con todas nuestras fuerzas de atraparlos y pensarlos, detalle por detalle, para que mañana estén otra vez aquí. Practico el ejercicio de la memoria varias horas por día: es mi

manera de conservar los tesoros que alguna vez nos pertenecieron. Todos lo hacemos: hasta Mamy se acerca al vidrio único cada mañana y mira la lámina y los ojos se le ponen enfermos y brillantes y la palidez aciaga de sus mejillas se tiñe con dos monedas de cobre y su pelo vuelve a tener esos reflejos dorados que a Nin y a mí tanto nos gustaban.

Todos jugamos al juego de las memorias. Es simple y bello, y pasamos horas y horas jugándolo sin cansarnos: jugamos a ver quién recuerda más cosas despues de mirar la lámina. De todos nosotros, Ramón es el más rápido e inteligente: algunas veces (sólo algunas) puedo ganarle, sobre todo cuando se trata del color amarillo, o el rojo. El amarillo estimula en mi mente muchas imágenes distintas y hermosas que trato de grabar cada dia más y mejor, aunque debo reconocer que, a mi pesar, algunos detalles se desvanecen. La semana pasada, por ejemplo, cuando estaba recordando la forma y el color y el sabor de una pera (de una deliciosa, fragante y madura pera) sentí de pronto en mi boca el gusto blando y dulce de una banana, y al confundir los sabores confundí también otros detalles, e hice una descripción errónea. Por supuesto, esa vez —como otras tantas— perdí el juego. Por eso, cuando estoy solo pongo todo mi empeño. De ese modo recuerdo al sol brillante de una tarde de verano, a las caléndulas amarillas abriéndose bajo el sol, a las inquietas mariposas doradas posándose una a una sobre las anteras —también doradas de tanto polen— de las caléndulas. Y recuerdo otras tantas cosas. Si la lámina tuviese más tonalidades, seguramente mis recuerdos serían más intensos.

Como dije, Mamy le ha indicado a Nin que prepare las cosas necesarias y ha atado sus trenzas con un gracioso moño de hilo color cereza. Y Nin se ha puesto a preparar las cosas, aunque nada ni nadie nos asegura que hoy vayamos a tener nuestro paseo. Le he preguntado a Roberto y a Tini, que son los mayores y saben muchas cosas, pero no han querido responder. Noto actitudes extrañas en ellos desde hace varios días. Siempre son amables, pero ahora apenas se dirigen a nosotros —me reíiero a Nin, Ramón y yo— y hasta se han apartado de Jorgelina y de Any. Deben andar en algo raro, pero no logro saber de qué se trata. Tal vez más tarde lo averigüe, ahora trataré de recordar las cosas de color verde: es difícil, porque hay poco verde en la lámina. ¡Ah!… Se me ocurre una larga, espléndida hoja de junco. Y toda una mata.

Lo he averiguado, al fin. Despues del mediodía, cuando ya no pude evitar las lágrimas: lágrimas de enojo, de rencor conmigo mismo porque

Ramón volvió a ganarme el juego y tuve que entregarle mi caja de fósforos vacía, esa que tiene un hermosísimo pájaro dibujado, y que yo quiero de una manera muy especial, sobre todo porque al poseerla el recuerdo del pájaro no es necesario: basta con mirar el dibujo. Jugábamos a recordar el color rojo: es uno de mis colores predilectos y me estaba gendo mug bien en el juego. Recorde y describí un caramelo de frutilla, luego una frutilla entera y después una manzana, pero al llegar a la manzana empecé a sentir en la boca el gusto de una cereza, tal como ocurrió esta mañana cuando Mamy ató las trenzas de Nin: entonces pensé con todas mis fuerzas en la manzana, pero no, las imágenes que se formaron en mis pensamientos fueron las de pequeñas, rojas, brillantes y deliciosas cerezas pendiendo como caireles de sus delgados cabos y provocando en mí un apetito súbito: fue entonces cuando empecé a confundir la descripción, y Ramón y Néstor y Juani fallaron en mi contra, y el íallo del jurado es inapelable siempre, por lo que debí desprenderme de la caja de fórforos vacía que tiene el dibujo de un pájaro.

Pero no ha sido eso lo más importante de todo lo ocurrido hoy: es más, ahora pienso que no tiene ninguna importancia, y pienso también que tal vez nunca —pero nunca nunca— volvamos a jugar el juego de las memorias.

Pasado el mediodía nos reunimos en la sala grande alrededor de Mamy, tal como es nuestra costumbre antes del descanso de la tarde. Mamy siempre nos cuenta un cuento, recita un poema y entona alguna bella y lejana melodía. Esta especie de ritual es parte de nuestro vivir de las memorias, porque como dice Mamy, las memorias no deben apagarse, y la única forma de alimentar su fuego es mantener encendidos nuestros propios, íntimos rescoldos. Esta vez Mamy volvió a repetir una historia que ya conocíamos, dramatica y graciosa a la vez: la historia que habla de un hombre y una mujer y una serpiente y una manzana, y de cómo el hombre y la mujer y la serpiente y la manzana enredaron las cosas de tal modo que debieron abandonar el bellísimo lugar donde vivían en paz y sin problemas para deambular, tristes y desamparados, por los espacios del destierro.

—¿Como nosotros, Mamy? —preguntó Nin, que siempre pregunta porque es muy curiosa.

—Tal vez… —respondió Mamy con un gesto triste que desanimó las intenciones de Nin de seguir haciendo preguntas.

Entonces Mamy recitó un poema, y lo hizo como lo hace siempre, modulando muy cuidadosamente la voz, pronunciando despacio cada palabra para que nos quede prendida en la memoria.

…Vimos, y vino a encontrarnos
una rebelión triste y oscura,
un aire fantasmal de vino heroico,
un lagrimal de hierro fundido,
un arco iris vertical,
y todo eso era imposible y era cierto
y nos confundió y nos congeló de mal
porque detrás había huesos como trozos de cristal
y párpados que ya no se abrirían.
Sin embargo hay geranios en nuestra memoria
y aún soñamos que vivimos…

Despues Mamy empezó a cantar una música extraña y hermosa, una música que parecía brotar de cascadas transparentes, de prados suaves y lejanos, de colinas azules y mares tranquilos: una música enhebrada en sílabas que ascendían y descendían para volver a ascender deshaciéndose en tonos ya de cristal, ya de algodon, y al compás de la melodía que Mamy deslizaba por nuestros sentidos, viví una primavera perfumada por miles de hierbas y miles de flores distintas y hermosas, viví un verano soñoliento deslizándose por valles y alturas y arroyos que corrían en el seno de complacientes hondonadas: viví también el redoblar de los tamboriles de cobre de un otoño feliz que hacía cosquillas en mi frente con la alabeada caída de las hojas secas y pintaba mis ojos con todos los matices de su crisol de hierro: y luego (¡ah, luego!) viví el invierno con su soplo gélido arreando las briznas mustias y apagando temprano su lámpara solar: y en las cuatro estaciones percibí los cantos de la gente y las risas de los niños y las voces de los animales y el batir de alas y de élitros, y todo me pareció lejano y cerca a la vez y me transportó hacia extrañas regiones del espacio donde mi espíritu alcanzaba una paz largamente esperada y una eternidad sempiternamente prometida: y creí haber pasado años recorriendo las estaciones pero apenas habían sido unos minutos los que Mamy enajenara con su voz, y me costó regresar.

—Vivaldi —susurró en mi oído el aliento translúcido de Ana.

Y la miré y vi que sus ojos de ángel bueno estaban llenos de lágrimas, y no me avergoncé entonces de enjugar los míos a la vista de todos.

Después nosotros, continuando el ritual de cada día, nos fuimos al lugar escogido para las meditaciones de la tarde, destinadas a recoger nuestras memorias. Aún influido por la música, recordé el trote alegre de un caballo blanco, y su blancura me hizo recordar la corola nívea de una dama de la noche, y la flor llevó mi recuerdo a la blanda, inconsistente levedad de la nieve.

Fue entonces cuando los vi. A Roberto y a Tini, que tomaban sus abrigos —tan raídos— y sus guantes y pasamontañas, y se escabullían hacia la puerta principal, la que está al lado de la ventana que tiene un solo vidrio. LLegaron a la puerta y trabajaron en ella hasta haber desembarazado de la clausura a ese pasaje prohibido. Luego salieron. Yo los miraba paralizado por el terror y envuelto por una vorágine de admiracion y envidia, porque desde hace años nadie ha salido de aqui por esa puerta ni por ninguna de las otras que hay en la casa, todas selladas con largos maderos clavados en forma de cruz. Roberto y Tini abrieron la puerta y caminaron unos pasos lentamente por entre los vahos de niebla, y en cuanto ellos salieron por el hueco entró algo invisible que castigó al instante mis mejillas: algo que no podía ver pero que se abría camino sin que nada lo detuviera, habitacion por habitación, golpeando con látigos de hielo los cuerpos adormilados de Mamy, Nin, Ramón y de todos aquellos que estábamos en la casa, que empezábarnos a recordar qué era aquello.

—¡Es el viento! —gritó Ramón— ¡Es el viento!

"Vivir de las memorias", por FiPsi

Era, sí, el viento, y la vieja y nueva sensación del aire circulando en ráfagas veloces hizo que nos pusiéramos a gritar, sin saber por que lo hacíamos. Mamy nos tomó a Nin y a mí entre sus brazos y se quedó muy callada y quieta, mirando hacia la puerta por donde también

entraba, ahora, la niebla, esa misma niebla que día a día iba enfermando el cristal único de la ventana.

El viento corrió por todos los espacios, y cuando se cansó de correr volvió a pasar delante de nosotros y salió, dejando tras de sí unos harapos cansados, unos pálidos muñecos color de ceniza y ojos sin luz que me hicieron temblar hasta que tuve conciencia de que esas pálidas marionetas cansadas éramos nosotros, nosotros mismos.

Roberto y Tini regresaron envueltos en una pátina opaca y gris. Cerraron la puerta, pero todos comprendimos que ya era demasiado tarde. Creí que Mamy les iba a imponer un castigo (como líder, ella administra la justicia) pero se quedó en silencio, como si no tuviera fuerzas o como si pensara que ya nada valía la pena. Sólo nos mantenía abrazados a Nin y a mí y nos acariciaba con mucho amor y mucha tristeza.

Roberto sacó de entre los colgajos de su gabán un papel enrollado: era la lámina, la preciosa lámina de colores que todos —todos— mirábamos cada dia por la ventana del único, solitario ojo de vidrio. La alzó sobre su cabeza y dijo: “¡Aquí está!”, orgulloso de lo que habia hecho. Nos fuimos acercando. Los que estaban más lejos alzaron sus miradas hacia la lámina para poder atrapar los soles fulgurantes del dibujo. Lo más extraño de todo lo que estaba ocurriendo era que nadie preguntaba qué habían visto Roberto y Tini allá afuera, en el país de las memorias. En ese momento pensé que no hacían preguntas porque estaban distraídos mirando la lámina. Ahora tengo la certeza —la triste certeza— de que los mayores soslayaban las preguntas porque ya sabían las respuestas.

La lámina fue pasando de mano en mano, de mirada en mirada. Cuando la tuve ante mis ojos, pude ver de cerca los soles brillando entre nubes bermejas, y las nubes bermejas flotando en círculos concéntricos sobre los soles brillantes, y vi y recordé y cada ojo que miraba era el mismo recuerdo que volvía, volvía como un viento seco y caliente, como un hongo procaz, como un venablo, como mil venablos al rojo vivo impelidos por mil bocas de íuego, como un aliento pesado y maloliente que nos empujaba a cerrar las puertas de la casa, a clausurarlas con pesados maderos fijados en forma de cruz, a enclaustrarnos tras las puertas para empezar a vivir de las memorias, a aprender a vivir de las memorias.

Era, sí, el mismo último recuerdo el que nos despertaba del sueño soñado tantos dias, tantas noches una u otra vez, que nos despertaba de

pronto y para siempre y entonces también yo supe que ya era demasiado tarde, que el tiempo se habia cumplido para nosotros.

Mamy desató las trenzas de Nin y dejó que el pelo le cayera por la espalda. Puso en mis manos los hilos color cereza y besó mis mejillas un momento antes —justo un momento antes— de que Nin y yo y todos empezáramos a crecer de golpe esos cien años detenidos, y nos fuéramos desvaneciendo en hilachas como viejos muñecos apolillados hasta fundirnos en la vacuidad de la niebla.

BITS

Axxón

BITS, o “mordisquitos”, es una sección dedicada, en principio, la informática… Aunque… no necesariamente.

Esta pequeña joya de lo que podríamos llamar “nota-ficcion” fue puesta en un BBS por un amigo de Axxón, Rodolfo Bordenave, quien la obtuvo no sabemos de donde (¿EEUU?) y a quien le agradecemos la diversión que nos ha dado su lectura.

Prueba de laboratorio hecha por BIT de la Kuai-Chang KC-85

Junio de 1993

La máquina analizada viene equipada en su configuración estándar con un CPU AMD 80586-85 MHz con 1MB de cache de 10ns de tiempo de acceso, 64Hb de RAM de 40 ns (expandible a 256Mb usando los nuevos SIMMs de 16Mb), zócalo para un coprocesador Weitek 2280, ocho slots EISA, un disco rígido de 2.4 gigabytes y diketteras de 2.88MB y 128MB. La placa base AMI incluye un port Ethernet de 50-megabits, que se puede deshabilitar por medio de un DIP switch si uno quiere instalar en su lugar un adaptador de red de alta performance.

La computadora KC-85 trae el DOS IBM 6.0 pre-instalado en el disco rígido. Conocido originalmente como OS/2 2.4, el DOS IBM 6.0 fue anunciado al final del año pasado, y aparece como la palabra final en la batalla entre IBM y Microsoft por imponer sus respectivos sistemas operativos. Aunque el DOS IBM 6.0 ocupa bastante más espacio en el disco rígido que el WinDOS 1.02 de Hicrosolt, el DOS 6.0 ocupa solo

2MB de RAM mientras que el WinDOS ocupa 6MB. Se puede ver un análisis completo de estos dos sistemas operativos en el numero de Diciembre de 1992 de BYTE. El hecho de que el DOS venga preinstalado le da más puntos, para nosotros, a este equipo, ya que a pocos usuarios le agrada perder dos horas instalando los 36 diskettes.

Nuestras pruebas de softuare incluyeron AutoCAD 15/586, Borland Turbo dBase 4.1, Word Perfect S.2, PC Tools 37.3, Norton Utilities 8.0, Microsoft SmallTalk 2.4 y nuestras rutinas de prueba BIXmark. La KC-85 se comportó adecuadamente a 112 VAX MIPS. La perfomance del disco rígido fue satisfactoria. El tiempo de acceso de 9ms del Seagate 92900 es relativamente pobre, pero la interface SCSI-3 y el controlador de cache Future Domain (“dominio futuro”) ayudan a mejorar su performance. El cache de 16Mb del controlador de DOS y su velocidad de translerencia de 40 megabit/s aprovecha al máximo la performance del drive, pero el rendimiento del sistema podría beneficiarse con uno de los nuevos drives Conner 3000S3. El Conner usa conjuntos de 4 cabezas y 4 mecanismos de servo en lugar de uno como en el Seagate, y además un mecanismo de posicionamiento de servo con realimentacion láser, registrado por Conner. Es le permite a Conner poner 2.4 gigabytes en un moderno drive de 2.5 pulgadas en lugar del viejo sistema Seagate de 3.5, sin mencionar su tiempo de acceso de .5ms, más razonable. El representante de Kuai-Chang dice que el Conner es opcional en work stations o en servers, pero que el Seagate es satisfactorio para computadoras hogareñas.

El video es manejado por una tarjeta de video ATI TIGA Plus. La máquina que probamos traía una tarjeta con 8MB de RAM, y el procesador TI 34040 de 75MHz. Se proveen drivers para un modo natural de 2048x2048 en IBM DOS 6.0, Presentation Manager y WinDOS 1.01, Word Perfect y WordStar 3.31. En el momento de las pruebas ATI no disponía aún de un driver para el WinDOS 1.02, pero el driver del 1.01 trabajo en forma satisfactoria en 1664x1224. El monitor NEC Multisync 20D provisto con la máquina trabajó bien en el modo de 2048x2048. Desafortunadanmente, la combinacion no maneja bien el salto de TIGA Plus al modo VGA. Las pantallas VGA aparecen con un raro aspecto estirado. ATI dijo que el problema era el monitor NEC, pero prometió arreglarlo con un driver mejorado. Dado que las pantallas VGA se veían bien en las ventanas del Presentation Manager, no tuvimos inconvenientes mayores.

Pueden ver los resultados de nuestro medidor de velocidad BIXnark en la página 492. La KC-85 de Kuai-Chang es una máquina aceptable para el hogar o trabajos de oficina livianos, pero no tiene la potencia necesaria para realizar trabajos serios de computación. Si usted puede seguir viviendo sin lo “último” y lo “más grande”, la KC-85 ofrece una buena elección por sólo U$S 1995.

Traducido por Axxón, 1991

Inocencia

Joanna Russ

Debo de ser el último que queda en el mundo, porque nadie más entiende. Siegfried, por ejemplo… Bueno, su nombre sonaba más o menos así. Desde la cuna no había aprendido otra cosa que los hechos fríos y estaba muy orgulloso de ello. Era un hombre rubio y corpulento, que nos transportaba de un lado a otro entre las estrellas. Yo no era más que un pasajero, y negro como la noche, pero él era muy educado y nunca dijo nada al respecto. Me llevó al cuarto de máquinas y me mostró el panel de instrumentos que relucía contra el gris de las paredes, y los grandes catálogos y las portillas por donde podían observarse las estrellas. Me dijo que yo era un verdadero inocente y que no se me debía dejar salir solo a ninguna parte. Eso no es justo; es sólo que esas cosas ya no me interesan, nada más.

—¿Qué es lo que sabes? —me dijo, y cuando le respondí que conocía algunas historias, se rió. Se rió a carcajadas, echando la cabeza hacía atrás, de modo que la luz se le reflejaba en el pelo. Bajé la cabeza y me reí con modestia.

—¿En serio? —me dijo—. Entonces debes contármelas algún día.

De modo que le conté sobre la maravillosa ciudad blanca cuyo nombre había olvidado. Tenía suaves colinas cubiertas de hierba alrededor de fuentes de mármol cuyos chorros de agua brillaban, resplandecían como el cristal contra el cielo. La gente iba a las colinas todos los años en largas procesiones de color rojo y oro para guiar a las golondrinas hacia la ciudad.

Era una historia para divertirse, pero él me escuchó atentamente y luego me dijo:

—¿Lo leíste en algún libro?

Negué con la cabeza.

—Entonces debes haber estado allí.

—No, por supuesto que no —le dije.

Volvió una y otra vez para oír más cosas. Entonces me dijo:

—Debe estar en el pasado. Nunca he visto un lugar como ése, y he recorrido toda la galaxia, lo sabes. No debe estar más que unos pocos miles de años en el pasado.

—Todavía existe —dije—, pero es muy vieja. Tiene diez mil millones de años de antigüedad. Lo sé muy bien.

—Es imposible —me contestó con brusquedad, pero no quiso explicarme el porqué. Dijo que era muy probable que no pudiese entenderlo. Esa fue la segunda vez. La tercera vez, vino con una idea nueva.

—Seguro que debes de haberte olvidado donde está —me dijo con firmeza—. No tienes cabeza para los hechos. Por favor, trata de hacer memoria.

Pero, por supuesto, yo no podía, y tuvo que contentarse con todas las cosas que le contaba sobre la ciudad y sus maravillas, excepto el nombre y el lugar donde quedaba.

—Debe estar oculta en alguna parte —masculló furioso, pateando el fuego artificial—. En algún lugar muy poco visitado, fuera de las rutas comerciales… obviamente primitivo. Deberías recordarlo.

Era sólo un juego. Le dije que allí tenían fuegos verdaderos, llamas doradas que utilizaban para embellecer los hogares, para lucir transparentes contra las piedras oscuras. Se molestó muchísimo; caminó de un lado al otro la habitación llamándome imbécil, ¿es que no tenía cabeza para recordar los hechos? Bueno, pobre, él no podía pensar de otra manera.

Entonces, giraba con violencia hacia mí y me disparaba preguntas sobre estadísticas, y población, y todas esas cosas.

—¿Y en qué trabajaban? —me preguntó.

—Bueno, en nada —le respondí —, nada, por supuesto, excepto orfebrería en oro y gemas, magia, y cosas así. —Sólo quería entretenerlo un rato.

—Quiero ir allí —exclamó—. Debes haber visto fotografías de esa ciudad. Nunca he estado en un lugar así. Me gustaría visitarlo.

Muy pronto me acusó. —Sabes dónde está —me gritó—, y lo estás ocultando. Debes de creer que yo llevaría a otras personas y lo arruinaría todo, pero no lo haré; no soy tan tonto. Tienes que decirme dónde está. No puedo descansar hasta haberla visitado. Podría comprar una nave (una

pequeña; no son tan caras como parece) e irme hasta allí. Podría hacerlo. Suena tan diferente de todos los otros lugares… Sabes, me gustaría pasar allí el resto de mi vida. No se porqué, pero creo que podría quedarme allí para siempre.

—¡Oh, vamos! —le dije. Él, avergonzado, tenía los ojos clavados en el cielorraso.

—¿Sabes? —me dijo con voz soñadora—. Creo que podría morir allí. Así es como me siento. Esto es lo que has conseguido.

—No está en ninguna parte —le dije—. La saqué de mi cabeza, la inventé, pedacito por pedacito. Ni siquiera existe.

—Te has olvidado —me respondió—, porque eres un imbécil; pero voy a conseguirme una nave y viajaré de un lado a otro de la galaxia hasta encontrarla. No soy tan imbécil como tú. Voy a encontrarla. —Y salió con pasos firmes de la habitación.

Y así lo hizo. El estúpido héroe está ahora allí, entre Antares y Deneb, o en alguna otra parte; nadie parece tener un una pizca de sentido común en estos tiempos. Debo ser el último que queda, porque nadie más entiende, excepto yo.

¡Inocentes! El universo está lleno de ellos.

Traducido por Norma Dangla, 1991.
(retranscripto por Laura Nuñez en 2012 para la versión móvil)

El Bufón, el Gato y el Canario

Carlos Ferro

Pueden llamarme Starfire,
La Estrella de Fuego,
Porque como nova resplandeciente
Apareceré en vuestros sueños.

Soy el Bufón del Destino,
Soy un ladrón y un asesino,
Soy el mago y el mendigo,
Soy la montaña y soy el camino.
Pueden llamarme vida, pueden llamarme muerte.
Pueden llamarme azar y también pueden llamarme suerte.

Tengo nombres, tengo rostros,
Pero es sólo para confundir.
Los que saben buscan dónde no estoy,
Porque pueden encontrarme allí.

Soy la burla del Universo,
Una carcajada en la Creación,
Soy la riña y sou el verso,
Sou la nïusica u la cancion.
Pueden llamarme risa, pueden llamarme llanto,
Pueden llamarme amor u también pueden llamarme canto.

Ese soy yo, Starfire. Me gusta ese nombre, y también el poema. Algunos versos son muy adecuados, otros son poéticos pero nada tienen que ver conmigo, otros… no sé. La poesía la compuso alguien hace mucho tiempo, para mí. Intenta ser un retrato, pero nadie puede retratarme. Mis nombres y rostros no ayudan, porque los puedo cambiar.

Pero hay algo más, una definición precisa de mí: soy el Bufón. Siempre juego bromas, es raro que hable en serio, y si lo hago, será en momentos en que sepa que no se nota la diferencia. Por eso, desde ahora les advierto que no me crean una palabra. Toda esta historia no es más que otra de mis bromas.

Tengo juegos muy complicados, y otros que son simples pero parecen complicados. Tengo juegos agradables para mí, agradables para los que los juegan o desagradables para todos. En general, cuando las piezas son seres conscientes, los juegos no divierten a los participantes, ¿o me equivoco?

Y en uno de esos juegos, reuní al Gato y al Canario. Fue un buen Juego…

El Gato y el Canario no son lo que ustedes están pensando, aunque tampoco están tan errados. Yo voy a llamarlos así, porque sus nombres son extraños para ustedes, y estos los identifican bien.

Empecemos por el Gato, ya que el fue el primero en despertar. No es un gato doméstico, ni un gato salvaje, ni ningun tipo de gato al que estén acostumbrados. Es un ser bípedo, inteligente, humanoide. En realidad, es una mutación producida en base al ser humano, para tornarlo más apto para el planeta en que reside. Es un planeta muy inhóspito, y la forma humana —digamos, terrícola— no le serviría de mucho allí. En su forma actual, sus reílejos son más rápidos, es un excelente cazador, tiene músculos más fuertes, un olfato más agudo, mejor equilibrio y garras retráctiles. Su aspecto, su cara, lo asemejan realmente a un gato.

Despertó, se desperezó, y lo primero que vio fue al Canario. El Canario, definitivamente, no es una mutación. Es un bípedo, pero ahí termina la semejanza. Es de una raza muy distinta. Si no me creen, vean su suave plumaje, su pico, sus hermosas alas, sus ojos a los costados de la cabeza, lo liviano de su esqueleto. El Canario, como todos los de su raza, fue hecho para volar. Es hermosa (olvidé mencionar que es hembra) a su modo. Despertó, y lo primero que vio fue al Gato.

¡Que momento! El encuentro de dos razas que jamás se habían encontrado antes. Los dos provenían de planetas distintos y alejados, y solo los unía el Juego.

El segundo del encuentro Fue así: tres decimas de sorpresa, tres decimas de miedo, dos de interrogacion y perplejidad, y dos de preparación

para una defensa. Luego, aparecí, y comenzó el Juego.

En realidad, no aparecí, sino que proyecté una imagen tridimensional cerca de ellos. Elegí una de mis favoritas: una silueta humana muy delgada, bastante alta, con ropa de colores variados, una máscara en el lugar del rostro y un gorro con cascabeles. En otras palabras, el arquetipo del bufón.

—¡Bienvenidos, jugadores del Gran Juego! Son ustedes la pareja número 3675 en participar. Hasta ahora nadie ganó, de modo que pueden llevarse el premio.

Adoro la expresión de sorpresa que siempre tienen los participantes a esta altura del Juego. Es uno de los mejores momentos. Aún así, se veía que estos eran buenos. Algunas parejas intentaron atacarme antes, pero ellos no lo hicieron, ya que sabían que yo no estaba realmente allí. Otras parejas dispararon preguntas sin ton ni son. Ellos no. Simplemente esperaron mis siguientes palabras.

Los hice esperar, intentando que se pusieran nerviosos. Permanecí en silencio e inmóvil los siguientes veinte minutos, mientras examinaban el Recinto, que es mi campo de juegos, el lugar donde mis poderes no tienen prácticamente restricción alguna. Aunque no es exactamente un lugar. Podría decirse que está fuera del tiempo y del espacio, ya que eso suena muy bien, pero sería falso. No está ni fuera ni dentro de nada, porque no está. El Recinto es sólo mi estado de ánimo. Es hospitalario o agresivo, hermoso, agreste, seco o frío, colorido o brumoso, melancólico o escarpado, o varias de esas cosas a la vez, según yo lo desee.

Por eso lo cambié varias veces mientras lo examinaban. Finalmente el Canario se dio por vencido, y habló. ¡Que hermosa voz! Aún puedo oírla, diciendo como aquella vez:

—Está bien. Hablaré si así lo quieres. ¿Quién eres, y cuál es ese Juego?

—Jamás la francalingua ha sonado tan bien, belleza —respondí—. He encantaría responder a tus preguntas, pero solo puedo decirles un par de cosas. Gato, no te comas al Canario. Canario, no huyas del Gato. Solo juntos saldrán de esto. Al fin y al cabo, si el Gato y el Canario corren en círculos, ¿cómo se sabe quién va adelante?

—Por favor, imagen, deja los acertijos para otra ocasion —interrumpió el Gato con impaciencia—. Dime qué es el Juego, y por qué

debo participar. Yo estaba tranquilo en mi llanura, cazando. Ahora estoy aquí, no sé cómo ni por qué y no me gusta. ¡Habla!

Tuve que poner una expresion de paciencia y aburrimiento. Eso es difíci1 en la figura del bufón, pero tengo práctica.

—Gato, estás cometiendo varios errores. En esta etapa del Juego no es grave, pero vas a tener que mejorar mucho aún.

“Error 1: estás intentando darme órdenes. Muy pronto aprenderás que, si hay alguien aquí que manda, soy yo.

»Error 2: estás esperando que te dé respuestas, cuando yo soy el que hace las preguntas.

»Error 3: estás hablando solo por ti y de ti. Olvida todo tu estúpido individualismo, animal arrogante. No irás a ningún lado si no te ayuda el Canario.»

—¿Debo colaborar con esa bestia carnívora e insensible? —fue la pregunta del Canario.

—¿Debo ayudar a ese debil pajarraco, comedor de gusanos? —fue la pregunta del Gato.

—Me encanta ver que se entienden desde el primer momento —fue mi respuesta. Luego proseguí, diciendo:

»Pero no tengo demasiado tiempo para perder, así que voy a exponerles las reglas. Presten atención, porque sólo lo diré una vez:

»Hay tres llaves, que abren una puerta. Detrás de esa puerta estoy yo, realmente, no otra imagen. Simplemente, encuentren las llaves, abran la puerta y mírenme. Si me ven, ganan. En el medio, todo vale, tanto para ustedes como para mí.

»Ustedes tienen unas cuantas ventajas: me superan en número, no habrá ningún obstáculo que no puedan, de alguna manera, superar: no tendrán problemas con la comida o la bebida, les he dado la francalingua para que puedan comunicarse sin dificultad… Para compensar todo eso, lo único que yo tengo a favor es que domino completamente el ambiente en el que se van a mover. Es algo casi insignificante, si se lo mira bien…

—¿Cómo podremos encontrar las llaves? —protestó el Canario, agitando inquieta sus alas—. Este lugar parece inmenso…

—Yo quiero saber antes qué te hace pensar que jugaremos —gruñó el Gato. Lo ignoré, y le respondí al Canario, con suavidad:

—¡Qué distraído estoy! Casi lo olvido, encanto. Sólo tienen que seguir las flechas.

Tras esta indicación, desaparecí, o mejor dicho, suspendí la imagen.

"Gato", por Gilles Rimbault

—¿Qué habrá querido decir con eso? —se preguntó el ave.

—¡Miiaaourr!

Podríamos decir que esa fue la respuesta del Gato. En realidad, fue el maullido que emitió mientras se tiraba al suelo, esquivando por poco la flecha que hice volar hacia el Oeste, para indicarles la dirección. No se preocupen, yo sabía que la esquivaría de todos modos: sus reflejos son maravillosos.

El Canario rió entonces, con una risa cantarina, apreciando mi sentido del humor, lo cual me agradó. Siempre me gusta que los participantes aprecien mis esfuerzos. Luego, el Canario comenzó a volar en esa dirección, despacio, esperando que su compañero la siguiera. El Gato, sumamente disgustado por mis respuestas, por la flecha que lo había rozado y por la situación en general, dudó un instante. Pero un rápido cálculo le indicó que sus posibilidades eran pocas, y estando solo, menos aún.

—Están todos locos. Y yo también debo estarlo. Pero ahora el juego empezó, como dijo ese energúmeno. Parece que la única alternativa es ganarlo lo antes posible. Espero que el premio incluya volver a casa.

Y corrió por la llanura, en pos del Canario. Se desplazaba a buena velocidad, y pronto la alcanzó. Me encantó verlos moverse: la gracia de sus movimientos, su economía, su fuerza… Soy muy sensible a esas cosas. Casi siempre los participantes me agradan, y esa es una ventaja que no les aclaré. Ellos tienen un objetivo bien definido, una meta concreta. Mientras que yo, por un lado deseo que ganen, deseo ayudarles, y por el otro tengo la cruel obligación de dificultarles la tarea todo lo que pueda. En fin, las cosas son así y la única verdad es la realidad.

Los dejé atravesar así unos diez kilómetros de llanura rocosa, y luego transformé lentamente su entorno en un apacible bosque. En la

foresta, ambos parecían más cómodos. Tal vez el lugar fuera más parecido a sus lugares de origen, tal vez el susurro del viento entre los árboles tenía un efecto sedante natural. En fin, se relajaron un poco. Eso era lo que yo esperaba para la primera prueba: el Adversario Perfecto (AP, en adelante).

Se trata de un organismo cibernético creado por mí, al que ninguna criatura puede vencer individualmente. Basado en mis amplios archivos sobre comportamientos, estrategias y tácticas de combate de miles de razas desde los gaudenos de Aldebarán, extinguidos hace ya eones, hasta los mejores productos de los tanques de incubación de los denebianos, pasando por la gran gama de combatientes humanos, y su larga derivación en los mutantes (raza combativa e ingeniosa si las hay, la humana), el AP es la encarnación de toda esta sabiduría, esta ciencia de la guerra. Por supuesto, todo colocado en un cuerpo que le permite cambiar de forma, para poder utilizar cualquiera de esas técnicas con el cuerpo que le dio origen. Añádase una absoluta insensibilidad al dolor y un cerebro proteico—coloidal de altísima velocidad, y tendrán ustedes algo muy difícil de derrotar. Por si no se nota, estoy muy orgulloso de él.

La única forma de vencerlo es cortar el suministro de energía a ese cerebro. Para ello, coloqué un suitch externo en su… bueno, generalmente es su espalda. Después del tercer o cuarto cambio de forma, ¿quién sabe? Tiene instrucciones muy precisas de defender ese suitch, esa es una de las premisas base de su programa. La otra, incluida con gran dolor de mi alma, pero necesaria también para que me sirva de algo, es que no pueda combatir a dos oponentes a la vez. Entiendan bien esto: si combate contra una sola criatura, de la especie que sea, la vencerá y matará. Puede tardar más o menos tiempo, pero el resultado es indudable. Mientras que, si sus oponentes son dos o más, es sencillo que uno lo distraiga mientras el otro lo desconecta.

Bueno, el caso es que coloqué al AP bien visible, en el camino de la pareja. Parecía un extraño monumento a algo, incongruente en su forma piramidal primaria, en el medio del bosque. Para confirmar a nuestros amigos que su camino pasaba por allí y no por otro lado, hice que una flecha se estrellara contra su cuerpo metálico. El Gato, de todas formas, amagó doblar, pero el Canario le advirtió:

—Ten cuidado. Yo en tu lugar no me apartaría del camino trazado por el Bufón con sus flechas. Tal vez así perderíamos la oportunidad de

encontrar una de las llaves.

—Claro, es fácil decirlo para ti, que puedes volar sobre esa cosa. Yo tendré que escalarla, y parece totalmente lisa.

Ninguno de los dos se habla percatado de la naturaleza del robot. Pero pronto salieron de su error, ya que cualquier cosa viva que se acerque a menos de quince metros de él activa su programa. Cambió de forma inmediatamente. Ahora, un desafiante guerrero cerionense se erguía frente a ellos, una especie de ogro gigante, de tres metros de altura y armado con un simple garrote.

Él Gato, sin perder ni un instante, clasificó la aparición como un enemigo y le lanzó una de las muchas estrellas que llevaba consigo. Olvidé mencionarlo antes, pero esa es su arma favorita: proyectiles metálicos en forma de estrella, de agudas puntas, de tamaños diversos, que arroja con gran habilidad y puntería. Pero no sirven de nada contra el AP, que simplemente ignoró el proyectil, sabiendo que no podía hacerle daño.

—¡Malditas inteligencias artificiales! —exclamó el Gato.

—¿Vas a combatir contra eso?

—No parece haber alternativa. ¿O crees que me deje pasar si le pido permiso? Esta, a todas luces, es otra broma de nuestro buen amigo el Bufón. Entre paréntesis, es un roboticista realmente notable. He visto robots de combate en mi planeta, y también en otros mundos, pero nada como esto. En fin, aquí voy. Mantente apartada, puedes lastimarte.

—¿No quieres que te ayude?

El Gato, asombrado por el ofrecimiento, no sabía si sentirse agradecido u ofendido. Optó por no sentirse nada, y rechazó la ayuda con burlona cortesía. Luego se acercó lentamente al robot. Era impresionante: su cuerpo elástico preparado para la acción, sus músculos tensos, sus garras extendidas en una clásica postura de lucha de su raza. Siguió acercándose, hasta que el AP intentó golpearlo con su maza. En ese momento saltó contra él, intentando que perdiera el equilibrio, pero no pudo sorprender al robot, que lo apartó con un golpe que no fue precisamente suave. El Gato rodó varios metros por el suelo, y el Canario volvió a preguntarle:

—¿Estás seguro de no querer que te ayude?

—No, gracias. Déjame hacerlo a mi modo.

Volvió a acercarse al AP, esta vez con una postura distinta. Intentó desconcertarlo con movimientos variados de sus manos y piernas, y arrojándole más estrellas. Pero, de nuevo, todo lo que obtuvo fue un golpe. Esta vez, mientras se incorporaba, el Canario voló por encima del robot. En seguida vio el suitch maestro, y le indicó el detalle al Gato.

—Bueno, tal vez sea realmente lo que lo desconecta. O puede ser otro truco. Creo que vale la pena intentarlo.

Esta vez intentó llegar a la espalda del AP, pero éste no se lo permitía. Con sus largos brazos lo mantenía a distancia, y giraba de forma de no exponer su espalda. No importaba lo rápido que se moviera el Gato para sorprenderlo, su velocidad no podía compararse con la de mi creación, y no pudo ni siquiera ver el suitch.

—¿Quieres que lo intentemos juntos? —preguntó el Canario, al ver el pobre resultado de los esfuerzos de su compañero.

—¡No! —respondió él, visiblemente molesto.

En un último esfuerzo, intentó saltar por encima del AP, con lo cual sólo logró que lo apresara entre sus fuertes brazos. De nada le sirvió arañar su superficie ni revolverse: el Adversario comenzó a oprimir para terminar con é1. Viendo esto, el Canario a no preguntó más nada. No dudó ni un instante, y arriesgando el todo por el todo, llegó junto al robot. Sin pérdida de tiempo bajó el interruptor. Y así el AP quedó desconectado y de nuevo inmóvil. Con dificultad, el Gato se zafó entonces de su abrazo.

—Bien, sigamos adelante —dijo el Canario, absteniéndose de hacer cualquier otro comentario.

Creí que toda la escena bien valía otra aparición, especialmente porque el triunfo sobre el AP los hacía obtener la primera llave. Así que una vez más corporicé al Bufón cerca de ellos.

—¿Qué tal, amigos? Bonito día, ¿no es cierto? —dije, mientras jugaba con la llave, lanzándola al aíre y volviéndola a atajar. Miré al AP con fingido asombro, silbé y dije:

—¡Vaya, pero que cosa más fea! Y peligrosa además. No es bueno dejar estas cosas tiradas así en el medio del bosque. Alguien podría lastimarse, ¿saben?

Con estas palabras y un ademán, lo hice desaparecer, llevándolo de nuevo al almacén en donde lo guardo.

—Pero se los ve algo agitados. ¿Han tenido algún problema? Especialmente tú, Gato. Se te ve pálido… En fin, antes de que me olvide, han pasado la primera prueba, y aquí está su premio. Es la primera de las tres llaves, la Llave triangular. Tómenla.

El Gato se adelantó y la tomó. La examinó atentamente, y la guardó. Mientras hacía esto, aproveché para sermonearlo otro poco.

—¿Lo ves, necio? Te dije que no lograrías nada sin el Canario. Y esto casi te cuesta la vida. Recuerda que no es la fuerza lo que importa, al menos no lo único que importa, porque a veces basta la fuerza de un pájaro para desequilibrar la balanza. Que te sirva de lección.

Mi voz aún sonaba, pero ya me habla ido. A un kilómetro de ahí preparé una mesa con comida y bebida, calculando que para esta altura ya debían necesitarlo.

Siempre guiados por las flechas, llegaron poco después. Ya el Canario había tomado un bocado en su mano cuando el Gato la detuvo.

—¡Espera! ¿Y si está envenenado?

—No lo creo, no es el estilo del Bufón. Me arriesgaré —y engulló rápidamente el bocado. Luego, su rostro cambió de expresión. Tembló un par de veces, y cayó al piso. El Gato se agachó a su lado, muy alarmado, intentando hallar su pulso. El Canario le tiró con suavidad de los bigotes, y volvió a reírse.

—¡Tranquilo! Estoy bien, fue sólo una broma. ¿O es que acaso el Bulón tiene la exclusividad de las bromas aquí?

La expresión del Gato fue digna de ser cantada en un poema pero pronto rió también y comió vorazmente.

—Hace mucho que no disfrutaba tanto una comida —dijo, entre bocado y bocado—. Este bufón tiene buenos cocineros.

Cuando consideré que ya habían descansado lo suficiente, envié otra flecha como sutil indirecta de que debían continuar.

—Bien, se acabó el descanso —dijo el Gato. Parecía de buen humor, creo que es maravilloso cómo una buena comida cambia a la gente.

Poco después hice que el bosque se transformara en una selva. Estaba llena de plantas exóticas, perfumes misteriosos y exuberantes, colores vivaces, enceguecedores: el sol brillando sobre todo esto con

bastante fuerza, y mucha humedad. Un sitio asqueroso. El Gato comenzó a quejarse del calor, pero seguían adelante.

Además, esta selva tenía otros peligros distintos de aquellos a los que estaban acostumbrados a enfrentar. Otra de mis criaturas, una planta carnívora de paladar delicado, atrapó con fuertes zarcillos al Canario, con la clara intención de devorarla. Sólo la rápida intervención del Gato la salvó: con sus fuertes garras cortó las ramas y raíces de la planta, reduciéndola pronto a una masa verdosa, inerte y maloliente.

—Te debo una —dijo el Canario, mirándolo con nuevos ojos.

—No lo consideres así, por favor —dijo el Gato. Luego sonrió—. No es un asunto de deber dar o recibir. Es necesario. Como dijo ese payaso, solo juntos saldremos de este lugar infernal.

A veces me sorprenden los participantes. No esperaba esto de él, pero me alegró mucho.

Los hice caminar un buen rato por la selva, y luego comencé la segunda prueba: el Laberinto y la Noche. Esto requiere mucha concentración de mi parte, ya que tengo que armar un laberinto a su alrededor. Puede parecerles fácil, pero no lo es. Cambiar los entornos en general, pasar de montaña a valle, o bosque, o selva, o desierto, no es tan difícil, ya que hay mucho margen para el error: un árbol fuera de lugar no es una catástrofe, y nadie se dará cuenta si las piedras del suelo no están exactamente en la posición que yo lo deseaba. Pero con el laberinto, el ajuste debe ser mucho más fino, las paredes deben ajustarse al suelo y al techo, el dibujo del Laberinto debe respetarse… Pero, como les dije antes, puedo hacerlo. Así pues, se formó el Laberinto a su alrededor.

Paredes sólidas y grises, indistinguibles unas de otras e imposibles de marcar con instrumento alguno, techos del mismo color, al igual que el piso. Un lugar confeccionado con el solo propósito de desorientar y confundir. Y además, con un toque personal, porque no era un laberinto del todo convencional. Las esquinas no se limitaban a los ángulos rectos, las había de cualquier angularidad. El piso no era llano, subía, bajaba, se abría a los pies de los desprevenidos, se movía. Además, para variar, estaba lleno de trampas disimuladas, como por ejemplo los haces de rayos de colores alegres pero potencia destructiva suficiente que surgían sin preaviso de las paredes, y cosas así.

En este Laberinto demostró una vez más su valía el Canario. Por increíble que parezca, anticipaba cada una de mis trampas, y descubría rápidamente la forma de eludirla o superarla. Demostrando una aguda sensibilidad además de ingenio, detectó el patrón, esquema o dibujo del Laberinto y guió a través de él al Gato, saliendo ambos sanos y salvos en el tiempo récord de dos horas, veinte minutos, treinta segundos. La marca anterior fue de más de diez horas. No podía creerlo: ni una sola vez equivocaron el camino, nunca debieron volver atrás en un callejón sin salida.

Pero así también me decepcionó en la Noche: esta criatura del sol y las nubes se derrumbó, deshecha en llanto y temblores, en cuanto cerré sobre ellos la Noche más perfecta y oscura que puedan imaginarse. Ni el más pequeño atisbo de luz se concede aquí a los participantes, excepto las habituales flechas de señalización, ahora fosforescentes. Deben avanzar por un sendero irregular, lleno de obstáculos y rodeado de todo tipo de criaturas, algunas de ellas hostiles y peligrosas. En esta parte de la prueba, el Gato fue el guía. Con infinita paciencia la calmaba y consolaba, llevándola de la mano por el sendero, apartándola de los peligros y ahuyentando o combatiendo a las fieras que los atacaban. Era conmovedor. Por supuesto, él tampoco podía ver: ni siquiera sus sensibles ojos de mutante podían captar imágenes allí donde la ausencia de luz era total, pero sabía utilizar adecuadamente sus otros sentidos, también altamente desarrollados, y no se dejaba atemorizar por un poco de oscuridad. De nuevo batieron el récord, pero más modestamente: cuatro horas diez contra cuatro treinta.

Cuando llegaron de nuevo a la luz, aparecí (sin connotaciones místicas, por favor) para darles la segunda llave. El Canario todavía tenía lágrimas en sus ojos, y el Gato estaba agitado y bañado en sudor. Le di un vaso de agua a cada uno, y les dije:

—¡Felicitaciones, muchachos! ¡Así se hace! Han superado la segunda prueba, y en tiempo récord. Deben estar orgullosos. Aquí está su premio: la Llave Cuadrada. Ahora comienza la tercera Prueba: el Viaje. Las otras pruebas tenían un principio y un fin bien demarcados, esta no. La prueba consiste en viajar desde aquí hasta mi hogar. Sí, ya sé que eso es lo que estuvieron haciendo desde que llegaron, pero ahora será distinto. En primer lugar, no más flechas indicadoras.

—Gracias a Dios —interrumpió el Gato, entre dientes.

—Sólo les diré que estoy hacia el Norte, a unos cuatro días de marcha en línea recta. Pero no podrán viajar en línea recta. Luego, las cosas han sido muy fáciles hasta ahora, aunque no lo crean. No más mesas mágicas, deberán conseguir su comida. De todos modos, la comarca es rica y no creo que eso sea muy difícil. Finalmente, la mayoría de los nativos serán hostiles, Y lo peor de todo: no contarán más con mi presencia. No volverán a verme hasta que hayan llegado a mi casa.

Desaparecí una vez más, pero no sin llegar a oír la carcajada del Gato ante mis últimas palabras. En fin, ya lo lamentaría.

El dúo comenzó a caminar entonces en dirección al Norte, sólo para entrar en la apacible Llanura del Aburrimiento. Es una amplia extensión por la cual uno puede caminar o correr durante largo rato sin que parezca que haya avanzado ni un centímetro. El paisaje es siempre el mismo, sin puntos de referencia. Después de medio día, nuestros amigos comenzaban a cansarse de caminar aparentemente sin sentido, cuando encontraron a los Lysth. Había dos familias de ellos, que habían venido a pasar un tranquilo día de campo, con sus aerodeslizadores.

—¡Excelente! —dijo el Gato—. Es justo lo que necesitábamos, un vehículo rápido para salir de aquí. Tomemos uno de estos.

—¿No crees que deberíamos pedirles permiso? —preguntó el Canario— En mi planeta, por menos de esto se encierra a la gente. Eso es robar.

—En mi planeta, se mata por menos que eso. Pero no estamos ni en tu planeta ni en el mío. Aparentemente se trata de un juego, y el Bufón dijo “todo vale”.

Con este falaz razonamiento convenció al Canario, y en silencio llagaron hasta uno de los deslizadores, y entraron en él. Al ver el gigantesco panel de instrumentos el Canario, que jamás había subido a un artefacto volador, le preguntó:

—¿Estás seguro de poder manejar esto? Se ve muy complicado. Creo que sería mejor pedirles que nos lleven.

—Oh, sí. Iremos y les diremos: Disculpe, pero mi planeta está muy lejos. Estoy participando en un juego incomprensible y tengo que llegar a un lugar al Norte de aquí, donde vive un extraño bufón. Y con eso, nos

responderán que nos llevan encantados. ¡Por favor! Sin contar con que el payaso ese dijo que los nativos serían hostiles.

"Bufón", por Gilles Rimbault

Luego empezó a examinar el instrumental y los mandos. No era tan difícil, lo esencial era una palanca para cambiar de dirección, muy similar a la que puede encontrarse en cualquier vehículo volador para humanoides. Decidió que bien podía arriesgarse, y lo puso en marcha. El deslizador despegó con un agudo zumbido. Hay que decir a favor del Gato que, pese a ser la primera vez que tripulaba un vehículo de este tipo, obtuvo un hermoso despegue vertical. Pero el zumbido alertó a los Lysth y algunos de ellos treparon al otro para perseguir a los ladrones.

—¡Nos siguen! —gritó el Canario.

—Sí. Deberíamos haber arruinado el otro artefacto, pero hubiera sido muy arriesgado. Espero que no tengan armas…

En el momento mismo en que lo dijo, un relámpago delante de su cristal de observación echó por tierra esta esperanza: sus perseguidores disponían de un arma energtica.

—¿Qué fue eso? —preguntó el Canario.

—Nos están disparando. ¿No sabes reconocer el destello de un arma cuando lo ves? —fue la irritada respuesta del Gato, que iniciaba una serie de maniobras evasivas.

—Claro que no. En mi mundo no hay de esas cosas. Pero oímos de ellas. ¿Estás intentando esquivar los disparos?

—Sí —respondió el Gato, más nervioso. El piloto del otro deslizador no era ninguna maravilla, pero estaba acercándoseles rápidamente—. Ser volatilizado no es mí idea de la diversión.

—Entonces déjame manejar esto a mí, y encuentra las armas que haya aquí.

—¿Qué? No tienes ninguna experiencia con estas máquinas, y mucho menos en maniobras evasivas.

—Pero sé volar. Mi raza volaba antes de que la tuya abandonara los árboles.

El Gato dudó un instante, y luego dos. Pero era evidente que é1 no podía librarse de su perseguidor, y había prendido a confiar en el juicio y la intuición del Canario. Le cedió el mando, y comenzó a buscar armas por toda la nave. Mientras tanto, el Canario desarrollaba un auténtico poema de vuelo. Volaba aquella máquina como si fuese una extensión de su cuerpo, volaba como un ángel. Parecía que el deslizador danzara por el cielo, y en esa danza eludía además la muerte que flotaba en cada descarga del arma de sus seguidores.

—Malas noticias: en este vehículo no hay armas —dijo el Gato—. Tal vez sea mejor aterrizar, y esperar que esos entiendan razones. En ese momento la radio crepitó, y se oyó una voz.

—Identifíquense, por favor. Están piloteado un deslizador robado. Por esa acción pueden ser legalmente abatidos en vuelo. Soy el piloto L'ghj, estoy en la nave que los persigue. Se les está acabando el combustible y les doy la orden de descender. Si lo hacen, se les perdonará la vida, porque necesitamos pilotos de calidad.

—Gracias por el elogio, pero es imposible —respondió el Canario por la radio—. Y aléjese de nosotros, o empezaremos a disparar también. No queremos hacerles daño, pero…

—Espero que se lo crean —murmuró el Gato, cruzando los dedos.

—Su nave está desarmada, piloto. Le repito que descienda ahora. —Bueno, no me dejan alternativa —dijo el Canario—. Gato, toma los controles y desciende despacio. Dame dos o tres de tus estrellas.

—¿Qué vas a hacer?

—Piloto, nos rendimos. Descendemos —dijo el Canario a la radio. Tomó las estrellas, y salió por el costado oculto de la nave. Mientras el Gato hacía que su deslizador descendiera como se lo había indicado, ella se elevó por sobre la otra nave, y luego detrás. Allí arrojó las estrellas directamente por los dos orificios que encontró, esperando que uno de ellos llegara hasta el impulsor. Por suerte para ambos, así era. Unos cuantos ruidos metálicos, y el deslizador cayó a tierra como una piedra.

—Buena suerte —dijo irónicamente el Canario, viendo los intentos del piloto por planear y aterrizar. El Gato, advirtiendo lo sucedido, volvió a elevarse y recogió al Canario.

—¡Estuviste maravillosa! Lamento que no se me haya ocurrido a mí antes.

—Bueno, a mí tampoco se me hubiera ocurrido. Pero por suerte recordé una leyenda de mi gente acerca de unos seres que vinieron de las estrellas en naves de metal, y cómo mi pueblo, conducido por un héroe al que llamamos Vygdas, los derrotó arrojando basura en sus motores… Las leyendas tienen su utilidad a veces…

—Así que hemos hecho realidad una leyenda… —dijo pensativo el Gato.

Pero poco después se les acabó el combustible, y debieron descender. Lo hicieron al borde de un río, y abandonaron el deslizador luego de registrarlo sin éxito, buscando algo que pudiera serles útil.

De nuevo, debieron recurrir al más antiguo medio de locomoción: los pies. Caminaron a buen paso hacia el Norte, hasta encontrar el Muro. Claro, yo les había dicho que no podrían seguir en línea recta hacia el Norte, pero no les había aclarado por qué. A tan solo un día de marcha de mi casa el Muro intercepta a cualquier visitante. Es una muralla invisible, lo que hace muy divertido ver cuando alguien choca con ella: de gran altura, suficiente al menos para que ni el Canario ni los deslizadores pudieran volar por encima de ella. Y muy sólida. El Gato la golpeó con toda su fuerza, sin resultado. Y si hubiera probado con una maza, una espada, un arma de explosión, un arma energética o incluso una atómica, tampoco hubiera logrado nada. El Muro no puede ser destruido por nada que yo conozca, y conozco mucho. La luz y el sonido si lo atraviesan, pero no los objetos. Así, la única forma de pasar el Muro es por alguna de sus aberturas. Hay varias, justamente para que se pueda cruzarlo, todo lo que debían hacer el Gato y el Canario era buscar una de estas aberturas, y pronto lo entendieron.

Claro, de esta forma lo que hubiera sido un día de marcha se transformó en un largo recorrido de tres días y medio, tanteando la pared para no pasar delante de la abertura sin notarla, y afrontando obstáculos y peligros diversos como para no perder la costumbre. Se turnaban para ir pegados a la pared, mientras el otro vigilaba.

—¿No terminará nunca esta pared? —se preguntaba, angustiada, el Canario luego de dos días. En esos dos días habían tenido que enfrentarse con varias docenas de Neghs, siempre en grupos de a dos o tres. Los Neghs son un pueblo realmente hostil, los guardianes de mi Muro. Siempre merodean sus proximidades, porque saben que suelo enviar por allí parejas de concursantes, que llevan consigo artículos exóticos y, en general, son buenos para comer. Los Neghs son astutos, traicioneros y sucios para la pelea: son ágiles, no muy altos, y utilizan espadas cortas y escudos de cuero. Serían de forma humanoide si no tuvieran cuatro brazos y dos apéndices extra sin articulaciones, como tentáculos. De cualquier forma, no eran rival para la fuerza y agilidad del Gato, y sus estrellas hendían con facilidad los escudos de cuero y las delicadas carnes de los Neghs.

En general, es raro que una pareja sobreviva a los ataques de estos seres durante más de un día, pero cuando esto sucede, como era el caso, se reúnen en una gigantesca partida de caza. Bueno, gigantesca para ellos: juntan un grupo de veinte o treinta cazadores, y van en pos de los invasores. Es la única vez que actúan en grupos grandes. De todas las parejas participantes, sólo dos habían sobrevivido a este ataque definitivo, una de ellas porque pudo encontrar una abertura justo antes de ser encontrada por los Neghs (ya que ellos jamás cruzan el Muro).

Ya di por perdida a la pareja cuando empezó la gran batalla. Primero los rodearon y luego, rep entinamente, se abalanzaron sobre ellos. El Gato gritó al Canario que escapara volando, mientras luchaba ferozmente, pero ella, ya sea por aturdimiento o porque no quería abandonar al Gato a su suerte, no lo hizo, y pronto fue apresada por la horda.

El Gato, por su parte, acabó con cinco de sus oponentes, pero luego lo dejó fuera de combate un certero golpe en la cabeza, propinado por un Negh que estaba a su espalda. Los salvajes lo hubieran matado allí mismo, porque estaban furiosos por las pérdidas que habían sufrido y le tenían mucho miedo: pero entonces el canario comenzó a cantar. El efecto de esto fue instantáneo, mágico, maravilloso. No lo creería si no tuviera las grabaciones (grabo cada momento de cada juego), y eso que las grabaciones son sólo un pálido reflejo, una sombra, una sugerencia del efecto real de aquello. Era algo que iba más allá de la canción en sí, más allá de la esplendente voz del Canario, más allá de las palabras. La letra era

un poema sencillo, un clásico en la tierra del ave, según averigué: es la descripción del primer vuelo, y por extensión, de cada vuelo. Habla de la alegría del volar, la visión de las tierras desde arriba, beber los vientos y cantar en y con ellos, la fuerza que impulsa a las alas, los sutiles movimientos musculares que regulan la dirección, la delicia del equilibrio y la caricia del sol, el estremecimiento que produce atravesar una nube… cosas que sólo comprende plenamente quien ha volado, y que los demás sólo podemos mirar con envidia y anhelo. Eso en cuanto a las palabras. La voz del Canario era un instrumento exquisito, armoniosa, sonora: el Canario estaba diseñado para cantar tanto como para volar. La música era también sencilla, sin alarde ni pretensiones extrañas. Pero la combinación, la entidad completa y conjunta de la Canción en si (con mayúscula), era algo que trascendía todo eso, algo que iba mucho más allá del bosque, más allá incluso del planeta: era algo que hacia vibrar las emociones de cada ser, de cualquier ser inteligente y sentiente. Fue una de las impresiones más hondas que puedo recordar, algo que atesoro.

Por supuesto, los Neghs tampoco pudieron sustraerse al encanto. Quedaron paralizados escuchando el canto del Canario. Y vinieron más del bosque, y se reunió una gran multitud, no sólo de Neghs sino también de muchas otras criaturas, compartiendo esa experiencia única. Y el Gato despertó, y contempló, y escuchó maravillado.

Transcurrieron así varias horas, hasta que finalizó la Canción. Calló la voz del Canario, y un profundo silencio se hizo en el claro. Ella agachó la cabeza, agotada tras su canto. Luego, todas las criaturas se retiraron, aún en silencio. Excepto el Gato, que se acercó a su compañera, a la que ahora veía de forma distinta.

—Fue maravilloso. ¿Cómo…?

—Shhh. No hagas preguntas, porque no todo tiene respuesta. Es un don, no del todo infrecuente en mi pueblo. Pero es fatigoso. Me alegro de que, además, te haya gustado.

Esperaron un rato, mientras el Canario se reponía, y luego continuaron.

Es poco lo que queda por decir, ya que a corta distancia hallaron la abertura en el Muro. De este lado de la pared ya no hay sorpresas ni peligros, y es aburrido el viaje de allí en adelante. Sin más sucesos, arribaron al fin frente a mi puerta.

Allí salí a recibirlos, como corresponde a un anfitrión bien educado y amable, y a darles la tercera y última llave: la Llave Circular.

—Con esto ya tienen lo necesario para entrar en esta, mi humilde morada. Esta es la Puerta —dije, al tiempo que la señalaba—. Sean bienvenidos. Disculpen que no les abra, pero deben hacerlo ustedes mismos.

Con las tres llaves en la mano, el Gato se acercó a la Puerta. La miró. Había tres cerraduras, una triangular, otra cuadrada y la tercera redonda. Todo encajaba. Rió, y le dijo al Canario:

—¡Lo logramos! Hemos ganado el Juego! Sólo nos resta abrir esta puerta, y ver cara a cara al Bufón. ¡Hurra!

Colocó cada llave en el agujero que tenía su forma, y las hizo girar. La impaciencia me consumía, no podía hacer nada. Pese a mi angustia no podía intervenir. Una lástima, habiendo llegado tan lejos…

Pero tuve que soportar el sufrimiento en silencio. Padecí cada uno de esos momentos, mientras el Gato acomodaba alegremente las piezas de metal, y una a una las hacía girar, y alegremente se condenaba a muerte.

Cuando hizo girar la última de las llaves, una descarga energética lo pulverizó, lo atomizó. Fue espantoso, pero rápido: dudo de que haya llegado a enterarse de lo que le sucedió. El mecanismo de defensa de la Puerta era sencillo, pero efectivo. Sólo podía abrirse si las llaves eran colocadas en los lugares correctos, cualquier otra combinación acarreaba la destrucción inmediata. Esta era en realidad la tercera Prueba, la apertura de la Puerta.

—¡Noooo! —gritó el Canario, demasiado tarde. Su grito fue desgarrador, con la misma intensidad que su Canto, pero expresando desesperación, súbita soledad, miedo y furia.

—¡Maldito seas! ¡Maldito sea tu estúpido juego, y ojalá te pudras allí dentro! Yo espero que nunca otra pareja llegue tan cerca de ti como nosotros lo hicimos, y que permanezcas allí para siempre, eternamente desconocedor de tu propio rostro.

»Porque tú sabías, y no lo detuviste, tú sabías que la Llave Redonda iba en el cuadrado, la Cuadrada en el triángulo y la Triangular en el círculo. Pero lo dejaste morir, sin una palabra, víctima de tus vericuetos y trampas.

—¿Cómo sabes el orden de las llaves? —pregunté. Estaba realmente desconcertado, me asombraba el profundo conocimiento que revelaba el Canario—. ¿Y cómo sabes que necesito que alguien entre para poder ver mi rostro a través de él?

—No sé cómo lo sé, ni me importa. Ahora, lo único que cuenta es que lo supe demasiado tarde, porque sólo lo vi cuando el Gato ya estaba muerto.

—Aún no es demasiado tarde. ¡Por favor, abre la Puerta! Tú si puedes hacerlo.

—¿Y para qué? —preguntó, con una sombra, un oscuro fulgor en sus ojos.

—Por favor. Lo necesito. Te lo imploro. Haré cualquier cosa que me pidas a cambio…

—¿Puedes devolverle la vida al Gato?

—No —tuve que admitir—. Pero tengo grandes poderes. Pide otra cosa, que te la daré. ¡Abre la Puerta!

"Canario", por Virgil Finlay

—Una sola cosa deseo, una sola cosa me importa, y no está en tus manos. Lo que es peor: estuvo en tus manos, y pasó a través de ellas. Fue. Por ello te odio, con un odio cuya magnitud no puedes concebir, y te maldigo. Cien veces te maldigo, y lo seguiré haciendo mientras viva. Y reitero mi maldición anterior: que jamás llegues a conocer tu rostro, y que sufras por ello, aunque sea una mínima parte de lo que yo sufro. Porque amaba al Gato, y tú causaste su muerte.

Tras pronunciar estas terribles palabras, desplegó sus alas.

—¡Espera! ¡Por favor…!

Pero ya era demasiado tarde. Ya el Canario volaba, lejos en el horizonte, perdiéndose en la noche que había caído sobre todos nosotros.

Hasta ahora, su maldición se ha cumplido. Ha pasado mucho tiempo, han pasado muchas parejas, pero ninguna llegó tan lejos. Y yo sigo aquí, inmensamente poderoso, pero ridículamente impotente para conseguir lo que deseo, incapaz de ver mi propio rostro. Y comienzo a desesperarme…

El Canario sigue volando por este lugar. Algunas veces la he visto, viene cada tanto a repetirme su maldición y reírse de mí. La suya es una risa amarga y cruel. Y vuela, y canta su pena a todos los vientos y todas las criaturas que encuentra. Se ha transformado en una leyenda entre los seres que habitan mi mundo. Podría matarla, pero, ¿de qué me serviría? Así, la dejo vagar por los cielos, aunque sea para mí una sombra negra y eterna de tristeza y remordimiento.

(Transcripción parcial de Briseida Limeso para la versión ebook.)

Correo 23

agosto de 1991

Buenos Aires, 11 de agosto de 1991

Estimado Eduardo

La semana pasada tuve ocasión de “hojear” un poco Axxón en la oficina durante un descuido del jefe. Simplemente hermoso. Estarás cansado de escuchar o leer felicitaciones, pero igual ahí va otra. Te admiro la constancia de sacar mes a mes semejante esfuerzo a contrapelo de cualquier beneficio económico o esas otras cuestiones consideradas “normales” por la sociedad en que vivimos. Pero como esta no tiene la intención de ser una carta para la sección correspondencia (ni se te ocurra incluirla), paso a referirme al tema que motiva la presente *[…aquí se tratan temas editoriales aburridos e internos que sólo competen a Axxón…]*.

Bien, como no tengo nada más interesante que comentarte, me despido hasta la próxima que, espero, no sea dentro de mucho tiempo. Chau.

Gabriela Uillano
Capital Federal

Axxón:

Como podés ver, hemos cumplido con tu pedido. No hemos publicado tu carta, sólo hemos puesto aquí una parte de ella, aquella en la que hablás bien de nosotros. ¡Gracias! Y cuidado con el jefe: no queremos, de verdad, que nadie se quede sin trabajo por culpa de Axxón (aunque valga la pena).

Buenos Aires, 12 de agosto de 1991

Gente de Axxón:

Gracias.

Carlos Eduardo Areces.

– Acá podría terminar la carta. Una carta extraña dirán. Y decididamente un tipo extraño alguien que escriba una carta así.

Sin embargo, no estaría tan mal, ga que expresa lo que creo que nosotros, los lectores, queremos gritar a alaridos cada vez que leemos la nueva Axxón.

Gracias por dedicar tiempo y esfuerzo, y ganas, en hacer un trabajo bueno y cuidado. Y encima compartirlo sin esperar una retribución digamos monetaria, sino buscando contactarse con otra gente a la que le gusta esto de la Ciencia Ficción. Una vez dejado esto en claro, sigo con un poco más de normalidad.

Tengo 20 años y soy estudiante de Cs. de la Computación en Exactas. (Quizás por eso, por andar entre PC's y diagramas de flujo, es que Axxón me asombra más que a otros. Yo sé los problemas que plantea el hacer que el usuario de un programa no tenga problemas. Por eso Sr. Fernado Bonsembiante, me saco el sombrero y lo saludo).

Creo que empecé a leer Ciencia Ficción cuando empecé a leer, ya que el primer libro que recuerdo haber leído completo es Crónicas Marcianas.

A partir de ahí, fueron algo así como 12 o 13 años dedicados a leer TODO lo que podía conseguir, desde el clasico Asimov hasta **aves raras** como Zelazng o Aldiss. Sin embargo, leyendo Axxón, noto que no conozco a muchos de los autores de los cuentos. Supongo que serán autores argentinos o españoles (autores que admito, con verguenza, haber dejado un poco de lado: cosa que prometo, solemnemente, solucionar).

Por eso, y ahí viene la primera recomendación, me gustaría que pusieran una biografía (aunque sea chiquita) de los autores, de dónde son, qué libros tienen publicados, etc. Me parece que serviría para ubicarlos mejor.

A partir de eso, el nivel de los cuentos que publican (almacenan?, graban?) me parece buenísimo. Y las notas y ensayos (por ejemplo el de Pablo Capanna sobre P. K. Dick o los Bestiarios o las Disquisiciones Inocuas de Juliá) traen información no "encontrable" habitualmente.

Aplaudo también el cambio a las Axones Gráficas, con lo que la presentación mejoró aún a más y a partir del Nro. 22 la opción de impresión que veníamos rogando desde el comienzo (mientras ustedes

decían: —Que Axón es una revista en diskette. Que se lee en la PC. Que no, que no y que no.)

Acerca de esto Ultimo, les cuento algo:

¿Se acuerdan de la Axxón 17. Sí, la de 500Kb al precio de 360Kb. Bueno, les digo que fue casi una locura, un suplicio. ¿Cómo pueden poner una historia tan atrapante, que me ató durante horas (días, meses?) a la máquina, sin dejarme levantar, comer, ir al baño? Por eso, me decidi e hice un programa (un residente) que captura las pantallas y las direcciona a disco, dejando un archivo ASCII que puede después imprimirse. Por eso, y ahora que las Axón ya traen una opción de impresión, me animo a comentárselos y es más, le hice llegar una copia a remando (a través de un amigo y BBS mediante), para que la mirara, la arreglara bien, y si les parece, la copiara para que otros puedan imprimir las Axxón 0 a la 21.

Segunda recomendación. Me gustó mucho la idea de la Sopa de Letras de autores de Ciencia Ficción y no sé por qué no siguieron con cosas así. Por ejemplo, Preguntas Que Todo Lector De Ciencia Ficción Debe Saber Contestar:

- ¿Cuál es la Primera Ley de la Pobótica?
- ¿De qué color son los ojos de un marciano?
- ¿A qué distancia está Alfa Centauri?
- ¿Cómo se hace para viajar más rápido que la luz?
- ¿Qué equipo llevaría para pasar unos días en Marte si Ud. fuera un personaje de Pohl?
- ¿Qué es un Fin de Semana en Ganímedes?
- ¿De qué planeta era Spock de la serie Star Trek?
- ¿Qué es un titerote (o titiritero)?
- etc.

Pónganse unos cuantos fanáticos del tema a delirar un rato y van a ver que la lista de preguntas es casi infinita.

Otra cosa, creo que la última. Se me ocurrió que podría copiarse Axxón en la Facultad. Ahora somos nosotros los alumnos los que la llevamos y copiamos a cualquiera que lo pida. Siempre hay alguno con una Axxón dentro del porta—diskettes. Pero podría hacerse algo más organizado.

Pedir permiso a las autoridades de Exactas para que los conservadores (la gente que cuida y asigna los turnos de máquina) tengan una copia de la Axxón que pueda pedirse y copiarse en cualquier horario.

Si a ustedes les parece, yo me ofrezco a averiguar si esto puede hacerse, y lo único que habría que organizar es cómo conseguir a tiempo la nueva Axxón todos los meses.

Bueno, me despido y espero que flxxón continiíe su camino por eones.

Y ya saben, si necesitan alguna vez ayuda o alguna colaboración, tienen acá a un programador (que mal que mal se defiende con esto de los bytes) y un fanático de la Ciencia Ficción, esperando el grito de S.O.S. y dispuesto a prenderse, con el mismo espiritu de ustedes, en esto de una revista en diskette

Carlos Eduardo Areces
Capital Federal

Axxón:

Gracias, Carlos, por tu entusiasmo, buenos deseos, y por ofrecerte a colaborar. Pero vamos por partes. Es necesario que se haga un poco de justicia con respecto a las funciones de los miembros de Axxón. Es correcto que felicites a Fernando por la buena programación de Axxón, y especialmente por lo que mencionás, es decir que la revista no le da problemas al usuario. Fernando es autor de una buena parte de los procedimientos internos de Axxón que la hacen muchísimo más efectiva que un archivo ASCII, un "LEEME.COM" o algo hecho con un programa de presentación comercial. Pero debemos aclarar, y no es la primera vez que lo hacemos, que la programación de Axxón es un trabajo compartido, del mismo modo que todos los otros trabajos, unos más y otros menos, son compartidos. No creas que los títulos que ves aparecer en el recuadro "Equipo" son puramente ficción. En realidad así se distribuyen las responsabilidades. Pero eso no quiere decir que lo que figura como "especialidad" de cada miembro sea lo único que hace.

Un buen porcentaje de lo que podés ver en Axxón ha sido programado por otros miembros del equipo, aunque no figuren como programadores. Segundo tema interesante de tu carta: Los autores desconocidos que has visto aparecer en Axxón son argentinos. Por ahora no tenemos material de españoles o de otros países de habla hispana, aunque esperamos conseguirlo y publicarlo. Nos satisface mucho que el material te parezca bueno. Es el mejor estímulo que puede recibir un autor, ese castigado ser que en Argentina —muchos lo olvidan— es alguien que se esfuerza por aprender y hacer lo suyo —que no es fácil— lo mejor posible sin esperar, por lo general, ninguna retribución más que el reconocimiento de los lectores. Es un mito que los escritores de otros países deban ser necesariamente mejores que los nuestros. Estamos acostumbrados a leer material elegido, antologizado y ya premiado, lo cual ocurre por la simple razón de que en nuestra lengua se publica sólo *una parte* del material extranjero (en EEUU salen 1800 libros de CF por año, ¡5 por día!), y los editores, *que no publican por amor al arte*, eligen las obras que resultaron exitosas allá, los premiados, los autores ya reconocidos y los libros más vendidos. Basta con ponerse a leer (¡si te alcanza la plata!) todos los libros que se están publicando ahora en España, bomm editorial de CF mediante, para darse uno cuenta de que la calidad promedio es muchísimo más baja que la de colecciones como Minotauro, por ejemplo, que sacaba, como máximo, unos cuatro libros al año. No es que los amigos del Norte escriban ahora peor que antes, ni que los editores haian cambiado sus conceptos del todo, lo que pasa es que llega mucho más material y por lo tanto entra en el paquete bastante más material "descartable" que antes. Tercera cosa: estamos pensando cómo implementar la cuestión de "presentar" al autor (lo que llamás una "minibiografia"), pero queremos hacerlo bien. De una cosa estamos seguros: si podés leer algo sobre el autor antes de leer el cuento podés también condicionarte, y eso queremos evitarlo. Otro inconveniente es que no siempre

tenemos a mano los datos, y el ritmo editorial de Áxxón nos imposibilita el conseguirlo a tiempo sin grandes gastos (llamados telefónicos de larga distancia, cartas certificadas o expreso, etc.). Una idea intermedia sería poner estos datos junto al índice acumulativo, que sale cada 10 números, aunque parezca que los datos llegarían tarde para el gusto de los lectores, o que quedarían dispersos y fuera de lugar: ya veremos. Cuarto asunto (y esto se hace largo): tu residente parece que no trabaja bien en todas las plaquetas gráficas. Fernando verá de arreglar esto o comunicarte lo que pasa para que lo arregles vos. Quinto: Lo de las palabras cruzadas, lo mismo que todo el material de Axxdn, fue resultado de una colaboración. Ninguno de los miembros de Axxón es especialista o fanático de los juegos, por lo tanto nos debemos limitar a esperar que nos envíen material de este tipo. ¿No querés preparar vos lo de las preguntas? Pensá que te podés ganar una columna en Axxón. Sexto: ¿No es un poco de CF que la facultad distribuya Axxón? (Nos pareció que el concepto que nos proponés es más o menos así.) Desde ya que para nosotros sería excelente. Ojalá todas las Facultades facilitaran el copiado. Imaginate cuántos miles de lectores nos podríamos ganar. Hablalo. Con respecto a conseguir el número de Áxxón en la fecha de salida, eso no es ningún problema. Llamanos al 624—9267 o vení un viernes a donde nos reunimos y lo arreglamos. Por ultimo: claro que necesitamos ayuda, tal vez no de programación (ya que somos muy celosos con las fuentes), pero hay mucho, mucho que hacer. Comunicate con nosotros. Y otra cosa: No hace falta que lo digas: *Axxón va a seguir saliendo por eones.* Un abrazo.

(Transcripción de Briseida Limeso para la versión ebook.)

Equipo Axxón

Axxón

Dirección: Eduardo J. Carletti
Software: Fernando Bonsembiante
Dirección Arte: Rodolfo Contín
Equipo de producción:

- Luciano Begalli
- Ricardo Goldberger
- Carlos Chiarelli
- Carlos Ferro
- Fernando Juliá
- Daniel Vázquez

Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**